

C-X  
PARN. 1/0010

HISTORIA  
DE  
**CARLO-MAGNO.**

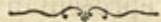
EN LA CUAL SE  
trata de las grandes proezas, y hazañas de los  
DOCE PARES DE FRANCIA, Y COMO  
fueron vendidos por el Traidor de Ganatón y la  
CRUDA BATALLA QUE TUVO OLIVEROS  
con *Fierabrás de Alejandria*, hijo  
DEL ALMIRANTE BALÁN.



LÉRIDA  
Imp. y Lib. de F. Armenteros y Segura,  
1868.



## PRÓLOGO.



El doctor de la Verdad san Pablo, dice: que todas las Escrituras fueron hechas para nuestra doctrina. Las unas, para endoctrinarnos en la fé católica, echando de los corazones algunas dudas, é incredulidades, que el diablo de continuo siembra, declarándonos los altos secretos de la Santísima Trinidad, y los santos Evangelios, y las obras de nuestro Redentor. Las otras para declararnos las leyes, y ordenanzas de los Emperadores y Reyes, el derecho canónico, y civil. Otras por hacer patentes los secretos de Dios en el regla-

mento del cielo , y el curso de los planetas, cometas y signos, con su naturaleza. Otras para que resistamos á las enfermedades, á que los cuerpos humanos son sujetos; y para curar de las que ya reinan en ellos, paraque podamos vivir con salud en este mundo, el tiempo que Dios fuere servido. Otras para enseñarnos de la dulzura de la filosofía , dándonos á conocer la virtud y naturaleza de las cosas criadas. Otras nos representan la pulida retórica; la sabrosa arte oratoria, las grandes hazañas, y caballerías de nuestros antepasados, contando las proezas de los unos y los vicios de los otros. Porque los unos nos fuesen ejemplo para bien hacer, y los otros causa de arreglar nuestras vidas, y encaminarlas para el puerto de la salud, y para inclinarnos á hacer grandes hechos queriendo remediar á nuestros antecesores. Así como una escritura, que ha venido á mi noticia en lengua francesa, no menos apacible, que provechosa, que habla de las grandes virtudes, y hazañas del invicto Carlo Magno, Emperador de Roma, y Rey de Francia, y de sus caballeros

y varones; como Roldán y Oliveros, y los otros pares de Francia, dignos de loable memoria, por las guerras que hicieron á los infieles, y por los grandes trabajos, que por exaltar la santa fé católica recibieron; y siendo cierto, que en la lengua castellana no hay escritura que de ella haga mención, sino tan solamente de la muerte de los doce pares, que fueron en Roncesvalles; parecióme justa y provechosa cosa, que la dicha escritura, y los tan notables hechos fuesen notorios en estas partes de España, como son manifiestos á otros reinos. Porende yo Nicolás de Piamonte, propongo de trasladar la tal escritura de lengua francesa en romance castellano, sin discrepar, añadir, ni quitar cosa alguna de la susodicha escritura francesa; y es dividida la obra en tres libros; El primero habla del principio de Francia, y de quien le quedó el nombre, y el primer Rey cristiano que hubo en Francia, descendiendo hasta el Rey Carlo Magno, que despues fué Emperador de Roma, y fué trasladado del latín en lengua francesa: El segundo, habla de la muy cruda bata-

lla que tuvo Oliveros con Fierabrás, Rey de Alejandria, hijo del grande almirante Balán; y esto está en metro francés muy bien travado: El tercero habla de algunas obras meritorias, que hizo Carlo Magno; y finalmente de la traicion de Ganalón, y de la muerte de los doce pares. Pues fueron sacados estos tratados de otro bien aprobado, llamado espejo historial y mediante Dios trasladaré cada libro por sí, y los dividiré por capítulos, por mejor declaracion de la escritura. Y si en esta traslacion hubiere algo de reprehension de la retórica, ó en el romance de vocablos, ó algo que no suene á los oídos del leyente, (que en la sentencia me guardaré de salir un punto de la escritura francesa) suplico á cualquiera que lo leyere, ó oyere, que con sanas entrañas lo enmiende, y no mire el error de la pluma, sino la intencion del corazon; y de lo que hallare bueno ruego asimismo, que al soberano Dios todo poderoso dé las gracias, de quien todos los bienes proceden.

---



---



---

## LIBRO PRIMERO.

### CAPÍTULO I.

COMO EL REY CLOVIS SIENDO PAGANO,  
*hubo por muger á Clotildis, hija  
 del Rey de Borgoña.*

En aquel tiempo, siendo ya los borgoñeses cristianos, tenian por rey y Señor al noble Guidengus, el qual tenia quatro hijos: al primero llamaban Agabundus, que sucedió en el reino, y despues hizo matar á un hermano suyo llamado Hispericus, é hizo echar en un rio á su muger: y á dos hijas que tenia, la una hizo desterrar de su tierra, y la otra llamada Clotildis, por sus virtudes y hermosura tuvo consigo. En este tiempo el rey de Francia, llamado Clovis, pagano, hubo de enviar sus embajadores al rey Agabundus, y siendo detenidos algunos dias, tuvieron lugar de ver la hermosura de la donzella Clotildis, sobrina del rey Agabundus; y vueltos á su rey Clovis, y dándole la respuesta de su embajada, le contaron cosas que habian visto en los palacios del rey Agabundus, no acostumbrados entre ellos, afeando el modo de vivir de los

cristianos. Dijéronle asimismo de la hermosura de Clotildis, alabando su mucha discrecion, y afirmando nunca haber visto otra mas perfecta. Las cuales alabanzas engendraron crecido amor en el corazon de Clovis, recibiendo pena por la no conocida donzella. Despedidos los embajadores se puso á pensar como podria haber aquella tan hermosa donzella por muger, teniendo por imposible, por ser el pagano y ella cristiana. Estando en este pensamiento algunos dias, fué forzoso descubrir su secreto dolor á un astuto y sabio caballero de su corte, llamado Aurelianus, asi para aliviar su pena contándole su nuevo amor, como para haber de él consejo y remedio de su pasion. Oyendo Aurelianus las razones del rey, fué muy maravillado y le quiso reprender: mas viéndole tan afligido, y que su celo seria causa de mayor pena, no menos le dejó de reprender; porque en tal caso, muy pocas veces aprovecha la reprension, ni castigo, y queriéndole consolar dijo se sosegase, que él le prometia de hacerle alcanzar aquella donzella de una manera, ú de otra, y que á esto se obligaba á perder la vida. El rey le dijo, que lo pusiese por obra, que lo que hubiese menester se lo daria. El caballero le besó la mano, y se despidió diciendo, que presto le sacaria de pena.

Vuelto, pues Aurelianus á su posada, se puso á

discurrir, y pensar como traeria á efecto el tal concierto; y despues de haber pensado en todas las cosas, que provechosas le parecian, le vino á la memoria, como de alli á quince dias tenian los cristianos pascua de Navidad, y que la donzella Clotildis tenia por devocion ir aquella noche á matines y llevaba gran cantidad de moneda, y todos los pobres que topaba, daba limosna por honra de la fiesta. Y pensando esto se fué al rey muy alegre, y le dijo, que habia discurredo el modo con que podia hablar á Clotildis, y era, poniéndose á la puerta de la iglesia para tomar limosna, como los demás pobres. Oido el rey eso, lo tuvo por bien y dijole, que previniese lo necesario y ordenase como se habia de hacer. El le dijo, que mandase hacer un anillo riquisimo de oro y que en él estuviere esculpido su rostro y fisonomia. Venido el tiempo se partió Aurelianus para la Ciudad, donde estaba á la sazón el rey de Borgoña y Clotildis su sobrina; y la noche de Navidad se puso á la puerta de la iglesia con los pobres que esperaban la limosna: y venida Clotildis, acompañada de muchas damas empezó á dar limosna, y cuando Aurelianus la vió cercada de pobres, metióse entre ellos; hasta llegar á ella, y cuando alargó el brazo para darle una pieza de moneda, que daba en limosna, le tomó Aurelianus la mano, y se la besó. Clotildis

maravillada de aquello, le miró muy bien, y conoció, que aunque en los vestidos parecia pobre, debia de ser hombre de autoridad, y le quisiera hablar, sino fuera por la mucha gente que alli habia, lo cual conoció bien Aurelianus.

Acabados los maitines, y saliendo Clotildis con sus damas de la iglesia, vió á la puerta de él á Aurelianus y despues de haberle mirado con mucha atencion en la cara, la hizo reverencia y acatamiento como hombre de palacio, y conoció Clotildis ser aquel el pobre que le besó la mano. Llegada á palacio Clotildis, se puso á pensar en él maravillándose de su atrevimiento; y deseosa de saber quien era, le envió á llamar, pensando seria algun hidalgo necesitado; y llegado delante de Clotildis, hizo tres reverencias, y sin temor alguno se puso de rodillas para besarle la mano, y ella no se lo consintió; y mostrando algun enojo le dijo, porque disimulaba ser pobre? Y Aurelianus, teniendo una rodilla en el suelo, la respondió: Señora, sepas por verdad que yo soy mensagero del muy noble Clovis rey de Francia; el cual ruega, que quieras ser su muger, y serás reina de Francia; y te envia este anillo en señal de fé y promesa de matrimonio. Ella lo tomó, y le dijo, que no pertenecia á un pagano tomar cristiana por muger, y que á mas de esto tenia puesta su voluntad en manos de su tio,

y no en las suyas, y así le despidió. Bien conoció Aurelianus que no le pesaria del casamiento. y así se volvió para Francia con mucha alegria. El rey Clovis visto que Clotildis seria contenta dello, envió sus embajadores al rey Agabundus, pidiéndole su sobrina por muger; el cual respondió. que en ninguna manera tal consentiria; mas visto por los del consejo el bien que resultaria de las amistades y paz con el rey Clovis, rogaron y aconsejaron al rey Agabundus, que consintiese en el casamiento, y rehusando de hacerlo, vino su tesorero con el anillo del rey Clovis que Clotildis lo habia echado en el tesoro, y dijéronle ser aquel el rostro que estaba esculpido en el anillo, el del rey Clovis, y entonces consintió Agabundus en el casamiento, y fué llevada Clotildis con grande acompañamiento, y magestad á Francia y fué desposada con el rey, con condicion, que no fuese apremiada, ni rogada á dejar la fé de Jesucristo. y fueron hechas las bodas con la ostentacion que á tales señores pertenecia

## CAPÍTULO II.

*Como el rey Clovis fué rogado por la reina Clotildis, que dejase los ídolos y creyese en la fé cristiana.*

La noche de las bodas, acostándose el rey Clovis con Clotildis, ella encendida en amor de Dios, é inspirada por el Espíritu Santo, dijo al rey: Mi

muy amado y caro señor, yo te suplico me quieras otorgar una merced antes que llegues á mi. El rey le dijo demandara lo que quisiese, que se lo otorgaba. Primeramente pido y ruego quieras creer en Dios todopoderoso, que hizo el cielo, y la tierra, y en Jesucristo su hijo, el cual te mercó con su preciosa sangre y pasión, y en el Espíritu Santo confirmador é iluminador de todas las buenas operaciones, procedente del padre, y del hijo y en la santísima Trinidad. Cree en nuestra madre la santa Iglesia, deja los ídolos hechos por manos de hombres, y piensa en restaurar las santas iglesias que has hecho quemar. Otro sí, te ruego, que quieras demandar mi parte de los bienes de mi padre y de mi madre á Agabundus mi tío, porque los hizo morir sin razón alguna, y la venganza dejo á mi Dios. Y el rey respondió: tu me demandas cosa muy difícil, y recia de otorgar, que deje á mis dioses; que tantas mercedes me han hecho, para adorar tu solo Dios: pide otra cosa que de buen grado te lo otorgaré. Respondió Clotildis: cuando á mi es posible te suplico, que adores á Dios verdadero hacedor de todas las cosas, á quien solamente debemos adoración. El rey no la respondió nada, ni ella le dijo mas, temiendo enojarle: y venida la mañana, el rey envió sus embajadores á Agabundus, pidiéndole las tierras que á Clotildis su sobrina

pertenecian, y el rey les dijo, que ninguna cosa les daria; mas por consejo de los suyos, hubo de grandes tesoros á los embajadores por evitar discordia. De allí á pocos dias la reina parió un hijo, y contra la voluntad del rey lo hizo bautizar siempre rogándole quiese ser cristiano, mas no lo queria hacer ni oír hablar de ello, y el niño no vivió sino tres dias, y dijo el rey á la reina: si tu le ofrecieras á mis dioses, no muriera el niño: la reina le dijo: de esto no recibí pena alguna, antes doy gracias á mi Criador, que quiso recibir en su reino el primer fruto de mi vientre. El año siguiente parió la reina otro hijo y fué asimismo bautizado y estuvo tan malo, que todos pensaban que muriera; y dijo el rey á la reina: bien te dije que no lo bautizases y viviera; mas no tiene ningun remedio, que mis dioses están airados contra mí por ello, y la reina por temor de su marido, rogó á Dios por su salud, y luego fué sano.

### CAPÍTULO III.

*Como el rey Clovis hubo victoria contra sus enemigos y creyó en la fé de Cristo.*

En este tiempo el rey Clovis hizo guerra con los cristianos comarcanos vecinos de Francia; y estando con todo su poder en el campo llano, mandó que fuesen contados los soldados que tenia de pelea,

y hallaron seis cientos y treinta mil ; y asimismo procuró saber de algunos cautivos , cuantos eran los cristianos que le esperaban á la batalla que tenia ordenada, y dijéronle que serian hasta cincuenta mil hombres de pelea. Y despues de esto supo, teniendo la victoria por cierta, dió mucha priesa á mover su gente é ir en busca de sus enemigos, que no estaban lejos : los cuales despues que supieron la venida de los paganos, los esperaban con magnánimos corazones , confiando en la ayuda de Dios. Puestos en buen orden empezaron la batalla, y plugó á nuestro Redentor dar tanto esfuerzo á los suyos, que en poco tiempo fueron los paganos desbaratados, y le fué forzoso al rey Clovis huir , y acogerse á un montesico , que cerca estaba, y de allí miraba como los suyos sin ninguna resistencia miserablemente morian á manos de los cristianos ; y estando allí maldiciendo á sus dioses , se llegaron á él algunos de sus caballeros , que por la continua predicacion, y amonestacion de la reina, creian secretamente en la fé de Cristo, y le dijeron: Señor, sin duda esto procede del infinito poder del Dios de los cristianos, en quien la reina nuestra señora cree y adora ; y segun parece, ya tus dioses ningun poder tienen, y conviene para salvacion tuya, y de tu gente creer en el verdadero Dios que la reina continuamente predica. Estando en esto vió el rey co-

mo su gente arrojaron las armas, entendiendo solamente en huir, y acogerse al monte donde estaban siguiéndoles sin ninguna piedad los cristianos ; y viendo el rey esto, bañado en lágrimas, y puesto de rodillas á grandes voces empezó á decir : ó Jesucristo, hijo del verdadero Dios, en el cual mi mujer cree, y de perfecto corazon predica, y notifica ser aquel que ayuda en las tribulaciones, y da remedio á los que esperan en él ! Con muy contrito corazon pido tu ayuda, porque sea mi gente librada de las crueles armas de los cristianos ; que yo te prometo recibir tu santo bautismo, con toda mi gente. Acabado de decir esto, vió que los cristianos dejaron el alcance, y sin mandado de los capitanes se retiraron á donde estaban al principio de la batalla, y el rey Clovis mandó tañer los añafles, y recoger la gente que le quedaba, y con ello se volvió á Francia , y contó á la reina su muger lo que le habia acaecido con los cristiancs , y ella hubo gran placer de ello.

#### CAPÍTULO IV.

*Como el rey Clovis recibió el bautismo por manos de San Remi, y como en su bautismo milagrosamente fué traida una re-  
doma del cielo, de la cual hasta hoy día, son ungidos  
en su consagracion los reyes de Francia en la  
Ciudad de Reims.*

Quando la reina oyó que el 14 y habia prometi-

do recibir el santo bautismo fué muy alegre, y mandó llamar à un santo hombre llamado Remi, para que instruyese al rey en la fé. El santo hombre lo hizo así, y le doctrinó en todo lo que habia de creer y obrar, segun conviene al buen cristiano, y fueron edificadas iglesias y hechas pilas para bautizar. Estando san Remi bautizando al Rey Clovis, y queriéndole untar con la crisma, como lo manda la Iglesia, milagrosamente vieron los que presentes estaban una paloma, que descendia del cielo, con una redoma llena de crisma en el pico, y à vista de todos la dejó caer, y de ella fué primeramente unguido el rey Clovis, y despues todos los reyes de Francia que han sucedido, la cual redoma ha estado siempre y aun está en la Iglesia de san Remi: bautizado el rey, fueron bautizados los más de su corte y poco à poco todos los demas del reino.

### CAPÍTULO V.

*Del primer libro que contiene cinco capítulos, y habla primeramente del rey Pipino, y de Carlo Magno su hijo.*

Hace mencion el libro presente del rey Clovis, el primer rey de Francia cristiano, y duró su línea ó generacion hasta el rey Hildericus, el cual fué muy devoto y contemplativo, y cuidaba poco de las cosas mundanas y sin ejercitar las obras reales se metió en religion para hacer vida solitaria. Aho-

ta dejo de hablar de la generacion del rey Clovis, que se acabó en este rey Hildericus y contaré del rey Pipino, el veinte y cuatro rey de Francia, y de su hijo Carlo Magno en cuyas hazañas tomó el presente libro origen y fin. Léese en el libro, que se llama Espejo historial, que puesto el rey Hildericus en religion, fué alzado por príncipe Pipino, noble caballero de alta sangre, muy esforzado, y sagaz en los hechos de guerra, y dotado de muchas virtudes y fué tan querido de todos los del reino, que procuraron de alzarlo por rey, aunque Hildericus vivia. Y habido su consejo, como sin reprehension le podian alzar por rey, acordaron enviar una embajada al Papa llamado Zacarias, con esta cuestion, y demanda, y diciéndole cual era el mas digno de la corona real, el que vela y trabaja por la paz y tranquilidad del reino, ó aquel que solamente de su alma; puesto en religion, hace vida solitaria y el papa respondió, que aquel que regia bien el reino y le tenia en su justicia, era verdadero rey. Y visto esto los grandes del Reino, y mirando un dicho de Salomon, que dice: el príncipe negligente hace el pueblo perezoso, y que es bendita la tierra que tiene príncipe noble; alzaron al noble Pipino por rey, y fué unguido con autoridad apóstolica por manos de San Estevan; ordenó, que los reyes de Francia sucediesen de generacion en generacion

y no heredasen las mugeres, porque ningun señor de estrañas tierras señorease el reino, y fué casado con la noble reina Berta, hija del grande Herclin Cesar, de donde el linage de los romanos, germanos y griegos descenden; por donde á buen derecho su hijo Carlo Magno fué elegido por emperador de Roma. Reinó Pipino con gran prosperidad diez y ocho años, fué enterrado en su Iglesia de san Dionisio cerca de Paris, y quedó al regimien- to del reino á Carlo Magno su hijo, como por extenso se dirá.

### CAPÍTULO VI.

*Como Carlo Magno despues de hechas muchas constituciones con el papa Adriano, fué alzado emperador de Roma.*

Carlo Magno, despues de la muerte de un hermano suyo, fué rey y señor de toda la provincia de Francia, y fué llamado Carlo Magno, así por sus grandes virtudes y hazañas que hizo, como el grandor de su cuerpo. Y en aquel tiempo el papa Adriano hacia continuamente guerra á los infieles, aumentando la fé cristiana, y destruyendo las heregias, edificaba iglesias, y mandaba hacer imágenes á representacion de los bienaventurados santos, en corroboracion de la fé de Cristo y Carlo Magno asimismo jamás cesaba de guerrear, y destruir los infieles, que confinaban con sus reinos. Venidas á

noticia del papa Adriano las grandes virtudes y hazañas de Carlo Magno, envió á rogar, que quisiese llegarse á Roma; lo cual luego puso por obra Carlo Magno. y con la gente de guerra que tenia pasó los puertos y entró en Italia. y llegado á Roma, fué con mucha honra y alegria recibido. Y donde á poco tiempo el papa Adriano recogió toda la gente que pudo, y con Carlo Magno conquistó toda la Lombardia y las otras provincias de Italia, tomando villas, ciudades y fortalezas, que estaban en poder de paganos, y tomaron la ciudad de Pavia, y eligieron un muy santo hombre por obispo, y ordenaron ciento cincuenta y tres obispos, y arzobispos, y abades, y fueron repartidos por toda la provincia; instituyeron asimismo grandes privilegios y constituciones en favor de la iglesia. Tuvo Carlo Magno dos hijos. el uno se llamó Pipino, y el otro Luis; con los cuales, que estaban juramentados, y habian prometido fidelidad el uno al otro, defendiendo la fé, hizo grandes guerras á los infieles; y despues que hubieron desarraigado las heregias de Italia, se volvieron para Roma. En aquel tiempo los romanos habian muerto á su emperador, y entre ellos habia discordia, y los unos querian á Constantino, hijo del emperador muerto, y los senadores querian otro. Viendo esto el papa Adriano, habló con ambas partes, loando las vir-

tudes, y grandes hazañas de Carlo Magno, de manera; que todos tuvieron á bien escoger y alzar por emperador, y donde á pocos dias falleció el papa Adriano, y sucedió el papa Leon, hombre de muy santa vida, el cual de consentimiento de los romanos, coronó á Carlo Magno de la corona imperial.

### CAPÍTULO VII.

*De la estatura de Carlo Magno, y su modo de vivir.*

Carlo Magno siendo emperador hizo muchas cosas maravillosas: imperó trece años, y antes habia reinado treinta y tres años. En tierra de Roma edificó muchas ciudades, restauró muchas villas y lugares, que fueron destruidas por grandes guerras, é hizo otras hazañas, que por escusar prolijidades dego de contar. Escribe Turpin, santo hombre, arzobispo que fué de Roma, el cual ánduvo mucho tiempo en su compañía, que era hombre de mucho cuerpo, y bien formado, y proporcionado de miembros con mucha ligereza, setóz en el mirar, la cara tenia larga, y traía continuamente la barba larga de un palmo, los cabellos negros, la nariz roma: tenia muy honorable presencia, los ojos como de leon, tirando algo á bermejos y relucientes, las cejas y sobrecejas declinantes á rojas: si estaba enojado, con solo mirar espantaba: el cinto con que ceñía, tenia ocho palmos de largo;

los muslos y pantorrillas bien fornidas y grandes pies á maravilla. Su comer era dos veces al día, y poco pan le bastaba, comia un cuarto de carnero, ú dos gallinas; su cena era de caza asada bebía tres veces no mas con poca agua, alcanzaba muy grandes fuerzas, que muchas veces le vieron lendar yelmos, y cabezas hasta los dientes de un golpe de espada: y estando á caballo, alzar un hombre armado tan alto como su cabeza con un brazo solo. Tenia en sí tres condiciones de gran virtud. Primeramente era en todo muy mastrado en mandar; era contrario del emperador Titus, hijo de Vespasiano, que era tan prodigo, que algunas veces no bastaba á dar lo que prometia. Segundamente era tan avisado en juzgar, que jamás se quejó nadie de él; y usaba algunas veces de piedad, segun la persona, y calidad del delito. Terceramente era muy astuto en hablar; asimismo escuchaba con mucha atencion al que le hablaba.

### CAPÍTULO VIII.

*Como Carlo Magno doctrinaba sus hijos é hijas.*

Habia Carlo Magno enseñado á sus hijos é hijas las siete artes liberales, y siendo los hijos de edad les hacia enseñar muy bien á cabalgar en caballos, y mandábalos armar de todas armas, y jugar muchas de armas y lanzas, y despues justar, porque

fuesen diestros en la guerra ; y finalmente les hacía ejercitar todo género de armas, y modo de pelear, así á pié como á caballo. Después de esto les mandaba ir al monte á caza de javalies , osos y otros animales feroces, y mandábalos siempre huir de toda ociosidad ; á las hijas mandaba hilar , tejer, labrar oro y seda, y otros egercicios mugeriles ; porque el ocio no las hiciese caer en pensamientos desordenados , ni inclinarlas á vicios. Y cuando Carlo Magno estaba desocupado de sus graves negocios se ocupaba en leer, y escribir alguna cosa nueva, tomando el ejemplo que nos dejó san Pablo en sus epístolas , amonestándonos á hacer siempre alguna obra buena , porque nuestro enemigo no nos halle ociosos. En Aquisgran de Alemania, en sus palacios, mandó hacer una iglesia muy maravillosa, y la dotó de mucha renta á honra de nuestra señora.

### CAPITULO IX.

*Del estudio y obras caritativas de Carlo Magno.*

Siendo Carlo Magno instruido en las artes liberales y otras ciencias morales y espirituales, gastaba mucho tiempo en leer libros : visitaba la Iglesia tres veces al día, á la mañana, á medio día y á la noche. Las fiestas solemnes mandaba cumplidamente honrarlas, distribuyendo mucha canti-

dad de sus bienes. Era muy caritativo y limosnero , no solo con sus vasallos , mas enviaba cada año á Syria , Egipto y á Jerusalem , repartiendo grandes tesoros á personas necesitadas. En sus comidas y cenas siempre tenia lectores , que leían cosas de Dios ; queriendo apacentar el alma de viandas espirituales para dar gracias al Criador, cuando entendia en dar sustento corporal al cuerpo para conservar la vida ; y entre otros libros, se deleitaba mucho en uno que llaman de Civitate Dei. Tenia por uso á las noches , quebrar á veces el sueño, y pasearse un rato, rezando sus devociones. Enviaba cada año dos veces hombres buenos, que visitasen á las ciudades y villas de sus reinos por saber como eran rigidos, y si se ejecutaba justicia , porque no fuesen los pequeños agraviados de los mayores. Y oyendo Aaron , rey de Persia, la magnificencia y nobleza de Carlo Magno , le envió un elefante y el cuerpo de san Cipriano , de san Esperatus , y lá cabeza de san Pantaleon, mártires.

### CAPITULO X.

*Como el patriarca de Jerusalem envió sus mensageros á Carlo Magno, que le diese socorro contra los turcos*

Léese en el Espejo historial , que en el tiempo que Carlo Magno fué coronado emperador de Ro-

ma, fué el patriarca de Jerusalem tan combatido y opuesto, que después de muy muchas batallas, y de haber perdido la mayor parte de su gente hubo de mandar consejo á algunos de sus ancianos caballeros, y muy sabidos en los hechos de la guerra: y algunos de ellos, temiendo la muerte, mas que perder la honra, le decian que hiciese algun partido con los turcos, porque no perdiesen las vidas. El partido que los turcos le querian hacer era, que dejase la ciudad, con todas las armas y pertrechos que en ella habia; y otros le decian, que les pidiese treguas por algun tiempo, lo qual nunca quisieron hacer los moros: y no hallando ningun remedio, ni sabiendo modo para poderse defender de los turcos, inspirado de la gracia de nuestro señor Dios, vino á la memoria las virtudes y hazañas de Carlo Magno, y así mismo su buena vida, y luego le envió el estandarte, ó insignia de nuestro Redentor, como firme pilar de toda la cristiandad, y defensor de la fé. Esto hecho, el patriarca se vino á Constantinopla al emperador Constantino, y su hijo Leon llevó consigo á Juan de Nápoles, y á otro llamado David, los cuales el emperador Constantino envió luego á Carlo Magno, y con ellos envió otros dos, que eran hebreos, el uno llamado Isac, y el otro Samuel, y les dió una carta de su mano para Carlo Magno,

la qual contenia estas palabras: *Pareciome una noche que veia delante de mi cama una muger maravillosamente hermosa, la qual me decia: Constantino, muchas veces has rogado á Dios que te diese ayuda contra los turcos que tienen la tierra santa: pues tanto lo deseas haz esto, procura tener de tu parte á Carlo Magno; y mostróme un caballero armado de lucentes armas, con una espada ceñida de gran valor, y una gruesa lanza en la mano, de cuyo hierro salian muchas centellas de fuego y era muy bello, y hermoso de rostro, y bien dispuesto de cuerpo, la barba crecida, los ojos relucientes, y sus cabellos empezaban á emblanquecer. O Augusto que nunca te apartaste de los mandamientos de Dios! alégrate en Jesucristo, y en tu alma le da gracias; seas acertado en justicia como has sido nombrado en honra, porque Dios te dé perseverancia del bien.* Cuando Carlo Magno vió la carta, lloró amargamente por estar el santo sepulcro en poder de paganos, y mandó al arzobispo Turpin, predicase por todo el reino las lastimosas nuevas; y á esta causa fueron movidos muchos cristianos á acompañar á Carlo Magno.

## CAPITULO XI.

*Como Carlo Magno se partió con gran número de gente para Jerusalem.*

Carlo Magno hizo pregonar por todos sus reinos y provincias, que qualquier que quisiese haber

suelo para la tierra de turcos, se viniese á París y cuando se supo que el emperador queria pasar en persona por capitán, muchos caballeros principales tuvieron por bien de dejar sus casas, muger é hijos, y pasar el mar en compañía de tan noble capitán; y así fueron ajuntados en poco tiempo treinta mil hombres de pelea, con los cuales se partió Carlo Magno, con mucha esperanza de victoria. Viéndose acompañado de tan lucida gente; y llegados al puerto y embarcados tuvieron buen viento, y en pocos dias llegaron á Turquía, y por consejo de los adalides entraron en un gran monte, que tenia quince leguas de largo y diez de ancho que bien pensaron los guias pasarlo en un dia, y aun en dos no pudieron; y toparon muchos leones, osos, tigres, grifos y otros animales feroces, que les hicieron mucho daño, y especialmente de noche, y con la fatiga de ellos perdieron el camino, y no sabian á donde ir, ni que hacerse, y andando de esta suerte buscando el camino, vino la noche y se hallaron muy turbados, cansados y sin vituallas. Viendo esto Carlo Magno, los mandó juntados en el valle, y puso los mas descansados á las entradas del valle, para defenderse de los animales, que con furor los acometian para hartar su hambre: y Carlo Magno retirado al pié de un árbol, encomendóse al todo poderoso Dios, rogándole hu-

biese piedad de su gente y empezó á rezar el psalterio. y llegando al verso, *Deduc Domine in semita mandatorum tuorum quia ipsum volui*, oyeron una ave, que á grandes voces dijo: *tu oración es oida*. Quedaron todos maravillados mas no por eso dejó Carlo Magno de rezar. Cuando llegó al verso: *Educ de custodi animam meam*, el ave con mayores voces dijo: ó Carlo tu oración es oida. Entonces mandó Carlo Magno mover todo su ejército, y puesto en buen orden, llevando el emperador la delantera, comenzaron á seguir el ave, la cual los guió hasta meterlos al camino derecho; y es claro, que aun ahora se hallan las tales aves en aquel monte, y guian muchas veces los peregrinos que han perdido el camino. Salidos los cristianos del monte vieron hasta cien mil infieles puestos en tres tercios, apercebidos los cristianos, y puestos en orden comenzaron una cruel batalla: mas Dios por su infinita misericordia dió victoria á los suyos, y volviendo los turcos las espaldas, huyeron hasta Jerusalén, pensando descansar en la ciudad; mas los cristianos los siguieron de tal suerte, que á la entrada de la ciudad se hallaron juntos, y entraron tambien con ellos, de manera, que presto fueron señores de la ciudad, y mataron todos los turcos que en ella hallaron, ganando asimismo todos los lugares que los cristianos habian perdido,

y descansó Carlo Magno con su gente algunos dias.

### CAPÍTULO XII.

*De las reliquias que Carlo Magno trajo de la tierra santa, y de los milagros que nuestro Redentor Jesucristo hizo.*

Queriendo Carlo Magno volver para su tierra, el emperador de Constantinopla, y el patriarca de Jerusalem le quisieron dar grandes riquezas de piedras preciosas, oro, plata, elefantes, dromedarios, camellos y otros diversos animales no vistos en estas partes, y el ninguna cosa quiso tomar, diciendo hizo aquello por servicio de Dios, y no por otra cosa: mandó a los suyos, que ninguno usase tomar nada de ellos, so pena de muerte. Entonces dijo el patriarca; señor, pues que de estas riquezas no haces cuenta, mostrarte hemos otras que no tienen precio. Y Carlo Magno les respondió que le placia mucho verlas, fué mandado ayunar tres dias, y el cuarto día fueron ordenadas doce personas de buena vida, para que sacasen las santas reliquias. Carlo Magno se confesó con el arzobispo Ebron, y recibió el cuerpo de Cristo, y los doce escogidos empezaron á cantar las letanias y algunos salmos del psalterio: y el prelado de Nápoles, llamado Daniel, abrió un cofre, donde estaba la preciosa corona de Cristo nuestro redentor, del cual salió tan suave olor, que todos los que presen-

tes estaban pensaron, que estaban en el paraíso: entonces Carlo Magno, lleno de fé y abundancia de lágrimas, se puso de rodillas, y con muchos gemidos; y sollozos rogó á Dios, que por mas gloria de su santo, nombre, quisiese renovar los milagros de su pasión: luego al punto vieron la corona de espinas de nuestro Redentor florida, y de ella sabian tales olores, que todos estaban muy maravillados y el prelado Daniel tomó un cuchillo muy agudo, y limpiólo, para cortar la corona, y cortándola, continuamente salieron nuevas flores, y crecía aquel suave olor; y cortada una parte de la corona, mandó Carlo Magno echarla en un cofrecito de mármol, que para ella tenia aparejado, y echaron en él, asimismo muchas espinas de la dicha corona y tomando Carlo Magno el cofrecito en las manos para darlo al arzobispo Ebron, dejando Carlo Magno antes que el arzobispo llegase á él, vieron estar el cofre en el aire, sin que nadie le tuviese: y visitando despues la dicha corona hallaron las flores convertidas en maná de la manera que Dios le envió á su pueblo en el desierto; y mientras sacaban las santas reliquias, hizo Dios grandes milagros, sanando cojos, mancos, paralíticos y leprosos, y el pueblo á grandes voces decía: verdaderamente este es dia de salud y resurrección, y por el suave olor de estas flores, toda la

ciudad está purificada y llena de gracia. Trescientos y cinco enfermos se hallaron sanos de sus enfermedades, y entre ellos fué curado un hombre, que habia estado veinte y cuatro años ciego, sordo, y mudo, y al tiempo que se abrió el cofre, donde estaba la preciosa corona, cobró la vista, y empezándola á cortar, cobró el oír, y en floreciendo cobró el habla. Y despues el prelado Daniel tomó un clavo de los que fué enclavado nuestro Redentor en la cruz; y con mucha reverencia lo puso en el relicario del alabastro, y entonces fué sano un mancebo, que de su nacimiento tenia la parte siniestra del cuerpo seco é impotente; el cual vino corriendo ligeramente á la iglesia dando lcores, y gracias á nuestro Redentor Jesucristo. A mas de estas santas reliquias, llevó Carlo Magno una parte de la cruz de nuestro Redentor Jesucristo, y el santo sudario, la camisa de nuestra Señora y un paño en que envolvió su bendito hijo, y los brazos de san Simeon. Y así se despidió Carlo Magno del emperador, del patriarca y de los otros señores, y se volvió muy alegre con las reliquias para Alemania, y pasando cerca de un castillo, vió llevar un niño muerto á enterrar: y mandó que lo tocasen con las reliquias y resucitó. Concurrió allí gran multitud del pueblo para verlas, é hizo Dios muchos milagros: cobraron salud muchos enfermos, vista

los ciegos, doce endemoniados fueron libres, ocho leprosos sanos quince paraliticos, catorce cojos, treinta enanos, cincuenta y dos corcobados, setenta y cinco de gota coral, muchos gotosos, así naturales como estraños. Y fueron puestas las santas reliquias en una devota iglesia, que Carlo Magno mandó hacer en Aquisgrán á honra de la virgen señora nuestra, y fué ordenada y establecida una fiesta cada año en el mes de julio, que se muestran las santas reliquias, y se ganan muchos perdones; y fueron presentes á tal institucion el papa Leon, el arzobispo Turpin, Achilles, obispo de Alejandria, Theobilo de Antioquia, y otros muchos arzobispos, obispos y abades.

### CAPÍTULO XIII.

*Como en un lugar llamado Mormionda estaba Carlo Magno haciendo guerra á los paganos.*

En el libro primero he hablado del primer rey de Francia cristiano: descendió segun mi propósito, hasta Carlo Magno, cuyas hazañas no podria ningun hombre enteramente contar, ni las de los doce pares, de cuyas proezas hablaré en su lugar, segun lo hallé en las crónicas francesas; y lo que arriba está escrito, lo he sacado de un libro auténtico, llamado Espejo historial, y sin discrepar ninguna cosa, lo traducí del latin en lengua castellana. Y este segundo libro estaba en metro fran-

cés, y me rogaron lo pusiese en castellano, ordenado por capitulos y dicese, que Fierabrás fué un maravilloso gigante, que fué vencido de Oliveros, y recibió el bautismo y fué Santo. Después de la cruda batalla de Oliveros hablaré de las reliquias que cobraron los cristianos, de las que fueron llevadas de Roma y estaban en poder del almirante Balán, padre de Fierabrás. Y en este libro no entiendo hacer otra cosa, sino volver los versos franceses, en prosa castellana, siguiendo al pié de la letra, sin añadir, ni quitar cosa alguna; y este libro es por la mayor parte aplicado á la honra de Oliveros, aunque hay otras materias, y muchas sentencias, y entiendo hablar de cada uno de los principales varones de Carlo Magno, que se dicen doce pares de Francia, que eran capitanes del ejército, y eran hombres de mucha estima y virtud, valientes por sus personas, grandes señores y de noble sangre. Ya de valientes habia muchos, segun hallo en las crónicas francesas, primeramente Roldán, conde de Coconia, hijo de Milón, y de Berta hermana de Carlo Magno; Oliveros conde de Genés, hijo de Regnér; Ricarte, duque de Normandia; Guarín de Lorena; Gioste, señor de Bordelois; Hoél, conde de Nantes; Ogér de Danois, rey de Daria; Lamberto, principe de Bruceles; Tietri, duque de Dardania; y Bosin de

Beasibais; Gui de Borgoña; Guadabois, rey de Friso; Ganalón, que hizo despues la traición, como di-  
ré al fin del tercer libro; Sansón, duque de Borgoña; Riol de Mans; Alór, y Guillermer Cescór; Nymes duque de Faharia y otros muchos, que aunque no andaban continuamente con Carlo Magno, eran sus súbditos, y hacian lo que les mandaba; mas la mayor parte de los nombrados le acompañaban siempre.

#### CAPÍTULO XIV.

*Como vino Fierabrás al ejército de Carlo Magno buscando cristiano, ó cristianos con quien pelear.*

El almirante Balán era un gran señor, muy poderoso, y tenia un hijo llamado Fierabrás, hombre de maravilloso grandor, y de grandisimas fuerzas, y de magnánimo corazon, y muy diestro en todas armas, y era rey de Alejandria, y señor de toda la provincia de Babilonia, hasta el mar Bermejo, y Jerusalem; con muy gran número de infieles entró una vez en Roma, y se llevó la corona de nuestro Redentor Jesucristo, y los santos clavos con que le clavaron en la cruz, y otras muchas reliquias, de las cuales en el presente libro he hecho mención, como las cobraron los cristianos con

grandísimo trabajo de Carlo Magno: y llamábase Fierabrás de Alejandria: el cual como supiese de sus espías, que el emperador Carlo Magno, y los doce pares de Francia estaban en Mormionda con un grande ejército, lleno de soberbia y arrogancia, confiando en sus grandes fuerzas, destreza, cavalgó con un brioso caballo, y tomando una gruesa lanza, se fué solo á Mormionda, y no hallando con quien pudiese hablar, con espantable voz comenzó á decir de esta manera: O emperador Carlo Magno, hombre cobardé, y sin ninguna virtud, envia dos ó tres ó cuatro de los mejores de tus varones, á un hombre solo, que espera batalla, aunque sea Roldán, Oliveros, Tietri, y Ogér de Danois; que te juro á mis dioses, no les volveré la cara, aunque sean seis, cata que soy en el campo solo, y muy alejado de los míos: y si esto no haces, por todo el mundo publicaré tu cobardía, y de los tuyos indignos de llamarse caballero. Pues tuviste osadía de acometer la Morisma y de ganar reinos y provincias, ten esfuerzo de dar batalla á un solo caballero. Dicho esto ató su caballo á un arbol, quitóse el yelmo, y se tendió en el suelo, y desde á poco alzó la cabeza, mirando á todas partes si venia alguno; y despues no viendo á ninguno, dando mayores voces, comenzó á decir: O Carlo, indigno de la corona que tienes, con solo

un caballero moro pierdes la honra, que en grande multitud de moros muchas veces has ganado. O tu Roldán, Oliveros, y tu Ogér de Danois, y los que os llamais doce pares, de quien tantas hazañas he oido, como no osáis parecer delante un solo caballero? Habeis por ventura olvidado el pelear ó tenéis miedo á milanza? Venid, venid todos los doce pares, pues uno solo no osa.

### CAPITULO XV.

*Como preguntó el emperador á Ricarte, quien era Fierabrás.*

Carlo Magno el emperador, oyendo las palabras de Fierabras maravillándose mucho de su atrevimiento, preguntó á Ricarte de Normandía, que quien era el pagano que tanto le amenazaba? Y respondió Ricarte: Señor, este es hijo del almirante Balán, hombre de muy grandes rentas, y señor de muchas provincias y es el hombre mas feróz del mundo. Llámase Fierabrás, y es aquel que entró en Roma, y mató al Apostólico, y á otros muchos, y robó las iglesias, y el que se llevó las santas reliquias, por los cuales tantos trabajos y fatigas han recibido: es hombre de grandes fuerzas, y muy diestro en todas armas. Entonces dijo Carlo Magno. Tengo esperanza en Dios, que su gran soberbia,

y locura será humillada y abatida. Y viendo que ninguno de los doce se movia para la batalla, tuvo algun enojo entré sí, y sin darlo á conocer á nadie, llamó á su sobrino Roldán, y dijole: sobrino, yo os ruego os armeis, y salgais á la batalla con Fierabrás que yo espero en Dios sereis victorioso.

### CAPITULO XVI.

*De la respuesta de Roldán al emperador Carlo Magno.*

Señor, respondió Roldán al emperador, por cierto yo no iré á la batalla, si no van otros primero, y la causa es esta que la postrera batalla que dimos á los paganos, los nueve caballeros, fuimos cercados de cincuenta mil moros, é hicimos tanto de nuestras personas, que la mayor parte de ellos metimos á muerte, mas no sin grande trabajo, y heridas de nuestros cuerpos, como se vé por el buen conde Oliveros, que está á la muerte de ellas, y cuando llegamos á tu acatamiento, estando cenando, dijiste publicamente que los caballeros ancianos lo habían hecho mejor en la batalla, que los mozos, pues que así es, envia tus ancianos caballeros, y verás como se habrán con Fierabrás: y de mi no tengas esperanza alguna, ni de mis compañeros, si no quieren perder mi amistad. Cuando Carlo Magno oyó á Roldán, con grande enojo que

hubo, le arrojó una manopla de acero, y le dió en las narices; y Roldán cuando vió su sangre, con gran furor echó mano á la espada, y de echó hiriera al emperador su tio, sino se mitioran los caballeros en medio; y Carlo Magno mandó á grandes voces que lo prendiesen y lo sentenciasen á muerte. Y Roldán sacó su espada y dijo: no se llegue nadie á mi, sino el que tuviese aborrecido el vivir, el que se moviere, sacarle ha presto del mundo. Y Roldán era tan querido de la corte, que á todos pesó de su discordia: no hicieron niugun semblante de prenderlo, por mas que lo mandase el emperador. Y apartado Roldán de delante de Carlo Magno, se llegó Ogér de Danois á Roldán, y le dijo: señor Roldán, mucho errasteis en lo que hicisteis á vos era dado honrarle, y obedecerle mas que á otro alguno, asi por el deudo, como porque vos honró mas que á otro. Y como Roldán hubiese perdido la saña, dijo: señor Ogér, en verdad yo le matára si vosotros no os hallares allí, mas soy de ello muy arrepentido, y me pesa de haberle enojado.

### CAPITULO XVII.

*De una reprension del autor contra Carlo Magno y Roldán, por la cuestion pasada.*

Primeramente quiero hablar contigo, Carlo Magno noble emperador, de las cuestiones que con tu

sobrino el muy esforzado Roldán hubiste, pues así por la edad, como por las ciencias, y doctrinas, á las cuales desde tu infancia de los ancianos, y la mudanza facil de los mozos: porque alababas tan publicamente á los ancianos mas que los nuevos caballeros; pues sabias que el noble Oliveros estaba á la muerte de las heridas que aquel dia recibió? Pues á tu sobrino Roldán, quien le vió jamas huir de llevar la delantera en todas las fronteras y batallas? Y quien se halló jamas de mayor corazon, ni osadia, el cual ninguna multitud de paganos jamas le espantó, ni hizo volver atrás? Acordársele debia de los grandes honras, que por tus señaladas hazañas habias recibido. Mirarás tambien, sagaz y discreto viejo, que los primeros movimientos no están en manos del hombre. Mirarás en el dicho del filósofo, que dice: *Vindictam differ donec pertranseat furor*. Que no debe el hombre vengarse siendo envuelto en ira. Trajéras á la memoria el dicho del Eclesiastés, en el décimo capitulo: *Nihil agas in operibus injuriæ*. Considerarás que todos los vivientes desean la gloria, y alabanza de sus buenos hechos; y por esto se pone así los reyes y grandes señores, como los menores en las grandes afrentas, y peligros, y los caballeros menospreciando el vivir, por dejar loable fama, ponen sus vidas al tablero por sus reyes y señores; lo cual muchas ve-

ces hizo tu leal sobrino Roldán, y en lugar de su digna alabanza y galardón, te oyó alabar á otros que no tambien como él lo merecian. Y tu Roldán noble y valiente caballero en quien nunca faltó virtud, de donde te procedió responder con tanta soberbia al emperador, hombre de tanta honra, y valor á quien la mayor parte del mundo teme, y honra? A tu tio, de quien tantas honras, y mercedes has recibido? Mas razon trae cierto, que lo sufririas, que no que le hablaras con tanta descortesia; y si todo esto no te movia á paciencia, mirarás, que todos los mozos son tenidos de catar honra, y obediencia que tuvo á su Padre, y al dicho del Apóstol: *Juvenes sevant amicos adimuntque timorem*. Y el Apóstol san Pablo nos dijo en su epistola, que debemos mucha honra á los viejos, y los debemos sufrir, y comportar como padres, y si el emperador loó á los ancianos, no por eso deshonoró proezas de los mozos, mas nunca tiene el hombre ninguna injuria por pequeña.



## CAPITULO XVIII.

*Como Oliveros, herido de muchas heridas, demandò licencia à Carlo Magno para salir à la batalla con Fierabrás.*

Estaba Carlo Magno triste y enojado, así de don Roldán, como porque ninguno de los suyos se ofrecia á responder á la demanda de Fierabrás, quiso armarse para salir á él, si ledejaran los caballeros. Y venido esto á noticia de Oliveros, que estaba en la cama herido hubo de ello gran enojo, así por la discordia de Roldán con Carlo Magno, como tambien por no hallarse dispuesto para la batalla de Fierabrás. Y despues que supo, que ninguno de los doce pares se movian á servir á Carlo Magno en esto, y certificado del menosprecio, y amenazas, que Fierabrás hacia á Carlo Magno, y á sus caballeros, y movido de gran magnanimidad, y muy leal corazon de servir á su señor por el deseo que siempre tuvo de emplear sus fuerzas contra infieles, saltó de la cama, estirando los brazos, y miembros, por ver si comportarian el trabajo de las armas; y mientras se vestia, mandó á Guarín su escudero, que prestamente le aparejase las armas, y el escudero le dijo; señor, habed merced

de vuestra propia persona, que parece, que voluntariamente quereis acortar vuestros dias. Y Oliveros le dijo: haz presto lo que te mando, que no se debe tener en nada la vida, donde se espèra ganar honra: grande mengua seria mia, si el pagano se fuese sin batalla: y pues dicen, que en la necesidad se conoce el amigo, no es justo dejar el emperador mi señor en tanta congoja! Guarín le armó de todas armas, y armado Oliveros, saltó de un salto veinte y cinco pies, y del salto se le abrieron las llagas; y salió de ellas abundancia de sangre: mas ni por eso ni por ruegos del escudero no quiso desarmarse ni dejar de ir á la batalla, luego ciñó su espada llamada altaclara, y ensillado su caballo, saltó en él sin poner pié en el estribo: y puesto el escudo al brazo, Guarín le dió una gruesa lanza, y hecha la señal de la cruz, se encomendó al todo poderoso Dios, suplicándole por su infinita piedad le quisiese guardar en la batalla, que esperaba tener con el mas feróz pagano, que en aquel tiempo habia y así fué á donde estaba Carlo Magno, acompañado de muchos caballeros entre los cuales estaba Roldán, al cual pesó mucho cuando vió á Oliveros armado: ya sabia estaba muy mal herido, y de grado tomará la empresa de la batalla, sino por el juramento que hizo. Y llegando Oliveros delante del emperador, hecho el

debido acatamiento, dijo: muy noble, y esclarecido señor, suplicote quieras oír mis razones: ya sabes como ha nueve años que estoy en tu servicio, y te he servido según mi poder, aunque no según tu grande merecimiento; y por ende te suplico, que ahora en una merced me sea todo galardonado. Y Carlo Magno le respondió: Oliveros, noble conde, pide lo que quisieres, que ninguna cosa te será negada. Y Oliveros le dijo: señor, suplicote que me des licencia para responder á Fierabrás, que tantas veces ha llamado, y en estos serán mis servicios bien galardonados. Fué Carlo Magno muy maravillado, y sus caballeros de la demanda de Oliveros, y respondió diciendo, Oliveros, de esto no tengas confianza, que no te daré tal licencia: pides batalla con el hombre mas feróz del mundo, y estás herido de muerte. Entonces se levantó Ganalón, y otros parientes que hicieron la traición, como en el último libro se dirá, y dijo: señor está ordenado, y establecido en tu corte, que ninguna cosa que tu mandases, no revocases, ni dejes de hacer: por eso es justo que Oliveros alcance la merced que mandaste. Y Carlo Magno le dijo: Ganalón, tu tienes malas entrañas como te he dicho otras veces; por lo que dijiste, dejaré ir á Oliveros á la batalla; mas si muere, tu, y todo tu linaje lo pagareis con la vida, como traidores. Y cuando

Carlo Magno vió, que no podía negar la merced á Oliveros, le dijo: Oliveros, ruego á nuestro señor Dios que por su misericordia te de gracia de salir victorioso, y te deje volver con salud ante mis ojos; y echole el guante, y Oliveros le recibió con muy grande alegría, y despidiose de él, y de los demas caballeros, y se fué para la batalla.

### CAPITULO XIX

*Como el conde Regner rogó á Carlo Magno no dejase ir á Oliveros su hijo, á la batalla con Fierabrás.*

El conde Regner cuando supo que su hijo Oliveros iba á la batalla, con abundancia de lágrimas, temiendo su muerte, se echó á los pies de Carlo Magno, diciendo; señor yo te ruego hayas piedad de mi hijo, y de mí; ya no tengo otro consuelo, ni esperanza en mi vejez, sino aquel hijo, y así mismo piedad de su ardiente mocedad: y si esto no te mueve á piedad, muévante las mortales heridas que en su cuerpo tiene, por las cuales no tiene disposición para pelear, ni aun para sufrir las armas; por donde ni tu serás vengado del feróz gigante, ni mi hijo evitará la muerte, ni yo quedaré libre del temor, y recelo de mi esperada vejez. Y dijole Carlo Magno: Regner, yo no puedo

revocar la merced, que él ha demandado, y le otorgué, ya le di mi guante en señal de la licencia, mas espero en Dios, que le veremos volver victorioso y con salud. Entonces se volvió Regnér á su hijo, y mezclando algunas palabras con muchas lágrimas, le dió su bendicion, y se partió Oliveros en busca del gigante Fierabrás, salieron todos á mirarlo. lo uno, porque sabian que estaba malamente herido, y porqué tenían gran placer de verle armado.

*Como Oliveros habló á Fierabrás, y como el gigante le menospreció.*  
**CAPITULO XX.**

*Como Oliveros habló á Fierabrás, y como el gigante le menospreció.*

Llegado Oliveros al lugar donde estaba Fierabrás, y viéndolo estar á la sombra de un arbol desarmado, y durmiendo, despues de haberle mirado, le llamó, diciendo: levántate pagano, y toma tus armas, y caballo: tanto me llamaste, he venido para ver si eres tan feróz en los hechos, quanto tienes la fama, y el parecer. Fierabrás alzó la cabeza, y viendo un solo caballero, no hizo caso de él, y volviöse á echar, y Oliveros le llamó otra vez; y Fierabrás le preguntó, quien era, que tan simplemente venia á la muerte? Oliveros le dijo pa-

gano levántate y toma tus armas y caballo y ven á la batalla, que no es echo de caballero estar tendido en el suelo viendo su enemigo delante. Dices que vine yo á buscar la muerte, es muy cierto; mas la tuya, como verás presto. Y Fierabrás se sentó y dijo así: osadamente hablas, aunque eres pequeño de cuerpo, y si tomas mi consejo, te puedes volver; y así alargaras la vida: y si todavia porfiaras de hacer armas conmigo, cumple que me digas tu nombre, y la sangre de que descienes, y Oliveros le dijo: Tu no puedes saber mi nombre, hasta que sepa el tuyo; y no me parece en razones tal cual me envió aquí para que diese fin á tus dias, alomenos, dejando tus idolos, hechos por manos de hombres sin entendimiento. ni virtud, creyeres en la santísima Trinidad, Padre, Hijo, y Espiritu Santo, tres personas, y un solo Dios todo poderoso, Criador del cielo, y de la gloriosa virgen santa Maria. Y cuando creyeres firmamente todo esto, mediante el agua del santo bautismo, que sobre esto fué establecido, te podrás prevenir á la gloria eternal. Y Fierabrás dijo; quien quiera que tu seas, eres muy presuntuoso en tu hablar, y porqué conozcas tu loco atrevimiento, te quiero decir quien soy. Yo soy Fierabrás de Alejandria, hijo del grande almirante Balan, y soy aquel que destruyó á Roma, y mató al Apostólico, y otros muchos, y

llevé todas las reliquias que hallé, por los cuáles habeis recibido tantos trabajos, y tengo á Jerusalem, y el sepulcro donde fué puesto vuestro Dios. Y Oliveros le dijo: Fierabrás, yo he habido placer de saber tus nuevas, y ahora tengo mayor deseo de la batalla, que soy mas cierto de la victoria: levántate y ven presto, que por ella se ha de librar nuestro pleito, y no con palabras. Y dijole Fierabrás: cristiano, yo te ruego me digas, que hombres son Carlo Magno, Roldán y Oliveros, porque los he oido nombrar muchas veces en las partes de Turquía. Y Oliveros le dijo: pagano, sepas que Carlo Magno es poderoso señor, y muy valiente por su persona y hombre de gran consejo y sagacidad, asi en el regimiento de sus reinos, como en hechos de guerra, y levántate, si no quieres que te hiera asi como estás, y arrepentirte has cuando ya no tuvieres remedio. Y entonces Fierabrás le dijo: dime caballero, como no envió Carlo Magno á Roldán ó Oliveros, de quien tantas hazañas he oido; ó porque no enviaba cuatro ó cinco de los pares, si uno no osaba! Y dijole Oliveros: Roldán jamás hizo cuenta de un solo pagano por mas nombrado que fuese, y solamente por menosprecio tuyo no quiso venir á esta batalla: si tu trajeras tu compañía, él solo te saliera á recibir, y vieras entonces quien era. Y el pagano le dijo: y tu quien eres,

ó en que erraste á Carlo Magno que asi te envió aquí, como quien envia un cordero al carnicero, yo te juro á los dioses en quien creo, que por tu buen habla, y parecer tengo lástima de tu mocedad. Toma mi consejo, y vuelve á Carlo Magno, y dile, que me envíe seis de los doce pares, que juro al poder de mis dioses, de esperarles á dar la batalla. Y Oliveros le respondió: pagano, no te cures de tanta plática y dilacion, que si tú no te levantas hago juramento á la orden de caballería, que aunque me sea feo el herirte, y hacerte levantar mal de tu grado. Y dijo el pagano: dime pues tu nombre antes que me levante: y dijo Oliveros, yo me llamo Guarín, pobre hidalgo, nuevamente armado caballero, y esta es la primera cosa en que sirvo al emperador mi señor: y poniendo la lanza en el ristre hirió al caballo con las espuelas, fingiendo de herirle, y del salto que dió se le abrió una llaga, que tenia en el muslo, y salió gran copia de sangre: de tal manera, que vió Fierabrás salir la sangre por entre las armas: y le preguntó, si estaba herido, y de donde procedia aquella sangre; y Oliveros le dijo, que no estaba herido, y que la sangre procedia del caballo, que era duro de las espuelas. Y viendo Fierabrás, que salia por las junturas de las armas, le dijo: por cierto Guarín, tu no dices verdad que no puedes negar,

que tu cuerpo no esté llagado, y decirte como sanarás en un punto, aunque mas llagas tuvieses: llégate á mi caballo, y hallarás dos barrilejos atados al arzon de la silla llenos de bálsamo, que por fuerza de armas gané en Jerusalem, y de este bálsamo fué embalsamado el cuerpo de tu Dios, cuando le descendieron de la cruz, fué puesto en el sepulcro; y si de él bebes quedarás luego sano de tus heridas. Y Oliveros le dijo: pagano cumplido de razones mas que de hechos, no tengo cura de tu brebaje, y si no te levantas, como á villano, te haré dejar el hablar, y despedir del vivir; y Fierabrás le dijo: eso no es cordura Guarín y creo, te arrepentirás, si en la batalla entras conmigo.

### CAPITULO XXI.

*Como Oliveros ayudó á armar á Fierabrás, y de las nueve espadas maravillosas y como Oliveros dijo quien era por su nombre.*

Como Fierabrás, hubo rogado á Oliveros, que dejase su demanda, y no quisiese entrar en la batalla con él en ninguna manera no lo queria hacer, le dijo: Guarín, tu estas todavia en tu loca porfia, mas creo que cuando me vieres en pié, que solo de la vista te espantarás. Y Oliveros enojado de

sus pláticas, abajo la lanza, é hizo semblante que le hiba á dar, diciendo: levánta villano. Y entonces Fierabrás con gran furor se levantó, y dijo; por tu vida Guarín, medigas que hombre es Roldán, y Oliveros, y la estatura de sus cuerpos, y Oliveros le respondió: Oliveros es de mi grandor y tamaño, Roldán cuanto al cuerpo algo menor; mas de corazon, y valor de su persona, no tiene par en el mundo. Por la fé que debo á Apolin, y Trávalgante mis caros dioses, que me maravillo de lo que dices, que si doce caballeros como tu estuvieron ahora aqui, no tendria por gran hazaña meterlos á filo de espada. Mucho hablas dijo Oliveros y creo que de mi solo tienes miedo, y por esto dilatas la batalla; ármate y sale á la batalla, que ni tu grandor me espanta, ni tus alabanzas te hacen mejor de lo que eres: Entonces Fierabrás dijo: Guarín, yo te ruego te apees, y me ayudes á armar. Y Oliveros le dijo: no creo fuese eso fiar en ti. Y Fierabrás dijo: con mucha seguridad te puedes fiar de mi, que nunca en mi reinó traición, ni vileza: entonces Oliveros saltó ligeramente del caballo para armar á su enemigo; y él dijo: Guarín yo te ruego en tus hechos seas hidalgo: y Oliveros le dijo, que lo seria, y así le empezó de armar, y primeramente le vistió un cuerpo cosido, y despues una cota de malla, y despues un peto de acero, y encima de todo esto un arnés muy rel-

ciente, guarnecido de piedras preciosas de infinito valor. Vista la cortesía de Oliveros, nuevamente lo rogó Fierabrás, que dejase la demanda, ofreciéndole todo el pre. y la honra de la batalla. Pagano, no cures de hablar en ello, que hoy te llevaré muerto ó vivo á Carlo Magno mi señor: entonces Fierabrás ciñó su espada, llamada ploranza, y tenia otras dos al arzon de la silla, una se llamaba baptizo, y la otra graban. Las cuales eran de tal temple, que ningun arnés por fino que fuese las melló, ni hizo señal en ellas, y hicieron estas espadas tres hermanos, y hicieron cada uno tres. llamábase el uno Gallus, el otro Munificans y el otro Ausiax; y Ausiax hizo las espadas llamadas *baptizo, ploranza y graban*; las cuales tenia Fierabrás: Magnificans hizo las espadas llamadas durandal, esta hubo Roldán, la otra se llamaba salvagina, y la otra cortante, estas tenia Oliveros, y la otra se llamaba juyosa, esta tenia Carlo Magno. Estos tres hermanos milagrosamente hicieron estas nueve espadas, que antes, ni despues nunca hicieron otras tan buenas; y ceñida la espada Oliveros, rogó á Fierabrás que cabalgase, mas no quiso cabalgar hasta que vió á Oliveros en su caballo, y entonces sin poner pie al estribo saltó muy ligeramente en la silla y armado. Era cosa espantable de ver; que tenia quince pies de larga, y bien fornido segun la grandeza, y puesto un escudo de acero al cuello, en

medio del cual tenia pintado el dios Apolin y encomendándose á él tomó una muy gruesa lanza en la mano que á un arbol tenia arrimada y vuelto con fiero semblante á Oliveros meneando su lanza como si fuera una paja, otra vez le rogó que se volviese sin batalla, diciendo que era imposible en ella evitar la muerte. Entonces Oliveros dijo: pagano, piensa de ser en este dia buen caballero, que tengo esperanza en aquel, que por el humano linage recibio muerte y pasion, te he de llevar muerto ó vivo á Carlo Magno; y dicho esto volvió el caballo, y tomó del campo á su placer, y puesta la lanza en el ristre le dijo, que se defendiese hasta la muerte. Fierabrás visto que no se escusaba la batalla hincó la lanza en el suelo, y se fue hacia Oliveros rogándole que aun dos razones le oyese y le dijo. Tu eres cristiano, y tienes gran confianza, y esfuerzo en la ayuda de tu Dios, por el cual te conjuro, y por el bautismo que recibisteis, y por la reverencia que debes á la cruz donde Dios fue colgado, y enclavado, y asimismo por la fidelidad que debes á Carlo Magno tu señor, que me digas si eres don Roldán, ó Oliveros, ó alguno de los doce pares, que tu gran osadia, me hace creer ser alguno, ó el principal de ellos, que por verdad sepa tu nombre, y el linage de donde descienes. Oliveros le dijo: no se pagano quien te enseñó á conjurar al cristiano, que mas fuertemente no me podias

apremiar á decir verdad. Porende sepas, que soy Oliveros, hijo de Regner conde de Genas, uno de los doce pares de Francia; por cierto, dijo Fierabrás bien conoci en tu atrevimiento, y osadia que no eres otro que el que me habeis dicho, y pues que asi es señor Oliveros, vos sereis bien venido y si antes os conociera, antes hiciera vuestro mandado, porque veo teñidas vuestras armas de la sangre que de vuestro cuerpo sale y habeis hacer dos cosas la una. O vos volved á curar de vuestras llagas, o bebed del bálsamo que conmigo traigo, y luego sereis sano y asi podreis bien pelear, y defender vuestra vida, que á mi seria grande mengua mataros siendo, de otro caballero herido; señor Fierabrás de Alejandria, dijo Oliveros, á mucha merced os tengo la buena voluntad, mas soy cierto, que no tengo necesidad de ello: dejemos las hablas, entendamos en los hechos, y verás lo que te digo, y no dilates mas, que nuestra batalla no se escusa, salvo con esta condicion quedejando tus idolos recibieses bautismo, y tuvieses la creencia, que los cristianos tenemos; y si esto haces tendras por buen amigo al emperador Carlo Magno, y don Rolán por tu especial compañero, y yo te prometo no dejar tu compañía: y Fierabrás dijo, que en ninguna manera lo haria.

## CAPITULO XXII.

*Como Oliveros y Fierabrás comenzaron su batalla, y como Carlo Magno rogò á Dios por Oliveros.*

Apercibidos, y puestos en òrden los dos caballeros, rogò Fierabrás á Oliveros otra vez, que bebiese del bálsamo, y Oliveros le dijo, no quiero Fierabrás vencerte por virtud del bálsamo, sino con espada cortante y con buenas armas muy lucidas, como caballero. Y dicho esto tomaron del campo á su voluntad, lo cual les parecio haber menester, y con toda la fuerza que los caballos podian, se vinieron el uno para el otro. y el encuentro fue tal, que volaron las lanzas al aire hechas menudas astillas, y quebradas las lanzas hecharon mano á las espadas, sin que en ellos se conociese mejoría alguna, y de esto estuvo muy maravilloso Fierabrás y aunque estaban algo apartados del ejército, peleaban en lugar que el emperador Carlo Magno, y los otros caballeros los veian muy bien. Y viendo Carlo Magno el peligro en que Oliveros estava, se entrò en su retrainiento muy enojado, donde tenia un devoto crucifijo, y abrazado con la cruz con abundancia de lágrimas y devoto corazon comenzó á decir: mi Dios, cuya remembranza tengo en mis brazos, yo te ruego, quieras ser en ayu-

da de Oliveros, que por defender tu santa fé setá en gran peligro. Y en esta andaban los dos caballeros muy feroces peleando de manera, que salia de las armas mucho fuego, y los yelmos abollados, y ellos y los caballos de cansados hubieron de retirarse para descansar un poco: y vueltos á su comenzada batalla, dió Oliveros tal golpe á Fierabrás, que toda la pedreria, oro y otras joyas de gran valor hizo volar por el suelo. Y quedó tan aturdido del golpe que perdió los estribos, y las riendas del caballo, y por poco cayera en el suelo. Y viendo este golpe Carlo Magno, y sus caballeros hubieron todos un gran placer, y entonces don Roldán dijo: Oliveros mi especial amigo y compañero, plugiese á Dios que ahora yo estuviese en su lugar, por dar presto fin á la batalla: no porque tu no seas suficiente para mayor hecho (si sano estuvieses de tu cuerpo) mas recéleme que tus Hagas te acarrear la muerte, tanto como las fuerzas del gigante: y estas palabras oyó Carlo Magno, y díjole Roldán, mejor fuera cierto, que tu sano, y rogado fueras á la batalla, que Oliveros está malamente herido: mas si muere en esta batalla, jamás olvidaré tu ingratitud; y á esto ninguna cosa respondió don Roldán. Tornando en sí Fierabrás, y cobrando los estribos, y las riendas del caballo, echando espuna por la boca y los ojos vueltos en sangre, y quitada la visera llamado la ayuda de

sus dioses, se fue para Oliveros y con la espada llamada bautismo, le dió tal golpe, que el yelmo le abolló, y cortó los lazos: é hizo volar toda la malla por el suelo, y le hirio muy malamente el caballo, y llegándole la espada á la piernaizquierda, le cortó la greva, y le hirio muy mal en la pierna, y quedó la espada de Fierabrás ensangrentada, y de este golpe fue el buen caballero Oliveros muy aturdido, y cayera del caballo, sino se abrazara con el arzon de la silla, y dijo entre sí: ó mi Dios criador, que cruel golpe es este que he recibido! O virgen, y madre de Dios á ti me encomiendo; no permitas que muera yo en manos de este cruel infiel, y para descansar algun poco, se quitó la visera y cuando Fierabrás le vio tan demudado, díjole: Oliveros, noble caballero, ya sabrás como cortan mis espadas, y el modo de pelear, toma mi consejo, y vuélvete á tu posada, y haz cura de tus Hagas, que si porñas en esta demanda no viviras dos horas; yo te veo muy demudado por la sangre que has perdido, y pierdes; enviame á don Roldán, ó á qualquier de los otros doce, que aqui los esperaré y á ti mismo, cuando volvieres sano, y esto has de hacer antes que conozcas mas mis fuerzas. Cuando Oliveros, oyó esto, lleno de enojo, apretando la espada en la mano, y cubriéndose del escudo, dijo: ó pagano, todo el día me estás amenazando de darme la muerte, mas yo espero en

Dios de hacer eso en ti, y en diciendo esto arremetieron el uno para el otro, y se hirieron tan poderosamente, que subian por el aire las centellas que de las armas salian, y sin descansar un punto, el un golpe alcanzaba al otro, y al ruido que hacian era tan grande, que parecia casa de herreria. Estaban Carlo Magno, y sus caballeros muy maravillados de tan cruda batalla, y entrándose Carlo Magno en su retraimiento, con perfecta fe, comenzó á decir: ó glorioso Dios, que por nosotros recibiste muerte y pasion, pléguate por tu misericordia seas en ayuda de Oliveros, porque no perezca en manos de aquel enemigo tuyo, y de tu santa fe, y en este tiempo no cesaban los caballeros de herirse cruelmente, de manera, que Fierabrás cortó un aro de acero dorado, y el labrado á maravilla que tenia Oliveros al rededor de su yelmo, y le cayó sobre los ojos, el mismo golpe le volvió las armas, y le hirió en los pechos. Oliveros malamente herido, y con grande esperanza del socorro de Dios, empezó á decir: ó glorioso Dios principio, medio y fin de todas las cosas, el cual con tu propia mano formaste á nuestro primer padre Adán, y por compañera le diste á Eva, sacada de su costilla, y en el paraíso terrenal los colocastes, y un solo fruto les vedastes, y de aquel engañados del diablo hubieron de comer, y por aquello, perdieron el paraíso. Y tu dolien lote de la perdicion del mundo

bajaste acá entre nosotros, y tomaste carne humana en el vientre virginal de la santísima virgen Maria señora nuestra; y los reyes de lejas tierras te vinieron á adorar, y te ofrecieron oro, incienzo y mirra; y despues el rey Herodes pensando, señor, matarte, hizo morir muchos niños inocentes. Y despues predicaste en el mundo tus santas doctrinas, y los judios envidiosos te clavaron en la cruz; estando en ella, Longinos con una lanza abrió tu costado, y de él salió sangre y agua y cayendo en los ojos del ciego Longinos, cobró la vista que tenia perdida, y creyó en ti, y fue salvo, y tu santo cuerpo fue puesto en un monumento de piedra, y el tercero dia resucitaste y sacaste las almas de los santos que en el limbo estaban; y el dia de tu gloriosa ascension á ojos de tus discipulos subistes á los cielos. Asi señor, como firmemente creo todo esto sin parte alguna de incredulidad, te suplico me seas en mi ayuda, y favor, contra este infiel gigante, porque vencido por mi sea convertido á creer en ti, y entre en la carrera de la vida de salvacion. Y dicho esto con entera esperanza del pedido favor, besó la cruz de su espada, y se movió para Fierabrás, el cual con mucha atencion habia escuchado todo lo que Oliveros habia dicho, y riéndose de el dijo: por tu vida Oliveros, que me declares, la oracion que has dicho ahora con tanta devocion. Y Oliveros le dijo: plugiese á Dios, Fie-

rabrás, que tu creyeres lo que dije como yo creo; que dejadas las abusiones de tus idolos, conocieses tu verdadero criador, y redentor, y conociéndole recibieses su santo bautismo, y guardases sus santos mandamientos, mediante lo qual se alcanza la gloria del paraíso. Deseo no me hables dijo Fierabrás, que mis dioses son muy piadosos, á quien los llamo con devocion, y veo que Dios no te quiere ayudar en tanta necesidad, aunque lo has llamado en tus oraciones muchas veces. Por esto, te doy por consejo, que dejes tu Dios, y te vuelvas moro, que yo partiré contigo toda mi tierra y renta. Y Oliveros le dijo: pagano, simplemente hablas en decir, que deje el criador del cielo y de la tierra por adorar un idolo de oro, ú de plata, hecho por manos de hombres; esto hacen los que ciegos de los ojos del entendimiento, van tras del diablo engañados, como te trae á ti, y los tuyos; dejemos razones, y volvamos á la empezada batalla. Y Fierabrás le dijo: todavia porfias en morir á mis manos? Pues asi lo quieres, procura defenderte, que ninguna piedad tendré de tí. Y Oliveros le dijo. Ni yo de tí hasta darte la muerte, ó llevarte preso delante del emperador Carlo Magno; y arremetiendo el uno para el otro, como dos hambrientos leones, volvieron á su batalla, con tanta ligereza y deseo de pelear, como cuando la comenzaron, y dió Fierabrás tan gran golpe, é hirió al caballo en la ca-

beza, y se espantó, y fué corriendo por el campo gran trecho, sin que Oliveros le pudiese detener, y tirando de las riendas, las hizo pedazos. Cuando Fierabrás vió que Oliveros no podia detener su caballo, dió de espuelas al suyo, y le atajó el camino haciéndole parar: y cuando Oliveros le vió para sí, pensando que le seguia para herirlo, saltó ligeramente del caballo, y le dijo pagano, haz todo lo que pudieres, que ninguna ventaja conozco. Y Fierabrás le dijo: no creas, Oliveros, que alce mi espada para herirte, mientras estuvieres á pié, que no tienes tu la culpa de la falta de tu caballo: mas adereza las riendas, cabalga en él, y volveremos á la batalla si quieres; y si la quieres dejar por otro dia, en este campo te esperaré. Y Oliveros le dijo: no cesará la batalla sin la muerte, ó vencimiento del uno ó del otro. Añudadas las riendas del caballo, saltó en él muy ligeramente, y volvieron á la batalla; y despues que se hubieron dado muy grandes y terribles golpes, rodeandose los caballeros el uno al otro, por mejor aprovecharse de su enemigo, tropezó el caballo de Fierabrás, y cayó en una acequia, tomando á Fierabrás debajo, que no podia en ninguna manera salir; y viéndole Oliveros, saltó muy presto de su caballo, y tomó el de Fierabrás por el freno, desviándolo que no lo pisase; y viendo que Fierabrás no se levantaba, le tomó en sus brazos, y levantóle del

suelo, y dijo que cabalgase, y volvióse á la batalla; y Fierabrás cabalgó ligeramente, y dijo á Oliveros: tu gran virtud y nobleza me hace perder el deseo de la batalla; por ende te ruego, que la dejes, y llesves todo el pre y la honra. Oliveros le respondió, que en ninguna manera podria él ser valvo de la batalla, sin ser forzado de sus compañeros, sino que ya queriendo ir Fierabrás, volvieron á su fuerte batalla, y dió Fierabrás tal golpe á Oliveros, que le saltó la sangre por las narices, mas no por eso dejó la batalla. Cuando Fierabrás vió á Oliveros volver con tan magnifico corazon á la batalla, le dijo: Oliveros, grandísimo es el esfuerzo de tu corazon; con tu derramada sangre has regado todo el campo; veo tu yelmo todo abollado, y el arnés despedazado y desguarnecido; mi tajante espada y mi brazo derecho ceñido en tu propia sangre; tu caballo muy fatigado, por los golpes que hoy ha recibido, y yo enojado ya de herirte, y tu fuerte corazon nunca enfadado, ni turbado, antes mucho mas feróz, y no menos osado que al principio de la batalla: mucho quisiera que gozáras tu noble mancebia, y por esto te he rogado tantas veces que dejases la batalla, y de nuevo te lo rogaria, por no acortar tus dias, si te viese en propósito de tomar mis sanos consejos; mas veo tus fuerzas en muy grande grado menguadas; y tambien tus brazos y miembros muy fatigados, y descosos de paz,

por hallar en ella algun descanso, y por otra parte veo tu engañado corazon arder en el deseo de la batalla, no temiendo en los duros golpes de mi tajante y cortadora espada, y ya enojado de mis prolijas razones, atribuyes á cobardía, lo que es generosidad y nobleza de mi sangre, que me obliga á decir, no menos la nobleza que en ti he hallado; y pues que tanto uyes de lo que todos los vivientes desean, que es el vivir encomienda tu alma firme á tu Dios, que el cuerpo ya no tendrá poder de quitarse del furor de mi espada. Aun no eran bien acabadas las tan soberbias y arrogantes razones de Fierabrás cuando Oliveros apretando la espada en la mano, y cubierto de su escudo, se adelantó para él, y alzados los dos valientes caballeros sobre los estribos, olvidado todo el temor de morir, se dieron tan terribles golpes, que ni la fineza de los escudos, ni la fuerza de tan vigorosos brazos no pudo defender, que las espadas no llegasen á los yelmos; y fueron los golpes de tanta fuerza, que entrambos á dos cayeron sobre los arzones de las sillas de pechos, perdido todo el sentido, y de la grande fuerza hincaron los caballos las rodillas en el suelo, dos grandes partes de los escudos cayeron en tierra; y fué el golpe de Fierabrás tal, que resbalando su espada del yelmo de Oliveros, descendió á los pechos, hendió el arnés, y todas las armas, é hirió á Oliveros en la te-

ta izquierda. Viendo Oliveros salir grande abundancia de sangre de su mortal llaga, temiendo la muerte, dijo así: ó verdadero Dios todo poderoso! Oye el alma pues que el cuerpo no mereció ser oido; vean pues, tus clementísimos ojos este inmérito siervo tuyo, que te llama en su postrimera hora; no pido ya el vencimiento de la batalla, solamente suplico, que esta pecadora alma, rescatada con tu preciosa sangre, no perezca, ni pierda la gloria que á tus fieles prometistes. O virgen bendita, madre de misericordia! Ruega por tu caballero, que te llama de tanta necesidad. Dicho esto se cubrió con la parte del escudo que le quedaba, y fuese para Fierabrás, diciendo: ea caballero, demos ya fin á esta prolija batalla. y procura defenderte, que si quedo en el campo, yo trabajaré que no te alabes en poblado. Cuando Fierabrás le vió tan demudado, así en el habla, como en el color del gesto, dijo: Oliveros noble caballero, mucho me pesa de tal mal, mas vente para mí presto, que beberás del bálsamo, y cobrarás la salud, y toda la fuerza que has perdido. Oliveros le dijo: ó generoso pagano, cuan grande es tu cortesía y nobleza! Bien parecen tus condiciones á la sangre de donde descienes; mas sepas que no llegaré á tu bálsamo, si con la espada no le gano. Cual hidalgo podrá darte la muerte, habiéndole tu dado la vida? Y luego como feroces leones se fue el uno pa-

ra el otro, y los golpes fueron tales, que vieron los cristianos el fuego que de las armas salía: y Oliveros acertó á Fierabrás en un muslo, y falseadas las armas, le metió la espada por la carne, y salía de él mucha sangre. Viendose el pagano tan mal herido, desviado algun tanto de Oliveros, muy presuntamente bebió del bálsamo, y quedó del todo sano de su herida; y de esto fue muy triste Oliveros. y con grande enojo le dió un gran golpe al arzón de la silla, cortó una cadena, en que estaban atados los barriles del bálsamo, y cayeron entrambos en el suelo, y del grande golpe se espantó el caballo, y huyendo se desvió gran trecho de Oliveros, tanto, que tuvo lugar de apearse, y beber del bálsamo á su placer y luego se sintió sano, ligero y dispuesto, como si nunca hubiera sido herido, y de esto dió infinitas gracias á Dios, y dijo entre sí; ningún buen caballero debe pelear con esperanza de tales brebajes. y tomando entrambos barriles, los echó en un caudaloso río, que cerca de allí pasaba, y fueron al hondo del agua, y he leído en un libro auténtico de lengua toscana, que habla de este Fierabras de Alejandria, que todos los dias de S. Juan Evangelista parecen los dos barriles encima del agua, y no en otro tiempo. Cuando Fierabrás vió sus barriles perdidos, con grande enojo dijo á Oliveros: ó hombre simple, y sin cordura! porque achaste á perder lo que con todo el oro del mun-

do no se podia mercar! Aperebete pues, que el-  
tiendo que lo habrás menester antes que de mi te  
apartes; y diciendo esto con gran ferosidad se fué  
para él; mas Oliveros, que mas dispuesto que an-  
tes, con magnánimo corazon le esperó, y se dieron  
muy grandes golpes; y fue el golpe de Fierabrás  
con tan gran impetu, que resbalando del escudo de  
Oliveros acertó en el pescuezo del caballo, y se  
cortó, y quedó Oliveros á pie, y Fierabrás muy  
maravillado como su caballo no arremetió para  
Oliveros; que á eso era acostumbrado, y á muchos  
habia dado muerte.

### CAPÍTULO XXIII.

*Como los dos caballeros hicieron la batalla à pie; y como  
Carlo Magno rogó à Dios por Oliveros.*

Como Oliveros se vió sin caballo, fue muy tris-  
te por ello, y dijo à Fierabrás: ó rey de Alejan-  
dria, esforzado caballero, valerosamente te has ha-  
bido hoy contra mí, tu te alabaste, que á cinco  
caballeros juntos, tales como yo daría batalla, y  
me mataste el caballo, sabiendo que en el órden  
de caballeria está instituido, que el caballero que  
en desafio mata el caballo á otro, debe perder el  
suyo; y Fierabrás le dijo: yo se que dices verdad  
bien has visto que no tiraba al caballo, mas no

quedarás quejoso de mi, cata aqui mi caballo te  
doy, que es el mejor del mundo, yo estoy muy  
espantado como no te despedazó, luego que te vió  
á pié, que así lo ha hecho á otros muy caballeros;  
y luego se apeó del caballo, y Oliveros le dijo: no  
creas que ninguna cosa reciba de ti; si justamente  
no la ganare por las armas: y así apeados los dos  
caballeros comenzaron muy cruda y reñida bata-  
lla, y parecia Fierabrás una torre à par de Olive-  
ros, que era mucho mayor de cuerpo, aunque no  
menos en los golpes, ni en la destreza del pelear,  
ni en la ligereza: y continuando su batalla, tiró  
Fierabrás un golpe con toda su fuerza; y el noble  
caballero se desvió al lado derecho, no apartándose  
de su enemigo, dió el golpe en el suelo, y antes que  
Fierabrás alzase el brazo, Oliveros le dió un gran  
golpe, y fue muy desatinado, y con la gran fuerza  
que puso Oliveros en herir á Fierabrás, se le  
adormeció el brazo, y la mano de la espada, sal-  
tándole la espada de la mano, y cubierto bien de  
la parte del escudo que le quedaba se abajó para  
alcanzarla: mas el pagano, que cerca de él estaba,  
le dió á su salvo tal golpe, que de la pequeña par-  
te del escudo que tenia, hizo muchas piezas y que-  
dó el buen Oliveros sin escudo, y sin espada, y el  
brazo atormentado del golpe. Todo esto vió Guarín  
su escudero que estaba en una alta torre mirando  
la batalla, y despues que vió á su señor sin armas,

con muy grandes llóros entró donde estaba Carlo Magno: y Regnér padre del esforzado Oliveros, y otros muchos del ejército de Carlo Magno, y á grandes voces decia, que vieran á Oliveros su señor sin escudo y espada, y el pagano bien armado de todas armas procurando darle muerte. Oyendo Roldán las tales nuevas, tomó con presteza el escudo, y su espada durandal, y puesto de rodillas delante de Carlo Magno, suplicó le quisiese dar licencia para ir aguardar á Oliveros de la muerte; mas no consintió el emperador que ninguno se moviese para favorecer al noble Oliveros, diciendo, le seria mal contado entre los caballeros, porque fué desafiado por uno, y no osó ninguno hacer otra cosa: y entrandose el emperador en su ratraimiento, y puesto de rodillas delante de un crucifijo, y derramando infinitas lagrimas por su arrugada faz, rogó á Dios por su Oliveros: diciendo: suplicote, Señor, por tu infinita piedad y misericordia, quieras ser en ayuda al caballero, que por tu santa fé está en grande peligro; é hizo muy grandes votos y promesas. Acabada su oracion, oyó una voz del cielo, que le dijo: Carlo no te fatigues por tu caballero, que sin duda, aunque sea tarde, llevará el vencimiento de la batalla. Y dió el emperador infinitas gracias á Dios, y con crecida alegría sahó de su cámara, solamente contó esto á Regnér, padre del buen Oliveros por consolarlo, que estaba en gran

congoja por su hijo que no le matase.

Cuando Fierabrás vió á Oliveros sin espada, y sin escudo, y no osaba bajar por ella, dijo: ó noble Oliveros, caballero de gran honra: por cierto yo he alcanzado sobre tí algo de lo que deseaba; y tu no creias: mas bien te puedes ya dar por vencido, pues estás sin espada: y no eres osado ni te atreves á bajar por ella; y por tu grande nobleza quiero hacer contigo un partido, porque puedes gozar de tu noble mancebia, y en este: que tu me prometas dejar tu ley y creencia de tu Dios, y adorando de perfecto corazon mis dioses, les demandes perdon de los muchos daños que á los turcos has hecho y de esta manera podrás evitar la muerte, casarte con Floripes mi hermana, la mas hermosa dama que en toda Turquía se halla: y si esto haces, antes de un año volveremos con una muy grande armada, y ganaremos todo el reino, de Francia, y te haré coronar por rey de todo este reino, y sus provincias, y despues entraremos por Alemania, y todo lo que ganaremos será tuyo, y de las tierras que poseo daré parte si quieres. Y Oliveros respondió: pagano, en valde hablas, que si me dieses todos los reinos y tesoros del mundo, no haria nada de lo que me dices; y antes consentiria desmembrar todo mi cuerpo, miembro por miembro, que discrepar un punto solo de la ley de mi Dios. Y Fierabrás le dijo: juro al poder de mis dioses, que

eres el mas obstinado hombre del mundo, pues ningun peligro, ni trabajo te han podido hacer mudar el propósito, ni aflojar el corazon: y te puedes loar, que nunca hombre delante me durò tanto, ni en batalla tan fatigado fui, como en la tuya he sido, y por tu grande valor quiero usar de esta cortesía contigo, que tomes tu espada, y con ella vuelves á la batalla, si quieres, y dejaré mi escudo, porque quedemos ambos iguales en las armas. Y respondió Oliveros: noble pagano no puedo negar tu cortesía y nobleza, mas por todo quanto puede haber en el mundo tal no haria, que mi propósito es de acabar la batalla, y no se acabaria sin la muerte del uno, ó de entrambos, y si por cortesía y virtud yo cobrase mi espada, y despues con ella alcanzase victoria ó poder sobre tí, como te podria negar la paz, ó tregua, si me la pidieses? Obra todo lo que pudieras contra mi, que mi vida ó mi muerte dejen en las manos de mi Redentor por cuya gracia espero cobrar mi espada. Por cierto Oliveros, (dijo Fierabrás) tu eres en demasia porfiado; mas presto verás tu pensamiento vano, y tu Dios no poderoso no te librárá de mis manos.

### CAPITULO XXIV.

*Como Oliveros ganó una de las espadas de Fierabrás, y con ella le venció.*

Cuando Fierabrás vió que Oliveros no queria tomar su espada túve solo á locura grande y cubierto con su escudo, con grande ferocidad se fué para el, y tenia Oliveros para defenderse un pedazo de escudo en la mano, sin otra arma; y como vió á Fierabrás que alzaba el brazo para herir, tiróselo á la cara, y dió Fierabras un gran grito, del cual espantó su caballo, y dió un salto ácia Oliveros: vuelto Oliveros hácia el caballo, vió las dos espadas que estaban colgadas del arzon de la silla, y ofreciéndose oportunidad, tomó la espada llamada baptizo, y vuelto para el pagano, le dijo: Fierabrás de Alejandria, ahora guardate de mi, que estoy provenido de buena espada. Cuando Fierabrás le vió su espada en la mano, muy enojado de ello le dijo: ó buena espada! mucho tiempo te he guardado, y me pesará si te pierdo; y dijo á Oliveros; caballero, toma tu espada, y dejame la mia, y sigamos nuestra batalla. Oliveros le dijo: por cierto caballero, yo no la dejaré hasta que vea si es tal como tu la haces; por eso aparójate, y ven á la batalla, porque ya dese

por su bondad: diciendo esto, se fué el uno para el otro con muy grande corazón, y Oliveros dió tal golpe á Fierabrás, que le hizo hincar las rodillas en el suelo, y conoció Oliveros que aquella espada era mucho mejor que la suya, y bendijo al que la forjó; levantándose Fierabrás, y tornado á la batalla, fueron sus golpes tales, que á poco rato se hallaron casi desarmados; y quitadas las viseras del gran cansancio, hubo lugar Oliveros de ver á Fierabras la cara, y vióle algo demudado, y el gesto muy feróz, y no parecia ser muy cansado, ni enojado de la batalla, y dijo: ó todo poderoso Dios cuan bien vendria á la cristiandad, si este pagano se volviese cristiano; él, D. Roldán, y yo haríamos temblar toda la Turquía! Ó Virgen, madre de Dios, suplica á tu bendito Hijo, que inspire en el corazón de este pagano que dejando los idolos, venga á conocimiento de su Criador, y siga el verdadero camino de su salvacion. Y Fierabrás le dijo: Oliveros déjate de esas razones; mira si quieres dar fin á la batalla, ó si la quieres dejar. Y Oliveros le dijo: ahora lo verás; y como unos muy feroces leones se comenzaron nuevamente de herir, y dió Oliveros tal golpe á Fierabras que le desarmó todo el hombro izquierdo hasta el codo, y Fierabrás le metió la espada por el yelmo hasta la carne; y les fue forzado desviarse el uno del otro. Oliveros espantado de ver el yelmo cortado, y Fierabras ten-

blando de volver á la pelea, por la falta de las armas; y conociendo Oliveros con doblado corazón, alzando el brazo de la espada, allegandose á él le dijo. O noble caballero, vente para mi, y daremos fin á nuestra contienda; ya no tendran poder tus dioses para guardartede mis manos. Y Fierabrás le dijo; ahora veras si tu Dios tiene algun poder, y dieronse muy terribles golpes; y andando muy feróces en la lid, vió Oliveros que Fierabras alzaba siempre el brazo izquierdo, porque no le hiriese en el hombro desarmado, y vió que hacia la hijada le faltaba una pieza del arnés, y alzando la espada hizo semblante de tirarle un tajo; y como alzase Fierabrás el brazo, tiró un revés, volviendo el cuerpo hácia la parte desarmada, y le hirió réciamente á la hijada.

## CAPÍTULO XXV.

*Como Fierabrás fue vencido y como llevándole Oliveros, hubo una gran batalla con los turcos.*

El pagano viendo su mortal herida, y que no podía resistir á Oliveros, iluminado de la gracia del Espiritu santo, conoció el error de los paganos, y puesta la mano izquierda en la herida, dijo a Oliveros: ó noble Oliveros, caballero de gran valor! por honra de tu Dios, al cual confieso ser verdade-

ro Dios omnipotente suplicote, que no me dejes morir hasta que yo haya recibido el bautismo, y después harás de mí todo lo que tu quisieres; pues me venciste en buena guerra, y muy leal batalla: y si por falta ó negligencia tuya yo muero pagano, te será demandado delante de Dios, y pues mostrabas que mucho deseabas de verme cristiano, pon, pues, cobro en mi vida, sino moriré delante tus ojos, y será mi alma perdida.

Hubo tanto placer Oliveros de ver á Fierabrás convertido, que le saltaron lágrimas de los ojos, y con grande amor le curó su llaga, y se la ató lo mejor que pudo. Entonces dijo Fierabrás á Oliveros: cümple, porque mi alma sea salva, que tomes mi consejo presto, que es este: que cabalgue, en mi caballo, y me ayudes á subir en las ancas, ó á lo menos en el cuello atravesado, y me llesves á tierra de cristianos, porque reciba el agua del bautismo, que si tu te detienes, he temor que no tendrás poder para valerte, ni menos para llevarme, que dejé diez mil turcos en ese montecico escondidos, que saldrán todos en mi favor, viéndome vencido. Cuando Oliveros oyó esto, pesóle mucho de ello, tanto por el deseo de ver cristiano á Fierabrás, como por el peligro de su cuerpo, y saltó muy presto en el caballo de Fierabrás, y le tomó la espada y la puso en el arzon de la silla, y le dijo Fierabrás; ahora tienes cuatro que valen cuatro

ciudades; y se llegó Oliveros con el caballo, cuanto pudo para ayudar á subir á Fierabras, y con gran trabajo le atrevesó en el arzon, y se pusieron en camino. Miraba siempre Oliveros hácia el monte donde estaba la gente de Fierabrás, y vió un espia, que iba á rienda suelta metiéndose en él para avisarlos que en la celada estaban, y luego salió un caballero armado de todas armas, con una gruesa lanza en la mano y tras él los otros dando grandes gritos y alaridos. De esto pesó mucho á Oliveros, porque no podia poner en salvo á Fierabrás: que deseaba servir á su Criador, y dijo: señor Fierabrás, yo te ruego que me perdones, que cumpla que te apees que á mi no se escusa de haber batalla con los tuyos ellos vienen á rienda suelta, pensando que te llevo forzado conmigo, y que no vas tu de tu grado. Y dijo Fierabrás. O noble caballero, el mas valiente que jamás trajo armas! tu me ganaste en justa batalla, con el esfuerzo de tu magnánimo corazon, y ahora me quieres dejar? Mira que la honra se gana en bien acabar las cosas: si me dejas ahora ninguna alabanza mereces por tu pasado trabajo. A que respondió Oliveros: tu hablas como buen caballero, y por eso te prometo de no dejarte mientras este mi brazo pudiera menear la espada. Y Fierabrás le dijo: señor Oliveros, tus armas estan muy destrozadas, apartémonos del camino un poco, y tomarás de las mias lo que falta

re á las tuyas; y desviados algun tanto del camino, puso Oliveros á Fierabrás al pié de un árbol, y toma su yelmo, y las otras armas que le pudieron armar, y con mas lágrimas que razones, se despidió de él, y volvió al camino por donde venian los turcos, y vió venir uno muy delantero, que primero salió del monte y estando Oliveros sin lanza, esperó á su enemigo, que con una gruesa lanza en el ristre, con la furia que el caballo podia llevar, se venia para él, pensando herirle á su salvo: desvió Oliveros, el cuerpo: y pasado su lanza se fué al caballero, y le dió tal golpe, que le quitó el sentido, y estaba para caer de la silla, pero le tomó Oliveros por el brazo, y sacóle el yelmo de la cabeza, y con el pomo de la espada le hizo saltar los sesos, y tomó su escudo y lanza, y fue-se para los otros que venian en socorro del muerto; y viniendo los doce mil para Oliveros, fueron las espías para el almirante Balán, padre de Fierabrás, y le dijeron como su hijo estaba en poder de los cristianos; y en poco tiempo se hallaron con el solo caballero, cincuenta mil turcos, de los cuales muchos perdieron las vidas; mas fue tanta la multitud de los paganos, que fue muerto el caballo de Oliveros, y su yelmo fue muy abollado, y todas las armas muy despedazadas.

## CAPITULO XXVI.

*Como Oliveros fue llevado preso. y tapados los ojos ante el almirante Balán.*

Como el buen Oliveros se vió preso, y casi desarmado y solo entre tantos turcos, como lobo rabioso, sin esperanza ya de vivir, andaba entre ellos matando y derribando caballeros y peones, cortando brazos y piernas, abollando yelmos, y desgarrando arneses, de tal suerte, que todos ellos estaban muy espantados de sus brazos y golpes, mas acudió tanta multitud de paganos, que siendo ya cansado, y en muchas partes de su cuerpo herido, le derrivaron en el suelo, y atadas las manos atrás le pusieron en una acemilla. Viéndose tan mal tratado, y sin algun socorro, dijo: ó Carlo Magno, muy noble emperador, donde estás ahora? Sabes por ventura la crecida necesidad en que está el desdichado y tu leal siervo Oliveros? O noble Roldán! despierta si duermes, vengon á tus oidos mis desdichas, é infortunios; y si a tu noticia hen llegado, ¿porque tardas tanto con el socorro? Cata que me llevan á donde sin recelo de tu amparo me pueden dar vituperosa muerte. O pares de Francia! Porque olvidais á vuestro leal compañero? No sea's perezosos en ayudar al que en las crueles guer-

ras, y crecidas afrentas. jamás perezoso se halló. O cristianos los que en las crueles batallas de Oliveros hubisteis muchas veces socorro! haced vuestras pies apresados, sin ingratitude no los detiene. O muy caro y amado padre, y cuanto mejor te fuera nunca haberme engendrado, pues en galardón de tus beneficios y mercedes, te daré la muerte. O desesperada vejez! yo bien creo que no serán mas tus días, de cuando acabes de oír la desastrada muerte de tu único hijo, Regner, un solo consuelo te queda con esta pena que en mi muerte recibirás serás libre de muchas penas y enojos que viviendo te daría. Siempre que me veías armado, te temblaban las carnes como azogado, de temor que tenias de mi muerte, especialmente cuando salía para la batalla con el noble Fierabrás, mas fué gran consuelo para tu honrada vejez, que fenecieran mis días en batalla de tan noble caballero, y no en poder de tan vil gente, que atados pies y manos, y los ojos vendados me llevan al degolladero. O justo y misericordioso Dios! pléguete de consolar á mi viejo padre, que hoy pierde un solo hijo que tenia, y guardad á tu convertido Fierabrás: á este cuerpo de paciencia en su vergonzosa muerte, porque el alma no pierde la gloria que á tus fieles prometiste. El ruido de la gente fue tan grande, que los cristianos lo hubieron de sentir, y recelándose del peligro de Oliveros,

salió Carlo Magno con poca gente, no bien apercebido, y llegados al campo empezaron una cruel batalla y murieron en poco tiempo tres mil turcos; mas acudió tan gran número de ellos, que viniendo la noche, se hallaron los cristianos cercados de ellos, y muertos muchos, así caballeros, como peones, y fueron presos y maltratados cuatro de los doce pares. Cuando Roldán vió que su poca gente estaba sin ordenanza alguna, derramada entre tantos infieles, empezó á recogerla, no sabiendo de la prisión de los cuatro, mas cuando conoció que faltaban, puso los cristianos que quedaron en ordenanza, y él adelante, siguieron los turcos que ya volvian rienda con la priesa que llevaban, y fué tanta la matanza, que corría mucha sangre por el campo, y los que seguian á Roldán no podian pasar adelante por los muertos, de manera, que dejaron al alcance; y recogida la gente, se volvieron al campo donde habian empezado la batalla, y allí no menos cansados que tristes, estuvieron hasta la mañana.

### CAPITULO XXVII.

*Como Fierabrás fue llevado en el campo, y como el emperador Carlo Magno le hizo bautizar y curar de sus llagas.*

Venida la mañana, el emperador Carlo Magno mandó, que fuesen buscando todos los cristianos,

que en el campo estaban muertos, y con toda la honra que ser pudiese fuesen enterrados: y cuando vió el número de ellos lloró amargamente así por los muertos, como por los que estaban en poder del almirante Balán: y mandó que todos los heridos fuesen curados, y hecho esto mandó á don Roldán mirase toda lagente, y los proveyesede las armas que les faltaban; y á todos los de á caballo, que estuviesen prestos y aparejados para seguirle. Andaban los cristianos discurriendo por el campo, desarmando los muertos para proveer de armas á los vivos; y tomaban los caballos que andaban sueltos por el campo, que eran muchos, y así andando, hubieron de hallar á Fierabrás á donde le dejara Oliveros, el cual por la frialdad de la noche, y por la mucha sangre que habia perdido, estaba para espirar, y esforzándose cuanto podia, decia: Jesus, consuelo de los afligidos, no dejes perder el convertido moro. Y los cristianos con mucha piedad lo llevaron á Carlo Magno, el cual le hizo curar de sus llagas, y cuando fué vuelto en sí, le dijo Carlo Magno: ó Fierabrás, cuanto me cuesta tu venida! Por tí he perdido cinco caballeros, que cada uno era mejor que tú; y Fierabrás le dijo: en cuanto son cristianos, conozco serán mejores que yo mas en lo otro, ninguna cosa les debo, salvo al noble Oliveros, el mejor caballero del mundo, cuyo preso soy. Yo soy hijo del almirante Balán, soy rey ap

Alejaría, y de otras muchas provincias, lo cual está por bien dejado, por ser cristiano, y servir á Dios, hacedor de todas las cosas. De esto hubieron gran placer los cristianos, y dijo Carlo Magno: yo huelgo mucho de esto, yo y mi sobrino Roldán, y este honrado conde, padre de Oliveros, seremos tus padrinos; y pues estás libre, y sin peligro de tus heridas, esperarnos has en Mormionda, que yo quiero ir adelante en busca de mis caballeros, Fierabrás hincó la una rodilla para besarle la mano, y Carlo Magno se bajó, y con los brazos abiertos le abrazó y levantó del suelo, estuvieron debatiendo un rato, y contó Fierabrás lo que le pasó con Oliveros, alabando mucho su proeza y esfuerzo. Y queriendo Carlo Magno todavía ir adelante, le dijo Fierabrás: señor no es tiempo ahora, que tienes poca gente, y muy fatigada; porque el almirante Balán vendra con la mayor parte de la gente de Turquía; y por esto será mejor volverte á tierra de cristianos: y proveer de gente. A todos los caballeros pareció bueno este consejo, y vueltos á Mormionda, por mano del arzobispo Turpin fué bautizado Fierabrás, y fueron padrinos Carlo Magno, el conde Regner y don Roldán.



## CAPITULO XXVIII.

*Como Oliveros con sus cuatro compañeros, fueron llevados delante del almirante Balán.*

Fueron llevados los cinco caballeros delante del almirante, las manos atadas, y Oliveros los ojos tapados: y el almirante preguntó a Brulante su capitán que los traía, cual de ellos había vencido á su hijo Fierabrás? y el le respondió, señor este á quien tapamos los ojos, venció al rey de Alejandria tu hijo, y es entre los caballeros cristianos tenido en mucho, y sepas que el solo antes que lo prendiesen, mató mas de tres mil hombres de los tuyos, sus fuerzas y animosidad no tienen par en el mundo; si por acaso se soltase, bastaba á poner en afrenta la mitad del real. El almirante preguntó á Oliveros quien era, y como se llamaba? y él respondió, señor, yo me llamo Eligies, pobre caballero aventurero, y somos todos cinco de la provincia de Lorena, y veníamos á servir al emperador Carlo Magno por su sueldo. O Mahoma (dijo el almirante) como estoy engañado! Por la fé que debo á mis dioses, que pensé que tenía cinco de los principales caballeros del rey de Francia, y creí que tendria por ellos una llave del reino, y llamó á su camarero Barbacas, y le dijo: pon diligencia que estos presos

sean llevados al campo desnudos en carnes, y atados á dos palos, y les sea dada cruel muerte. Y Brulante le dijo: señor ya es tarde para hacer justicia, tus varones no están en la corte, si esperas á mañana estarán presentes todos, y les daremos otra mas vil muerte; y allende de esto, debes primero tomar consejo, si será mejor enviar á Carlo Magno, si te quiere dar á tu hijo Fierabrás por estos cinco caballeros cristianos. El almirante Balán tuvo su consejo por bueno, é hizo llamar á Brutamonte su carcelero, y le encomendó, so pena de muerte, los cinco caballeros cristianos.

## CAPITULO XXIX.

*Como los cinco caballeros fueron puestos en obscura cárcel, y como los visitó Floripes, hija del almirante, y hermana de Fierabrás; y de su grande hermosura.*

El carcelero, quando tuvo los caballeros en su poder con temor que se les fuesen no los osó meter donde tenia los otros presos y encarcélólos en una obscura torre, donde habio muchos sapos y culebras, y otros animales ponzoñosos, y metiéndolos por arriba, é hizolos bajar por una escalera de manos, y despues tiró la escalera arriba, y cerró una trampa de hierro con tres candados: estaba la

torre cerca á un brazo de mar, y cuando crecia la marea, entraba en ella mucha agua por los cimientos, y esa misma noche se hallaron los cinco caballeros en el agua hasta los pechos, y recibieron gran daño en sus personas; y mas el buen Oliveros que los otros, porque estaba herido en muchas partes de su cuerpo; y como el agua salada le daba tan gran dolor, con la congoja, empezó á decir; ó hómbrer mal afortunado! mejor te fuera nunca haber nacido, que verte tan miserablemente morir: decia otras palabras de gran dolor: y dijole Gerardo de Mondier: por Dios, señor Oliveros, que no os congojeis tanto; consolaos con Dios, que nunca desampara á los suyos, con el cual tengo esperanza que aun me dará lugar de vengarme de esta cruel gente. Y Oliveros le dijo: si yo pudiese salir de aquí, y alcanzase armas, asi herido como estoy yo pondria al almirante y toda su gente en tal aprieto, que le pesaria de tenerme acá.

Estando los caballeros en estas razones, estábanlos escuchando Floripes hija del almirante Balán y hermana de Fierabrás: era la dama mas hermosa que en toda aquella tierra se hallaba, era de edad de diez y ocho años, de muy acendrado saber y discrecion: blanca como la leche, con moderado color en los carrillos: tenia las cejas, y sobrecejas muy negras, los ojos garzos, la nariz afilada, la boca pequeña, los labios delgados de color de brasil

muy encendidos; los dientes muy blancos, menudos y juntos; la barba tiraba á redonda, con un oyo en medio de ella, el rostro largo moderadamente los cabellos como madejas de oro fino los hombros derechos, y muy iguales, tenia dos peloticas muy redondas, que parecian postizas, debajo de una rica gorgera: angosta de la cintura, de muy pulido talle: ancha de caderas, segun la proporcion del cuerpo. Tenia un vestido un brial de púrpura bordado de letras moriscas de oro, el cual hiciera una fada, y tenia tal virtud que en la casa donde estaba no podia haber ponzoña ninguna: y si la habia, perdia luego al punto su fuerza, y traia un hábito á la turquesca, abierto por los lados, todo bordado de riquisima pedreria de inestimable valor. fué hecho en la isla de Colcos, donde Jason ganó el vellocino de oro, como se lee en la destruccion de Troya, y tenia este hábito tan suave olor, que con solo él, podia un hombre estar sin comer, ni beber. Habiendo esta noble dama oido las lastimosas quejas de los presos caballeros, y movida á compasion, y no menos herida de amor del noble Guy de Borgoña, como adelante se dirá; propuso de hablar con ellos, y mandó llamar al carcelero, y dijole: dime Brutamente, que hombres son aquellos que en tan estrechas prisiones encerraste? Señora, son caballeros de Carlo Magno, los cuales jamás cesaban de destruir nuestra ley, y de dar muerte á los nuestros,

vituperando nuestra creencia, y menospreciando nuestros dioses; y entre ellos hay uno de grande estima, el cual venció à Fierabras en muy leal batalla. Entonces dijo Floripes ábreme la puerta, que deseo mucho hablar con ellos; y Brutamonte la dijo: señora por dos cosas no conviene ir allá; la una por el lugar que es muy hediondo, y en estremo abominable, la otra que vuestro padre me ha vedado que á nadie dejase llegar á la torre. Y ella le dijo no pongas escusacion alguna, que quiero en toda manera hablarles. Y Brutamonte le dijo perdonarme habeis, señora, que no consentirè que les hables sino estoy delante, que muchos buenos han recibido mengua y aun la muerte por fiarse de mugeres. Floripes encendida de muy grande enojo y saña, le dijo villano, vete, pues abre la puerta y oiras si quieres, lo que les quiero decir. Ido el carcelero tomo Floripes un garrote, y se lo metió debajo del hábito llamó un escudero de quien mucho ella se fiaba, y con el se fué para la torre donde los cristianos estaban y el carcelero separándola y luego que fué llegada, vuelto de espaldas para abrir los candados, Floripes, le dió con el garrote tan gran golpe, que dió con el en tierra muerto, y tomando las llaves abrió la torre, y mandó al escudero, que echase al carcelero muerto abajo, y fueron de esto muy maravillados los caballeros presos: y mandó Floripes al escudero, que trajese una

hacha encendida, y entrando por la trampa de la torre despues de haberlos mirado, saludólos y dijoles así: buenos caballeros, ruégooos por el amor y fidelidad, que á vuestro Dios debeis, que no me negueis la verdad de lo que os preguntaré. Y el buen Oliveros le dijo: señora, por las mercedes que en tu sola vista habemos recibido, te diremos la verdad de lo que supieremos, aunque por ello supieremos perder las vidas; y ella le dijo: que merced es la que de mi vista habeis recibido, no sabiendo si vengo para remediar vuestra prision ó para sentenciaros á muerte; y élla dijo: señora, gran consuelo recibe el preso en ser visitado y mas de persona que puede darle alivio de su pena, como vos podeis; y como la presencia seà muestra de lo que dentro en las entrañas está encerrado, esperámos que habeis piedad de nosotros. Muchas veces son engañados los que en la apariencia de las cosas se fian (dijo Floripes) que la rosa, por hermosa que sea, siempre nace cercada de espinas; y porque mi venida os podria causar mayor pena, que la que teneis, no me quiero detener mas en estas pláticas. Mas tú, que tan osadamente has hablado de mi, quien eres, y tu linaje, y asimismo de estos otros que contigo están; Oliveros la dijo, yo me llamo Oliveros, hijo del conde Regnér, y vasallo del noble emperador Carlo Magno; y ella le dijo: veniste tú á mi hermano Fierabrás? Y él respondió se-

ñora, en muy leal batalla hice de él, lo que él quisiera hacer de mí, y de su propia voluntad se volvió cristiano, y estos señores son todos de muy noble sangre, y nos suelen llamar los doce pares de Francia. Y ella le preguntó si estaba allí Guy de Borgoña; y él respondió que no, que quedaba con el emperador Carlo Magno. Entonces le dijo Floripes; me dais fé todos cinco de hacer lo que os dijera, y de ayudarme un poco que os he menester? Oliveros la dijo; señora, por mí y por estos caballeros mis compañeros, te doy la fé de ayudarte y favorecerte, en cuanto á nosotros fuere posible, en todo lo que nos mandáres, con que no vamos contra nuestra ley; y si fuere cosa en que hayamos de poner nuestras personas, mándanos proveer de armas, que para alzarle con el reino y echar á tus parientes de él, no has menester mas gente que nosotros cinco, que ya deseo verme puesto en ello, por vengarme de los villanos, que aqui me trajeron. A que dijo Floripes; como caballeros? estais en la torre, y no sabeis cuando saldreis, y amenazais á los que están en libertad? Mas vale callar, que locamente hablar. Y Gerardo de Mondier le dijo; señora, es tanto el deseo que Oliveros tiene de servirte, que no le deja callar; y Floripes le dijo; bien sabeis excusar á vuestro compañero, quedaos en la guarda de mis dioses, no os congojeis, que esta noche os sacaré de aqui.

### CAPÍTULO XXX.

*Como los cristianos fueron sacados de la torre por mandato de Floripes, y los llevó á su cámara.*

La noche venida, Floripes con tan solamente su escudero se fueron para la torre, y llevaron una maroma, y un palo muy bien atado en ella; y abierta la trampa echaron la maroma con el palo por la torre abajo; y luego á ruego de los otros tomó la cuerda primeramente Oliveros, y le subieron arriba Floripes y su escudero; y después que fué subido, se puso de rodillas delante de Floripes, y le besó la mano, y ella le abrazó y levanto del suelo, y le dijo. Sois vos el que estando en poder de vuestros enemigos los amenazais? Y Oliveros le dijo, soy el que con esperanza de servirte, ha por bien haber venido á tus prisiones, ella le dió la maroma, y le dijo que subiese á sus compañeros; y subidos los abrazó uno, á otro con tanto amor, como si de mucho tiempo los hubiese conocido; y llevándola Oliveros por la mano y el escudero delante, se fueron por una puerta falsa á su cámara, cuya entrada era rica á maravilla, tenia tres escalones de oro fino, esmaltados y labrados á la morisca; las puertas todas de marfil, y los clavos de oro fino, y en ellos engastadas muchas piedras de

muy gran valor. En el sobrado de la cámara estaba el cielo pintado de mano de un muy gran maestro, con las planetas y signos, y en medio estaba la imágen de Mahomet, maziza de oro fino, tan grande como un hombre, y tenia debajo de sus pies el sol y la luna, y en la mano derecha tenia dos dardos, como que tiraba á los cristianos: las paredes todas labradas de oro fino y azul, y en ellas pintados todos los reyes y reinas pasados. Siendo entrados los caballeros, fueron maravillados de ver tan grandes riquezas, y no se hartaban de mirar la diversidad de labores de la sala, salvo Oliveros que todo su cuidado era mirar á Floripes, y estando desviado le preguntó Floripes, que le parecia de la cámara? Y el buen Oliveros la dijo, que no la habia visto, dándole á entender, que no entendia en mirar otra cosa sino á ella, de que Floripes se mostró como que no lo sentia; y luego fué puesta una muy rica y ostentosa mesa y traídas diversidad de viandas: los caballeros comieron lo que hubieron menester, y fueron servidos de cinco hermosas damas, ricamente vestidas y aderezadas: Floripes estaba cenando con ellos, asentada á la cabecera de la mesa en una silla de marfil, y despues que hubieron cenado; dieron gracias á Dios, y Floripes les preguntó, que era lo que decian, Oliveros le declaró la bendicion, diciendo que daban gracias á Dios por los beneficios, y mercedes que cada dia les

hacia; y ella dijo, que era bien hecho. Alzada la mesa, mandó Floripes traer un cofrecito de unicornio, de inestimable valor, y sacó de él una cajita pequeña de oro, maravillosamente labrada, llena del maná, que envió Dios á los hijos de Israel en el desierto, y con una cuchara de oro sacó un poco, y le dió á Oliveros, diciendo: caballero, comed de esto, y no habreis menester mas medicina para curar vuestras heridas. Oliveros con muy grande acatamiento le tomó, y desde que le hubo comido se sintió sano, y mas dispuesto que nunca, y dió infinitas gracias á Dios; y luego vinieron las cinco damas con hachas encendidas, y llevaron los caballeros cada uno á su cámara, y despidiose de ellos Floripes, diciéndoles: señores, perdonad, que por ahora no tengo otros pages que os sirban. Y Oliveros le dijo: de Dios te sean galardonadas, y de nosotros servidas las mercedes que de ti recibimos. Dejó de hablar de las grandes riquezas de las cámaras y cammas, por huir proligidad.

Venida la mañana, las cinco damas llevaron á los caballeros nuevos vestidos, hechos á la morisca muy ricos: envió Floripes al noble Oliveros una ropa rozagante de hilo de oro, y seda tejida aferrada de púrpura, y tenia todo al ruedo y la boca de las mangas y collar, bordadas de unas letras moriscas sacadas del alcorán, en que se encerraba toda la secta de Mahoma. Vestidos que fueron los caballe-

ros entraron juntos en la cámara de la hermosa Floripes, la cual los estaba aguardando por verlos vestidos á la morisca, y la saludaron con mucho acatamiento, y ella los recibió con alegría, y les dijo, que parecian bien vestidos á la morisca. Y Oliveros le dijo: mejor parecemos bien armados. Y ella respondió: cada cosa en su tiempo; para con los enemigos son necesarias las armas, mas ahora que estais entre amigos y delicadas damas, no habeis menester armas ni ceñiros espadas. Y Oliveros la dijo: por encarecida virtud tenemos amistad, y paz contigo, y con tus damas, mas no la tenemos con tu padre, y tu gente, ni la tendrás tu si á su noticia viene lo que por nosotros has hecho, por donde te suplico nos mandes proveer de armas, como nos proviste de delicados y ricos vestidos. Y ella le dijo, que ya tenian aparejadas las que habian menester; y con mucha alegría, mezclada con una pequeña risa, le preguntó si sabia leer aquellas letras moriscas, que estaban bordadas en la ropa, y el le dijo que no; y Floripes dijo, en esas letras se encierra to la la ley de Mahoma, y por eso no sé si te llame cristiano ó moro. Y Oliveros dijo: señora el hábito no hace el monge; y Dios solamente mira la voluntad con que se hacen las cosas. Mucho se pagaba Floripes, y sus damas de las razones de Oliveros y de sus compañeros, y despues que hubieron hablado muchas cosas de placer, to-

mó. Floripes al noble Oliveros por la mano: y sus damas á los otros caballeros y entráronlos en una sala muy grande, que llamaban de Fierabrás, y en una parte de ella estaban cien arneses trezados para ginetes: tambien habia doscientas espadas, y doscientos puñales muy ricos, y de gran valor. Y Floripes dijo: escoja cada uno las armas que mejor le vinieren, téngaselas en su cámara para cuando fueren menester. Los caballeros dejaron las ropas moriscas, y con mucha deligencia se armaron el uno al otro y armados fueron á besar la mano á Floripes, y ella los abrazó uno á uno con mucho amor. Y Oliveros vió un andamio tan alto, quanto un hombre podia alcanzar con la mano, hecho á manera de altar, con un idolo en él, á quien se encomendaban en aquella sala, y saltó ligeramente en él, armado de todas armas, y tomando una lanza, y corriendo con ella á la pared, la quebró en muchas piezas. Y volviendo Floripes á sus damas: les dijo: por cierto estos cacaballeros son para grandiosos hechos y hazañas, y no me maravillo ahora del miedo que mi padre de ellos tenia: y dió parte de su crecido placer á una vieja dueña, aya soya, que habia estado mucho tiempo presa en tierra de cristianos, y los conoció, y nombró á cada uno, y dijo á Floripes: señora, haz de modo que vuelven á la prision, sino yo no callaré tan gran traicion, que estos son enemigos de nuestros dioses y de tu pa-

dre, y perseguidores de nuestra ley. De esto pesó mucho á Floripes, y concebió gran temor en su corazón; mas disimulando con discrecion, fingió que la queria hablar en secreto para demandarle consejo: y para eso se subieron á una azotea muy alta, y hablando con ella la hizo llegar al cabo de la azotea, y quando tuvo oportunidad, y vió á la vieja descuidada, dió con ella en la calle, diciendo: vete vieja maldita, y tendrás compañía con el carcelero, pues que la mia, y la de los nobles caballeros aborreciste; luego se bajo con ategre semblante á donde los caballeros y las damas estaban, y quando la dijeron como su aya era caída de la azotea á la calle, porque no pensasen que ella lo había hecho, hizo un grande llanto, y sus damas con él, y la hizo enterrar con mucha honra. Venida la hora de comer, fué puesta la mesa, y en ella grande abundancia de diversos manjares; y asentada Floripes en su silla de marfil, los caballeros en sus lugares, comieron y trataron de muchas cosas, así tocantes á los moros, como á los cristianos, y despues que hubieron comido fué alzada la mesa, y Floripes comenzó á hablar á los caballeros de esta manera: muy nobles caballeros, bien teneis en la memoria, como en la torre donde estabais me prometisteis de ayudarme en lo que los hubiese menester, y para ello me disteis vuestra fe, de la cual ninguna duda tengo; y sabéis, señor como habrá diez años, es-

tando el almirante Balán mi padre, y mi hermano Fierabrás en Roma, y yo con ellos que vi una vez á Guy de Borgoña en unas justas, y fueron sus hazañas tales, que sembró en mi corazón tan firme amor, que ni el tiempo, ni las afrentas, y daños que de él ha recibido mi padre, tuvieron poder para que le olvidase; y á esta causa he desechado los mayores reyes de Turquía; y quando venian mi padre y hermanos de las batallas de los cristianos, y contaban lo que habia pasado con ellos, si acaso nombraban los doce pares, alegrabame, si oia nombrar á Guy de Borgoña, me turbaba, y mudaba el color tanto, que temia que mi turbacion no descubriese mi secreto amor. Quando mi padre el almirante, y toda su corte lloraba, entonces estaba yo mas alegre, si su enojo procedia de la victoria de los cristianos, con ella holgaba mi cautivo corazón, el cual preso del amor un solo caballero cristiano, deseaba el bien de ellos, dejando el amor de padre, y de toda su tierra, porque se que de ello será servido mi señor Guy de Borgoña, he hecho yo por vosotros lo que habeis visto; y haré mas, que tendré modo con que á vuestro salvo os volvais á vuestra tierra, porque lleveis las nuevas, y mis encomiendas al caballero que ahora está inocente de mi pena, y le direis que estoy aparejada para tornarme cristiana, y que le daré muchas reliquias que tengo en mi poder, y le daré mas tesoro-

ros que ninguna cristiana le podrá dár. Esto es lo que habeis de hacer por mí, rogándole de vuestra parte me quiera recibir por su muger, certificándole, que soy suya, mas quemia. Los caballeros hubieron gran placer de lo que les dijo Floripes, y respondió Oliveros: en verdad señora, tu no podrás hallar mejores mensageros que nosotros, por donde huelga, y descanse tu corazón, por cuanto Guy de Borgoña hará todo lo que le pedirémos, y mas esto, de donde tanto bien y honra le procede, y á nosotros juntamente con él. Ahora dejaré de hablar de los cinco caballeros, y de Floripes, y volveré á tratar del emperador Carlo Magno.

### CAPITULO XXXI.

*Como Carlo Magno envió al almirante Balán los otros siete pares de Francia.*

Estando Carlo Magno muy triste por sus caballeros, y mas Regnér, padre de Oliveros, temiendo que el almirante Balán los hiciese morir, no le hobaba hacer guerra, y ordenó de enviarle una embajada, para esta llamó luego á don Roldán, y dijole; sobrino, yo quisiera que fueseis á Aguas Muertas al almirante Balán, y le dijerais de mi parte, que me envíe mis caballeros, y las reliquias que tiene, que sino, no cesaré hasta echarle de toda su tierra,

ó hacerle morir cruelmente. Y don Roldán le dijo: señor, tu consejo no es bueno, pues sin duda ninguna procurará darme muerte; y Carlo Magno le dijo: no os cumple escusar, que no podeis dejar de ir. No me escuso, dijo Roldán: entonces dijo Guy de Borgoña: señor, mira bien lo que haces, que no me parece acertado vaya don Roldán de esa suerte al almirante Balán; y el emperador con gran furor le dijo: vos habeis de ir con el; y dijo Guy de Borgoña: señor, si iré, aunque hubiese mayor peligro. Y Ricarte le dijo: señor, bueno será enviar la embajada, mas ha de ser otra gente, y no la que quieres enviar, porque si algún infortunio viniere, no falte quien te sirva; y Carlo Magno le dijo: todos habeis de ir; mas juramento hago á Dios de enviar los que quedan de los doce pares. Y el duque de Naimés le dijo: no creas, señor, que ninguno de nosotros vaya; mas decimos nuestro parecer; y así mira, no te arrepientas cuando no tengas lugar de enmendar lo errado. Y Carlo Magno le dijo: aparejaos duque para ir con ellos y Ogér de Danois le dijo: haz tus hechos con maduro consejo y no serás reprendido; y el dijo que se aparejase, y mandó llamar á los otros, y les dijo que se aparejasen todos siete para ir por embajadores al almirante Balán. Como ellos le vieron tan enojado, no le osaron decir nada; y venida la mañana, preguntó Roldán á Carlo Magno,

en que manera los mandaba ir, si irían armados, ó sin armas; y él les dijo, que pues iban como embajadores, que no eran necesarias armas. Y Roldán dijo; si tu no recibes enojo, ni pesar llevaremos nuestras armas, que recelo las habremos menester; y Carlo Magno le respondió, que hiciese como mejor le pareciese. Vueltos los caballeros á sus posadas, se armaron de todas armas, y con sendas lanzas en las manos se volvieron para Carlo Magno, y le dijo Naimés de Baviera: muy noble emperador, aquí estamos los siete caballeros para cumplir tu mandado, y que nos digas lo que es tu voluntad, que digamos al almirante Balán. Y el emperador les dijo: mis caros y amados varones, al todo poderoso y misericordioso Dios encomiendo y le suplico, que por los méritos de su santa pasión os quiera guardar, así como guardó al profeta Jonas en el vientre de la ballena: direis al almirante pagano, que me envíe mis varones, y las santas reliquias que tiene, y que se bautice, y tendrá las tierras que tiene de mi mano, pagando el tributo justo y si esto no hace, he jurado de cercarlo, y echarlo de toda su tierra; dándole vituperosa muerte; y dijole Guy de Borgoña: muy poderoso emperador, nosotros llevaremos tu embajada, aunque perdamos las vidas; é hincando las rodillas en el suelo, uno á uno le besaron la mano, y se despidieron de él; y vueltos á los caballeros y gente del

real que los estaban mirando, dijo el duque Naimés; muy nobles señores, ya habeis sabido como el emperador Carlo Magno nos manda ir con embajada al almirante Balán, y como tenemos la vuelta por dudosa, y no sabemos que será de nosotros: por tanto os rogamos á todos generalmente, que si en alguna cosa habemos enojado en dicho, ó en hecho, que nos perdoneis: y nosotros asimismo perdonamos cualquiera ofensa ó injuria que hayamos recibido, porque nuestro Dios y Señor por su infinita clemencia nos perdone á nosotros y á vosotros. Y así se despidieron cada uno de sus amigos y conocidos; y caballeros en muy poderosos caballos, y encomendándose á Jesucristo, se pusieron en camino.

## CAPITULO XXXII.

*Como el almirante Balán envió quince reyes á Carlo Magno, porque le diese su hijo Fierabrás y como los siete caballeros cristianos los mataron encontrándolos en el camino.*

Gran dolor tenia el almirante Balán en su corazón por la ausencia de su hijo Fierabrás; y esperando que el emperador Carlo Magno se ofreciere á enviárselo en trueque de los cinco caballeros que tenía presos, por eso no se lo habia enviado á demandar, y acordó de enviar una embajada, y para eso

mandó llamar á quince reyes turcos, vasallos suyos y les dijo que fuesen á Mormionda, que era á donde Carlo Magno se hallaba á la sazón con todo su ejército, y le dijese de su parte, que sin dilacion alguna le enviase al rey de Alejandria Fierabrás, su amado hijo, y le volveria los cinco caballeros cristianos y vasallos suyos que tenia presos en sus carceles, y que entre ellos estaba el caballero, que venció á su hijo Fierabras: y que si no lo enviaba presto, le iria él á buscar con doscientos mil hombres de pelea, y no cesaria hasta haberlo echado de todo su reino, ó hacerle morir vergonzosamente. Y Marradas uno de los embajadores, le dijo: muy poderoso señor, á nosotros no nos conviene amenazar á Carlo Magno delante de sus varones que son muy valientes hombres, y no sufrirán nuestras amenazas mas solamente le dirémos, te envíe á tu hijo Fierabrás, y que le darás los cinco caballeros cristianos que tienes presos; y el almirante le dijo: cobarde y sin virtud, no osarás decir lo que mando? Y respondió otro rey: señor, eso, y aun mas le diremos; y si hallamos algunos cristianos por el camino, les haremos tan mal pasage, que los otros nos tendran miedo, oyendo hablar de nosotros. Y armados muy ricamente, con mucho oro, y piedras preciosas en los yelmos, y caballeros en muy poderosos caballos se partieron para donde estaba Carlo Magno, y pasada la Puente de Mantible, andando entre si tra-

tando del modo que habian de tener para dar la embajada al emperador, vieron siete caballeros cristianos, y dijeron: estos cristianos sin duda buscan por estos caminos algunos turcos para cautivarlos. Dijo el uno de ellos; verémos si son cristianos, y los llevaremos presos al almirante Balán. Los cristianos se rezaron de ellos, pensando que habia alguna celada, y dijo Roldán á los otros; esperadme un poco, que quiero ver que gente es esta, que me parecen hombres principales: y si pudiéramos pasar sin batalla la escusaremos, porque podamos hacer nuestra embajada: y los seis caballeros se estuvieron quedos, y don Roldán se adelantó, y viéndole solo Marradas puso la lanza en el ristre, haciendo señal de batalla; y don Roldán alzó la mano como que queria hablar con ellos, y llegando le preguntaron quienes eran, y que buscaban por aquella tierra; y el les dijo, que eran mensageros del emperador Carlo Magno, que iban con embajada al almirante Balán; y Marradas le dijo; vosotros sois ladrones, venis espiando los caminos, y robando, y ahora decis, que sois mensageros, y que llevais embajada conviene que dejes las armas, y con las manos atadas á las colas de vuestros caballos, os llevaremos al almirante, si embajada traeis, el os escuchara. Don Roldán le dijo, señor, yo bien os daria mis armas: mas esos señores no querrán daros las suyas, que son hombres de grande estimacion,

Y dijo Marradas, aunque fucéis todos los doce pares de Francia habeis de dejar las armas, ó morir de mala muerte. Y don Roldán dijo: si os damos las armas, nos aseguraréis las vidas? y uno de ellos dijo: la vida os aseguramos por hora mas ós habemos de llevar de la manera dicha al almirante Balán, y él os mandará echar en una oscura torre donde tiene otros cinco cristianos vasallos de Carlo Magno; y don Roldán les preguntó: quien sois vosotros que tan lucidas armas traéis, y tan ricas? y ellos respondieron: nosotros somos vasallos del poderoso almirante Balán, y todos somos reyes coronados. Y díjoles don Roldán: si vosotros fueseis cuerdos, iriais á pedir perdon al noble emperador Carlo Magno, y á prestarle homenage, y os haria mercedes grandes y colmadas que es mas noble, y mas poderoso señor que vuestro señor el almirante Balán; dejad vuestros idolos que os traen engañados; y sino quereis ir de grado, os llevaré por fuerza: y apercibios luego, que no os aprovecharán vuestras lucidas armas, ni los yelmos lucientes y dorados. Dicho esto se cubrió con el escudo, y puso la lanza en el ristre, y luego salió Marradas, y encontrándose con toda su fuerza, Marradas quebró su lanza en el escudo de Roldán, y Roldán le cogió por la visera, y dió con él en tierra muerto, y luego se fué para el otro, y le metió la lanza por los pechos, y le pasó á la otra par-

te, y echò mano á la espada, y antes que llegasen los otros seis cristianos, derribó seis turcos, y juntos empezaron cruda batalla; y dijo Guy de Borgoña: señor don Roldán, tened ese paso, que yo los quiero rodear de manera, que ninguno de ellos vuelva con las nuevas al almirante Balán. Oyendo esto uno de los reyes moros, dejando sus compañeros volvió la espalda, mas Ricarte de Normandía que le vió huir, dió de espuelas al caballo, y le siguió muy gran trecho. Viendo el moro, que Ricarte le estaba ya cerca, dejó el camino, y se metió por una grande montaña, y le perdió de vista; y volviéndose á sus compañeros, los cuales ya habian dado fin con todos los demás, y dijo don Roldán: ellos ya no nos harán mas guerra: pero recelome, que aquel que se va huyendo, será causa que nunca nosotros volvamos a ojos de nuestros amigos, que nos podremos dejar de llevar nuestra embajada al almirante Balán. Y Guy de Borgoña dijo: señores, desviémonos del camino un poco, y descansarán nuestros caballos, y miraremos lo que habemos de hacer. Y apartados en un verde prado, echaron los caballos á pacer, y ellos se asentaron, y dijo el duque de Naimés, que era el mas anciano: señores, á mi me parece que nos debemos volver, no nos culpara el emperador Carlo Magno, contándole lo que nos ha acaecido; y para mayor certidumbre, llevarémos las cabezas de los reyes

muertos. Y don Roldán dijo: señor Naimés, si la honra no queremos poner en olvido, no podemos de dejar de ir al almirante Balán; que aunque Carlo Magno tenga placer de lo que hicimos, no quedará satisfecho de su embajada; y dado caso que lo quedase, nosotros sin culpa alguna, siempre seremos culpados de los otros y dirán, que el nos mandó hacer uno e hicimos otro; y dirán que adrede nos pusimos en un peligro, por evitar otro mucho mayor: quien duda que otros podran solo en nuestra alabanza diciéndo que nuestras solas lenguas es publicada? Y no saben si los muertos eran pocos, ó si eran muchos; si eran armados; ó desarmados; si los matamos nosotros, ó si los hallamos muertos, y dejados todos estos inconvenientes, segun quien somos, quedaran nuestros corazones querellosos pues partimos para llevar embajada al almirante Balán, y de medio camino nos volvimos. A todos ellos parecieron bien las razones de don Roldán, y le dijeron, que ordenase lo que habia de hacer, que no discreparian un punto de su voluntad. Y él les dijo: para que nuestros hechos merezcan alguna alabanza, es necesario hacer cumplidamente lo que nos fué mandado, y entonces mas dignos de alabanza seremos: por tanto querria, que llevasemos las mismas cabezas de los reyes muertos al almirante Balán, y le diremos que eran salteadores, que nos quisieron robar; y así cor-

taron las cabezas de los reyes moros, muertos y cavalgando en sus caballos, se pusieron en camino.

### CAPÍTULO XXXIII.

*De la Puente de Mantible, del tributo que en ella se pagaba; y como los siete caballeros cristianos mañosamente pasaron sin pagar ningun tributo, ni otra cosa.*

Llegados los siete caballeros a la Puente de Mantible, dijo Oger de Danois: señores, este es el paso mas dificultoso que hay en toda esta tierra; el rio es muy caudaloso, y no se puede pasar sino por la Puente, y esta es muy fuerte y grande, que tiene treinta arcos de mármol, y dos torres cuadradas tambien de mármol blanco, muy bien labradas, y en cada una de ellas hay una puente levadizo con cuatro muy gruesas cadenas de hierro; y es guardado este Puente de un gigante muy grande y espantable, que siempre esta armado de todas armas, y una gruesa acha de armas en las manos, y tiene cien tureos en su compañía, que le ayudan a guardar la torre: del tributo no os hablo nada, porque no venimos en son, ni propósito de pagarlo; mas digo esto, porque miremos que manera ó modo habemos de tener para salir con nuestra demanda. Entonces dijo don Roldán: de esta manera ganaremos la Puente: yo iré delante, y diré que somos

embajadores, que llevamos una embajada al almirante Balán; y si me dijeran que no podemos pasar, ó por el tributo ó por cualquiera otra causa, le diré que me abra, y que á él mismo le diré la embajada, para que haga de ella relacion al almirante su Señor: y si pongo solamente el pie en el postigo, sed ciertos que procuraré hacer lugar por donde todos podamos pasar. Y el duque Naimés le dijo: señor Roldán, no es cordura dar un golpe; y recibir diez: dejadme este cargo, que yo tendré modo, para que pasemos sin tener batalla. Roldán le dijo, que hiciese lo que quisiese; y el duque le rogó que se estuviesen quedos, y se fué para la Puente, llamó, y el gigante le abrió, y le preguntó quien era, y que buscaba por aquella tierra. El respondió: somos mensageros del emperador Carlo Magno, y vamos al almirante Balán con algunos presentes que vienen aqui detras. El gigante le dijo: vosotros habeis de perder las cabezas, ó pagar el tributo que se suele pagar en esta Puente. Y el duque le dijo: dime lo que te habemos de dar, que luego se te dará. Por el poder de mis dioses, dijo el gigante, que no es poco porque yo te pido primeramente treinta pares de perros de caza, cien doncellas virgenes, cien halcones mudados, y cien caballos con sus jaeces, y por cada pie de caballo un marco de oro fino: este tributo á de pagar cualquier cristiano que por ella pasa, y sino lo pue-

de pagar, ha de dejar la cabeza en las almenas de la Puente. Y respondió Naimés, que muy cumplidamente trahian todo lo que habia dicho, y este á mas de los presentes que llevaban al Almirante, y que muy presto venian, que ellos iban delante, por tomar posadas; y el gigante pensando que era así, dejólos pasar. Don Roldán que habia oido la industria del duque Naimés, no podia contener la risa; y andando por la Fuente adelante, encontraron un turco, que muy espantado se paró á mirarlos atentamente; y don Roldán se apeó y acercándose hacia el, como que le queria hablar, le tomo por el cinto, y le arrojó en el rio; y el duque fué de ello muy enojado, y le dijo: señor don Roldán, Dios nos quiso hacer merced, dejándonos pasar sin batalla, y no la querais recibir? Y don Roldán le dijo: si supiera que me habrieran como á vos, nunca yo buscara maña para pasar, antes viera si el gigante, tan feróz en los hechos, como el gesto, que los otros que están en su compañía no durarán media hora delante de nosotros, porque es gente de poco valor, y ganada la Puente, tuvieramos la venida mas segura: y si place á Dios que volvamos, con Durandal les pagaré el tributo que nos pide.

## CAPITULO XXXIV.

*Como los siete caballeros llegaron delante del Almirante, y dieron su embajada.*

Llegados los caballeros á Aguas Muertas, donde estaba el almirante Balán, fuéronse hasta las puertas de su palacio, y dijeron á los porteros, que digesen al Almirante, que le querian hablar de parte del muy alto emperador Carlo Magno. Como el Almirante supo que Carlo Magno le enviaba embajada, fué muy alegre de ello pensando que le enviaba á pedir los cinco caballeros cristianos en trueque de Fierabrás su hijo: y porque era ya tarde, mandó á su maestresala, que les diese buena posada y proveyese de todo lo necesario, y por la mañana los trajese á palacio. El maestresala les dió por posada la casa de un principal caballero, el cual les dió muy buen acogimiento, y les sirvió de todo lo que hubieron menester y despues que hubieron cenado, dieron á cada uno su cámara, con una cama ricamente aderezada. A la media noche llegó el rey, que escapó de las manos de los siete caballeros y entrádo en el palacio, no paró hasta la cámara del almirante Balán que ya era acostado; despues que supo que de los quince no volvia sino uno, fué maravillado, mandóle entrar, y

dijo: muy poderoso señor, tu enviaste quince reyes vasallos tuyos por embajadores á Carlo Magno, y en el camino encontramos siete caballeros cristianos, y nos digeron te traian embajada de parte de él; y creyendo ser saltadores que robaban, los quisimos traer presos á tu corte; y ellos fueron tan valientes, que mataron en poco tiempo los catorce reyes, sin que ninguno de ellos muriese, ni solamente cayese de su caballo; y yo con la gran ligereza del mio; me escapé del furor de sus espadas; los cuales son estos siete caballeros, que esta noche han llegado á tu corte: por esto mira si de ellos te quieres vengar, ahora tienes ocasion, y muy legitima causa de hacerlos morir, y darles vituperosa muerte.

Quando el almirante Balán oyó las nuevas del grande enojo que hubo, empezó á maldecir, y á quejarse de sus dioses. A las voces entró su maestresala, y le dijo: señor, no te fatigues, ni te quejes con desmesura de tus dioses, porque aunque por tus yerros hayan permitido que tus reyes muriesen, á tu poder trajeron los que los mataron, para que de ellos tomases venganza, y fuese su maldad castigada por eso sosiega, y descansa, que mañana te los traerémos con muy buen recaudo, y haras de ellos lo que quisieres. Y dijo el rey que escapó de sus manos: pues que en tu poder estan, tén modo que no sean señores de sus armas, por-

que si ven que los quieres prender, no podrá con ellos toda tu corte, porque son muy esforzados, y quizá no te pesará menos de su venida que á mi de haberlos encontrado en el campo. Y el maestra sala dijo: señor este cargo quedó por mi, que yo te los traeré mañana con buen recaudo, aunque fuesen ciento. Despedidos del Almirante, se fueron el rey, y el maestra sala al caballero, en cuya casa estaban los caballeros aposentados y le contaron el caso: el cual tuvo modo de hurtar las armas á los cristianos, que sin recelo alguno, apartados el uno del otro, estaban durmiendo. A la mañana fueron armados tres mil turcos de todas armas, y sendas achas de armas en sus manos, y uno á uno les prendieron, y ataron fuertemente las manos, y los llevaron al almirante Balán; el cual, despues de muchas injuriosas palabras y amenazas, les preguntó porque habian muerto los reyes sus embajadores. Y Roldán le dijo: los que matamos no eran reyes en sus hechos, que informados como veniamos á tu corte con embajada, no dejaron de acometernos para matarnos ó cautivarnos; mas ellos fueron castigados, que los catorce quedan en el campo, y traemos sus cabezas, porque certificando de ello, asegurareis los caminos, y el Almirante les dijo: cual djablo os mandó entrar en mis reinos? Y Roldán le respondió: el que nos mandó venir te echará de ellos, si no haces lo que por no-

sotros te envia á decir, que es esto: el muy noble y poderoso emperador Carlo Magno te manda, que te bautices, y que le envíes sus caballeros, y las santas reliquias que tienes en tu poder; y si no lo haces, ha jurado de echarte de toda tu tierra, y de hacer te malamente morir. Y el almirante dijo: osadamente hiciste tu embajada, mas no volveras con la respuesta al viejo loco de Carlo Magno, que antes que coma ni beba, yo os veré á todos hechos cuartos con los otros, que tanto he guardado hasta ahora, pensando trocarlos por mi hijo Fierabrás. Y Ricarte de Normandia le dijo, tu hijo es mas cuerdo que tú, que ya cree en Dios, criador del cielo y de la tierra, y ha dejado las ablusiones de tus idolos, y está mas contento con el santo bautismo que ha recibido, que lo estaba con las tierras que tenia; y por todo el mundo no vendrá acá; ni dejará á Carlo Magno su señor. El almirante conoció á Ricarte de Normandia, y le dijo: bien me place de tenerte aquí, porque pagues la muerte del noble caballero Corsubél, mi hermano. Y Guy de Borgoña dijo: muchos de tus caballeros habemos muerto, los pocos de aquí estamos mas no de la manera que nos amenazas de matar, sino en muy leal batalla; por tanto, si te quieres vengar de nosotros, sin caer en vileza, danos nuestras armas y caballos, y déjanos salir al campo, y manda apercibir todo tu ejército para contra nosotros, y

entonces sin reprension tomarás, si pudieres, venganza: Y el almirante Balán le preguntó, como se llamaba? Y él dijo: Guy de Borgoña; y el almirante le respondió tambien pagarás lo que contra mi hiciste en Roma: será tu muerte escarmiento para otros cristianos, que no se atrevan á tanto. Y luego mandó llamar dos consejeros suyos, llamados Brulante de Monmiere, y Sortibrán de Coimbres, y les preguntó, que haria de los cristianos presos, y estos le dijeron, que fuesen arrastrados en colas de caballos, y despues hechos cuartos, y puestos por los caminos, y las cabezas á las puertas de la ciudad en escarpas, y luego cercaremos á Carlo Magno, y lo prenderemos, porque estos son los mas principales de su ejército: y si matamos al emperador, sin peligro ganaremos todo el reino de Francia. El almirante les dijo, que presto trajesen los otros cinco, y se ejecutase lo ordenado.

### CAPITULO XXXV.

*Como por industria de Floripes los siete caballeros cristianos fueron puestos con los cinco, y como Floripes les mostró las santas reliquias.*

Estaba Floripes escuchando toda la contienda que su padre tenia con los caballeros cristianos; y quando vió que su padre mandaba traer los cinco, que

pensaba estaban en la torre para darles muerte: se fue muy presto á su cámara donde tenia los caballeros, y les mandó armar, y les dió algunas achas de armas, diciendo, que de ellas se aprovecharian en el palacio, mejor que de las lanzas y les dijo: muy nobles y virtuosos señores ahora se me ofrece tiempo para que pagueis los beneficios recibidos, que haciendo esto guareceis vuestras vidas, las de vuestros amigos los otros siete pares de Francia, los cuales, las manos atadas, gruesas cadenas á los pies, están en los palacios de mi padre sentenciados á muerte, y vosotros con ellos, y ahora voy á estar con el almirante mi padre, por ver si los podré traer aquí con vosotros: y sino pudiere, y oyerais mis voces, no seais perezosos en venir, ni useis de misericordia con ningun turco. Y así se fué Floripes para su padre con disimulada alegría, fingiendo que tenia gran deseo de ver la muerte de los caballeros cristianos: y le preguntó, que hombres eran aquellos que estaban atados y encerrados. Y él respondió: hija, son vasallos del emperador Carlo Magno, y son los de quien tantos daños hemos recibido, y á muchos parientes y amigos nuestros, caballeros de gran valor, han dado la muerte: y mando por sentencia, que estos, y los otros cinco que ya están en la torre, sean arrastrados y puestos en cuartos. Y Floripes le dijo: señor, esto y mucho mas merecen; y es bien

darlos otra mas penosa muerte porque sea escarmiento para otros, y este se hará despues que hayas comido, que es ya muy tarde; suplicote, que los dejes en mi guarda, hasta que los mandes sacar ò morir, porque en todos ellos pueda á mi placer vengar la injuria hecha á mi hermano Fierabrás. Y el almirante Balán la dijo, que le placia: y ella mandó á su escudero, que los llevase á la torre donde estaban los otros. Y Sortibrán dijo al almirante su tio: muy esclarecido y poderoso señor, suplicote que quieras traer á la memoria las grandes desdichas que habrás oido y visto, que á especiales hombres han incurrido, por tener confianza de mugeres, y los muy grandes daños que por su inestabilidad, y poca firmeza han causado; cata que su mas súbdito saber, en el tiempo de la mayor necesidad les falta, mira pues, que de su naturaleza son muy mudables y livianas en creer, y súbditas en la venganza, mira no te ciegue el mucho amor de la hija.

Cuando Floripes hubo entendido bien las palabras maliciosas de Sortibrán, demudada en grande grado, y como tartamuda del muy crecido enojo, dijo: tu Sortibrán hablaste como desleal, y malo que debes ser, y por tal te juzgue en hablar semejantes palabras, porque el traidor no piensa que hay fiel alguno en el mundo; y por tus muy dañadas entrañas, juzgaste tú las ajenas, mas no

quedarás sin pago de tu mentiroso y traidor decir. Y dicho esto se fuè travèl el escudero, y de los presos que estaban ya cerca de la torre donde fuè puesto Oliveros y sus compañeros: porque el escudero no los osó llevar á la camara de Floripes por causa de la mucha gente que los miraba, y Floripes llamó al escudero; y le mandó los llevase á su cámara que ella queria ser la carcelera, y no otro ninguno, y aunque por allí habia algunos, que lo vieron y oyeron, no sospecharon por ello mal ninguno, pensando que lo hacia por el grande enojo que habia habido con Sortibrán. Entrados que fueron los caballeros en la cámara de Floripes, hallaron los otros cinco compañeros suyos armados de todas armas, y bien apercebidos, y fueron de ello muy maravillados los unos y los otros Oliveros hubo muy gran lástima de don Roldán cuando le vió, que tenia una gruesa cadena al pie, y otra al cuerpo, y las manos muy reciamente atadas, y muy de presto los desató, y les quitó todas las cadenas, se abrazaron, y besaron con grandísimo amor y Floripes los miraba uno á uno con mucho cuidado, por conocer á Guy de Borgoña, á quien ella tanto deseaba conocer, y viendo esto Oliveros, dijo: señor de Guy de Borgoña, que os parece de nuestra cárcel y de nuestro carcelero? Y Guy de Borgoña le respondió; digo, que aunque la cárcel fuera la peor de todo el mundo, que ninguna pena sintiera, segun la

grande perfeccion y gracia del carcelero. Y Oliveros le dijo: á vos, y á la señora Floripes damos las gracias, porque conociendo que en esto os habia de hacer placer, nos sacó á todos del mas hediondo lugar del mundo, y de muy estrecha cárcel. Y Floripes llorando del grande placer que su corazon sentia venció el amor á la verguenza, que comunmente las doncellas tienen, y abrazó á Guy de Borgoña, y le besó en el hombro, y Guy de Borgoña hincó las rodillas en el suelo, y quiso besarle las manos, mas ella nunca lo quiso permitir, antes le puso la una mano al hombro, y la otra en la barba, y lo levantó del suelo, y estaba Guy de Borgoña muy espantado de tanto amor como la hermosa Floripes le mostraba. Y don Roldán le dijo: bien creo, señor Guy de Borgoña, que no recibierais pena alguna, aunque estubieseis mucho tiempo en esta carcel, y Guy de Borgoña le respondió: yo recelo la salida mas que temia la entrada, si del carcelero me tengo de apartar. Y Floripes con muy graciosa risa dijo: dejemos, señores esto, para cuando mayor oportunidad tengamos, y ahora entendamos en lo que mucho á todos nos complace, y tomó á Guy de Borgoña por la mano, y dijo á los otros caballeros desarmados, que la siguiesen, y que los otros se quedasen en la sala llevólos dondè se habian armado los otros caballeros, y les dijo: que se armasen prestamente, y ella armó á Guy de Borgoña muy gracioso-

samente, y despues que todos fueron armados á se placer, se volvieron á donde estaban los otros, y Floripes les hizo asentar á todos, y ella se asentó en la silla de marfil; mas allegada á Guy de Borgoña, que á los otros, y les dijo, muy nobles y esforzados caballeros, pues que en vuestra buena fortuna, ya mi dicha os ha traído á tiempo, que de mis pequeñas, y mugéiles fuerzas tuvieses necesidad, por quanto tengo propuesto, y deliberado (olvidando mis dioses; y el temor de padre y de los parientes, y de toda la tierra) de salvar vuestras vidas, aunque supiese por ello perder la mia me atrevo á pedirlos á todos juntamente una merced, y á vos don Roldán primeramente demando la fé, y á todos vosotros señores de ayudarme y favorecer en lo que os hubiere menester: y don Roldán, la dijo: muy virtuosa y noble dama, nunca fui ingrato á persona del mundo, y menos lo seré á las muchas mercedes, que de tí he recibido por esto mandadme cualquiera cosa que no discrepe de la ley cristiana, y veras el deseo que tengo de servir tus crecidos, beneficios, y ella se levantó en pie, le dió gracias por ello, y vuelta á Guy de Borgoña, le preguntó: y vos, señor Guy de Borgoña? Y el la dijo: yo y todos estos señores decimos lo que el señor don Roldán dice, y asi dijo ella entonces: lo que mi corazon desea sobre todas las cosas del mundo es, servir como muger legitima al señor Guy de Borgoña, y estas son

las mercedes que á él y á vosotros, señores, pido, y de muy buen grado me tornaré cristiana, y os daré las santas reliquias, que con tanto trabajo habeis buscado, y os daré todo el tesoro del almirante mi padre, y otras joyas de muy grande valor. Y Guy de Borgoña le dijo: por cierto, señora, yo tenia propuesto no tomar muger, sino por mano de mi tio el emperador Carlo Magno, como lo han hecho los otros pares de Francia, mas porque tal dama no se halla en todas partes, no menos por las mercedes recibidas, con consentimiento de don Roldán y de estos señores, te tomo por legitima esposa, en la forma que lo ordena nuestra santa madre iglesia: y don Roldán se levantó, y les hizo dar las manos, y los hizo abrazar, y besar en la boca, y les dijo, que lo demas fuese guardado hasta que Floripes fuese cristiana: y de esto hubo gran verguenza Floripes, y no osaba despues mirar á don Roldán la cara, y mandó luego á sus damas, que pusiesen la mesa, y trajesen de comer, y dijo á los caballeros; el almirante mi padre, Sortibrán, y los otros caballeros, han ordenado, de daros la muerte á todos, despues que el almirante haya comido, mas he de deciros como le dareis mala comida, porque no vengán á efecto sus malos pensamientos, y asi armados como estaban los caballeros, se asentaron á la mesa, y la hermosa dama Floripes con ellos, sentada junto á su muy querido, y amado Guy de Borgoña.

## CAPITULO XXXVI.

*Como un sobrino del almirante Balán llamado Lucafer, entró en la cámara de Floripes, y como el duque de Naimés lo mató.*

Los caballeros, fueron muy bien servidos, y despues que hubieron comido, y fue alzada la mesa, y dadas gracias á Dios. Floripes les dijo: señores, el almirante Balán querrá comer, y no comerá, sin que yo esté en su compañía por esto porque no venga nadie á llamarme, quiero ir allá, y diré que estoy mal dispuesta, y que no quiero comer, y miraré bien en lo que se ha de hacer antes que vuelva: y primero quiero mostraros las santas reliquias que yo tengo, porque viéndolas tengais los corazones mas contritos, y con mayor devocion podais demandar ayuda y socorro á vuestro Dios, que lo habreis bien menester, y sacó un cofre todo dorado, y muy maravillosamente labrado, en el cual estaba parte de la corona de nuestro redentor Jesucristo, y uno de los clavos con que fue enclavado en la cruz, y un paño en que fue envuelto, cuando era niño, y un zapato de la Virgen Maria nuestra señora, y parte de sus cabellos, y otras muchas reliquias. Cuando los caballeros las viéron, hincaron las rodillas en el suelo, y llorando amargamente, pidieron

perdon á Dios, suplicándole fuese servido dejarles volver en salud en presencia de Carlo Magno, y pudiesen llevar á Floripes, para que doctrinada en la santa fe católica mediante el agua del santo Bautismo, entrase en el número de los escogidos, que tambien pudiesen llevar las santas reliquias á tierra de cristianos, y se maravilló mucho Floripes de las lágrimas que los caballeros cristianos derramaron. Despues que hubieron hecho su oracion, dijo Floripes á Guy de Borgoña: que volviese las reliquias al cofre, porque leera mas lícito que á ella, por cuanto no era cristiana, y él lo rogó á don Roldán, y don Roldán al duque Naimés por cuanto era mas anciano y hombre de muy buena vida, y encerradas las reliquias en el cofre, lo volvió Floripes á su lugar.

Estando los caballeros, y la linda dama en esto, vino á los palacios del almirante un caballero sobrino suyo, llamado Lucafer, el cual habia venido por ver morir á los caballeros cristianos, y preguntando por ellos, el almirante le dijo, como su hija Floripes los tenia en guarda hasta que él hubiese comido. Lucafer, le reprendió mucho de ello, diciendo que semejantes hombres no eran de fiar de muger alguna, y dijo que queria verlos, por conocer al caballero que venció á Fierabrás: el almirante le dijo: que fuese, y se viniese con él Floripes á comer, que despues haria juntar su gente para la

justicia. Llegado Lucafer á la puerta de la cámara de Floripes, y hallándola cerrada, dió un empujon á la puerta con toda su fuerza, y quebró la cerradura, y abrió la puerta de par en par. Cuando vió los caballeros armados, no quisiera haber entrado y de su entrada pesó mucho á Floripes, y conociendo esto el duque Naimés, entró con el moro á razones, y preguntóle muchas cosas, y él respondia con mas miedo, que gana de estar entre ellos, y queriéndose ir, alzó el duque Naimés el puño, y dióle tan gran golpe en la cabeza, que dió con él en tierra muerto, y á Floripes le plugó mucho lo que el duque habia hecho y le dijo: cierto, buen duque Naimés, que ese golpe no es de hombre viejo. Y él la dijo: otros mayores verás si nos dejas salir de aqui. Y ella le dijo: no es escusa de veros presto en ello; por esto señores, quiero ir á hablar al almirante, que estará esperando á este caballero, que le queria mucho, y ha procurado casarle conmigo y vosotros, señores, guardad la cámara. Llegada Floripes delante de su padre, le dijo que comiese, que ella se hallaba indispueta del enojo que le habia dado Sortibrán. Y el almirante le preguntó por Lucafer, y ella le dijo, que quedaba hablando con los presos, y que no le aguardasen á comer, que él así lo dijo: y el almirante la dijo, que queria comer, por hacer luego justicia de los presos, que la gente estaba apercebida, esperando que los saca-

sen y Floripes miró por la ventana, y vió gran número de tureos armados, así caballeros, como peones, y le pesó de ello y despedida de su padre, se volvió para su cámara; y dijo á los caballeros, señores, ved si os falta algo, que luego os lo daré, y Guy de Borgoña la dijo que no y ella dijo; ahora es tiempo que salgais, y salieron, siendo Roldan el delantero, y a la entrada del palacio encontró un rey llamado Corsubel, y le hundió la cabeza hasta el pescuezo, y Oliveros mató al rey Coldre, y Guy de Borgoña mató siete caballeros que halló en los corredores, y otros hizo saltar de los corredores abajo, de manera, que no quedó hombre á vida de cuantos en el palacio estaban salvo el almirante que saltó por una ventana, y fue recibido de los suyos, y queriéndose salir del palacio para dar batalla á los que estaban fuera Floripes no lo permitió porque eran muchos y llevaron la provision que hallaron á una fuerte torre, y allí se fortalecieron. El almirante mandó cercar la torre, é hizo juramento á sus dioses de no partirse de allí hasta que los hiciese quemar, y á Floripes con ellos: y decía á sus familiares: aunque no quiera su Dios, ellos vendrán á mis manos, que no tienen vituallas mas que para tres dias y á mas de esto, Carlo Magno no sabe de ellos para socórrerlos, y en caso que lo supiese, no podrá pasar mi fuerte puente de Mantible, y no tiene otro paso. Los que se hallaron en el cerco

de la torre, fueron ciento y treinta mil hombres de pelea, y le dieron grandes combates, mas no la pudieron entrar y pasados tres dias, acordóse el almirante de un cinto que Floripes tenia, y mandó llamar á Marpin, nigromántico, y le dijo: Marpin ahora conviene que muestres tu saber, que si tu haces lo que yo te diré serás bien galardon, y Marpin dijo: señor, si es cosa posible á hombre del mundo, no dudes no la haga, y el almirante le dijo: sabes que Floripes tiene un cinto de grandisima virtud, que mientras lo tuviere, ella, ni ninguno de su compañía puede perecer de hambre, y queria se lo quitases, y mira que si lo haces serás muy bien remunerado, y Marpin le dijo: señor, no te congojes, que muy presto te lo traeré. Venida la noche, al primer sueño se hizo llevar de un diablo encima de la torre, y desde allí hizo sus encantos, para hacer dormir á Floripes, y á todos los que en su compañía estaban, y aquella noche velaban la torre Guy de Borgoña, Ricarte de Normandia, y Ogér de Danois, y sobre ellos no tuvo poder el encantamiento: y todos los otros fueron de grave sueño adormidos. Entrando Marpin en su cámara, vió a una parte á Floripes, y á sus damas, y á otra sus caballeros durmiendo, y buscó el cinto con diligencia y hallado se lo ciñó, y se allegó á Floripes, que desnuda estaba en su cama; y le quitó la ropa, y viéndola tan hermosa, no pudo dejar de besarla muchas veces. Estan-

do en esto la linda Floripes, soñaba que un turco la quería forzar, y que daba grandes voces á Guy de Borgoña, que la valiese, y estaba en tanta congoja, que durmiendo daba con los brazos á una parte y á otra como que se defendia, y por eso no osó llegar Marpin á mas de besarla, temiendo de que desper-tase. Salido Marpin de la cámara, se despertó Floripes dando voces, y á ella acudieron los caballeros que velaban, y toparon á Marpin que iba huyendo para salir al tejado de la torre, y dióle Guy de Borgoña con la espada, y le cortó la cabeza, y tomó el cuerpo, y lo echó á fuera por una ventana en la ca-ba de la torre, que estaba llena de agua, y asi se perdió el cinto, é hizo la hermosa Floripes grande llanto por él, y pesó asimismo á los caballeros cuando supieron la virtud que tenia, mas no hubo remedio para cobrarlo.

### CAPITULO XXXVII.

*Como los caballeros, Floripes y sus damas padecieron grande hambre y como los idolos del almirante fueron derribados y puestos en piezas.*

Viendo el almirante Balán, que Marpin Nigromántico no venia, fue enojado de ello, tanto por el cinto como por él, y llamó sus consejeros, les preguntó que se habia de hacer? Y ellos le dijeron:

señor, Marpin es muerto sin duda, pues no viene, manda allegar toda tu gente, y daremos combate á la torre, y muy presto serás señor de tus enemigos. El almirante mandó allegar cien mil hombres de pelea, y que diesen combate á la torre con muchos trabucos, y con hondas duró el combate todo un dia y no la pudieron ganar los caballeros cristianos que estaban dentro derribaron una parte de los palacios del almirante, y con las piedras se defendieron de manera, que los turcos no se osaban llegar á la torre. Venida la noche mandó el almirante que no cesase el combate, y cercada la gente empezaron á probar si podrian subir por la pared, los dentro continuaban á echar piedra, defendiéndose maravillosamente, y á la mañana hallaron mas de dos mil turcos muertos, y otros tantos de heridos. Cuando el almirante supo la gran mortandad que los cristianos habian hecho, estaba rabiando y maldiciendo de sus dioses; y un caballero de los suyos le dijo: señor no te fatiges tanto, ni te enojés, que bien tendremos modo con que ganes la torre: manda hacer muchas escaleras largas, que lleguen á las ventanas de la torre, y manda apercibir toda la gente de armas, y armados de todas armas subiremos por ellas, y no habremos miedo de las piedras. El almirante tuvo su consejo por bueno, y luego mandó hacer las escaleras, y trajeron presto cincuenta de ellas, y los turcos muy armados

empezaron á subir por ellas. Y viendo Floripe subir seis caballeros por la una escalera, dejólos subir hasta la ventana, y con una acha de armas que tenia en las manos, dió tal golpe al primero, que dió con él, y con los otros en el suelo: y todo esto vió el almirante su padre, y por ello se mesó las barbas, maldiciendo la hora en que se engendró: y por otra escalera subian a otra ventana otros tantos caballeros. Ricarte de Normandia tomó un grueso canto, cuanto pudo levantar, y le echó por la escalera abajo, y derribó todos los que subian por ella en el suelo, matando á muchos, y viendo esto los otros, ninguno osó subir, y en esto pasaron algunos dias, de manera, que faltó la provision en la torre, y estuvieron dos dias sin comer pan. Viendo esto don Roldán, dijo á los otros: señores, paréceme que la necesidad nos forzará á hacer ahora, lo que habiamos de hacer antes: morir encerrados, ninguna honra alcanzamos, pues la vitualla nos falta aparejémonos para ir á buscarla, que mas nos vale morir peleando en el campo con nuestros enemigos, que padecer hambre en esta torre. A todos pareció bien lo que dijo Roldán, y acordaron de hacerlo asi, y entonces comenzaron á llorar Floripes, y sus damas, temiendo la muerte de los caballeros cristianos, por la multitud de los turcos que habia y con abundancia de lágrimas les dijo: por cierto señores, muy poco hace vuestro Dios por

vosotros, viéndoos en tanta necesidad, que si vosotros creyeseis en mis dioses, sin duda ya hubieran usado de misericordia con vosotros, y os proveyeren de vituallas. Y don Roldán respondió señora, muéstranos esos dioses que tu dices, queria ver si tendrán poder para proveernos de vituallas, ó traerèmos socorro de Francia. Y ella le dijo que le placia, y muy alegre, pensando que creeria en ellos los llevó por una cueva bajo de tierra, y al cabo de ella hallaron una sala maravillesamente labrada, y en medio estaba un grande tablado muy rico, en el cual estaban cuatro ídolos del grandor de un hombre, de oro fino, y el uno se llamaba Alapin, el otro Tavalgante, y el otro Margot, y el otro Jupin, oia toda la sala tan suavemente, que los caballeros estaban maravillados. Y entonces dijo Guy de Borgoña á Floripes, señora, quien hizo estos dioses? Y respondió: dos plateros los mejores maestros que en todo el mundo se pudieron hallar. Y Guy de Borgoña le dijo: quien dió á este oro el poder que tu dices que tienen? Y ella estuvo dudando sin responderle. Y él le dijo: los maestros que los hicieron no eran hombres mortales, como nosotros? Y ella dijo que si. Y Guy de Borgoña le dijo: y si quisiésemos ahora hacer otra cosa alguna, no lá podriamos hacer del mismo oro? Ella le dijo: que si podrian. Y él dijo: luego mas poder tienen lo hombres, que tus dioses: quieres ver como no tienen ningun poder,

sacó luego su espada, y dió al uno con ella en la cabeza, y le derribó en el suelo y Roldán con la acha de armas echó á tierra los otros. Y dijo á Floripes: mira, señora el poder de tus dioses. Entonces Floripes venida á conocimiento de la verdad, viendo que sus dioses no se movian, dijo: ahora confieso no haber otro Dios, sino el de los cristianos, al cual humildemente suplico, me quiera dar lugar de recibir su santo bautismo, porque mi alma no sea agena de su santa gloria, y á vosotros quiera sacar de tanta afrenta, y de esto hubieron muy gran placer los caballeros.

### CAPÍTULO XXXVIII.

*Como los caballeros cristianos salieron de la torre, y dieron batalla á los turcos que los tenían cercados, y tomaron la provision que tenian en el Real.*

Estando Floripes, y los caballeros en estas razones, una dama de Floripes cayó en el estrado desmayada de hambre, y no se halló en la torre bocado de pan, ni otra cosa que darle, y de esto hubieron gran lástima los caballeros, y mas la linda Floripes, y ordenaron de salir, y dar descuidadamente en el Real del almirante Balán: y rogó Oliveros al duque de Naimas, que se quedase en compañía de las damas, para abrirles cuando volviesen

Y el duque le dijo: señor Oliveros aunque soy mas viejo que ninguno de vosotros, no por eso dejaré de hacer mi deber contra mis enemigos, y pidoos por merced, que no me deis tan presto oficio de portero, y así rogaron todos al conde Tietri, que quisiese quedarse; y así quedó en guarda de la torre y las damas, y ellos se subieron á la cámara de Fierabrás, y tomaron sendas lanzas, y cabalgaron en caballos que habian quedado del almirante Balán, y viendo que el almirante, y su gente estaban descuidados, salieron de la torre, y acometieron á sus enemigos con tanta ferocidad, que en poco tiempo llegaron hasta la tienda del almirante Balán, matando y derribando caballeros y peones: y el almirante viendo esto, fue prestamente armado, y con él su sobrino el rey Clarion, el mas esforzado que en toda aquella tierra se hallaba despues de Fierabrás. Y cuando el bueno de Roldán los vió, vuelto á sus compañeros, les dijo: señores, ahora se nos ofrece ocasion para ganar honra, y fama: no nos demandemos, y con la orden que hasta aqui habemos tenido entremos en nuestros enemigos, haciendo cruel matanza de ellos hasta quitarles los bastimentos, y el uno procure ayudar al otro, que Oliveros; y yo llevaremos la delantera, y no se espante nadie de la multitud de los turcos, con los grandes aprietos, son conocidos los buenos soldados, y en ellos se alcanzan las creci-

das honras: y si á estos delanteros vencemos, con muy poco trabajo seremos señores de todos los otros, estos son la flor de todos los hombres de guerra, que tiene el almirante Balán, y lleváremos de comer á la hermosa Floripes, y á sus damas, que con muy gran deseo nos estan esperando: y diciendo esto llegaron los turcos con grandes alaridos, y llevaba la delantera de ellos un rey moro, que vino de muy lejos en ayuda del almirante Balán, y se llamaba Rapin. Viéndole venir el noble Oliveros, le salió á recibir con la lanza en el ristre, y fueron los encuentros tales, que el turco cayó en el suelo muerto, y luego salieron dos caballeros suyos, para vengar su muerte, y el uno encontró con la lanza á Oliveros, y se la quebró en el escudo, y Oliveros echó luego mano á la espada, y de los primeros golpes que le dió, cayó el turco en tierra muerto, y el otro compañero no le osó esperar, y dió á huir. En este tiempo don Roldán derribó diez y ocho turcos á vista del almirante Balán, el cual cobró tan gran temor, que empezó á retirarse, por huir del furor de los esforzados cristianos: y viendo esto Guy de Borgoña, dió de espuelas al caballo, y derribando turcos á una parte, y á otra, los siguió hasta su tienda, peleando solo con gran multitud de turcos, que le defendian la entrada de la tienda, y los caballeros cristianos, haciendo gran matanza de la gente del

rey Clarion, y viendo Ogér de Danois que venian por un camino veinte acemillas cargadas de vitualla díjole á don Roldán, y llamó á Oliveros, sin conocer la falta de Guy Borgoña, y fueron hacia las acemillas, sin que se lo impidiesen mucho los turcos que ya no les osaban esperar. Venian en guarda de las acemillas doscientos de á pié, y treinta de á caballo, y se pusieron á defender la vitualla, y en poco rato mataron la mayor parte de ellos, quedando los cristianos dueños de las acemillas, y para conducir las á la torre, hubieron de pasar por medio del Real.

### CAPITULO XXXIX.

#### *Como Guy de Borgoña fue preso.*

El noble Guy de Borgoña quedó solo en el campo, desamparado de sus compañeros, y rodeado de toda la gente del ejército, y peleó la mayor parte de la noche, y dió con la tienda del almirante Balán en el suelo, y despues que le mataron el caballo, se vió entre tantos cuerpos muertos, que no podia dar un paso sin pisarlos: y no que queria amanecer, fatigado, y herido en muchas partes de su cuerpo, dió un tropezon, y cayó, y asi fue preso, y atadas las manos, y tapados los ojos, fue llevado al almirante que temeroso de su espada, se habia desviado de

su gente. Viéndose Guy de Borgoña en poder de sus enemigos. y creyendo ser ya la postrimera hora de su vida, dijo: O mi Jesus verdadero Dios y hombre! No desampares, señor, á tu convertida Floripes; porque consolada de ti, no se desvie de su buen propósito. O caballeros cristianos! Dios os guarde de tanta desdicha, cuanto á mi sin ventura hoy ha ocurrido. Y el rey Clarion le dijo: no procures cristiano de quejarte, pues no te ha de aprovechar, que asi te llevaremos al almirante, y luego serás ahorcado. Y él le preguntó quien era, que asi le amenazaba, y él le respondió que era el rey Clarion: y dijole Guy de Borgoña: mucho me amenazas ahora que no tengo armas y cuando las tenia no me hablabas, ni aun esperabas que te hablase. Llegado Guy de Borgoña ante el almirante, todo demudado, y descolorido asi por haber estado dos dias sin comer, como por el gran trabajo de la batalla, mandó el almirante que fuese desarmado de todas sus armas; y porque para desarmarlo era necesario quitarle las ataduras de las manos fué primeramente desarmado de las piernas, poniéndole á cada pié una cadena gruesa, y con ella le ataron á un poste, y despues le soltaron las manos; y le quitaron todas las armas, y estaba tal, que el almirante no le conocia, y le preguntó quien era, y él respondió: no te negaré la verdad: sepas que á mi me llaman Guy de Borgoña; soy sobrino del muy poderoso em-

perador Carlo Magno, y primo del muy noble y esforzado don Roldán. Y el almirante le dijo: mucho tiempo ha que te conozco, y grandes males me has hecho, y por tus amores mi hija Floripes dió mi fortaleza á mis enemigos, y ami me entregara en tu poder, si mis piadosos dioses no me guardarán los cuales te han traído á mis manos, para que tome entera venganza de tí. Y dime quienes son los caballeros que en la torre quedan, que tan grande guerra me habeis dado? Y le dijo: los que estan en la torre son todos hombres de noble sangre, y muy amados amigos, y vasallos del poderoso emperador Carlo Magno: por tanto no dudes, que esos agravios que les haces, te serán bien demandados. Y viendo un turco que el Almirante habia recibido enojo de esto, quiso dar á Guy de Borgoña una puñada en la cara, el reparó con el brazo izquierdo, y con la mano derecha le asió de los cabellos, y le trajo á sus pies, y le puso el pié sobre el pescuezo, y antes que le pudiesen valer le ahogó. Y el almirante dijo: creo que esta gente es endiablada, ved que ha hecho delante de mi. Y Guy de Borgoña le dijo; si yerro alguno aqui ha habido, tu hombre lo ha causado, que no le era licito en tu presencia herirme sin tu mandado; mas paréceme, que bien ha recibido la pena de su yerro, que nunca mas pasará á tu mandado. Y asi atado al poste, sin comer cosa alguna, le tuvieron hasta otro dia.

Ahora quiero volver á don Roldán, y á los otros caballeros, que quedaron en la torre muy tristes, y no menos la hermosa Floripes, y sus damas, por faltar Guy de Borgoña, á quien estimaba mucho. No conocieron Roldán, y sus compañeros si se quedaba Guy de Borgoña hasta que entraron en la torre con la vitualta, y cuando vieron que no venía, como hombres desesperados, olvidando la hambre que tenían salieron todos once sin esperar el uno al otro, y entraron con tanta ferocidad en sus enemigos, que ya no se recelaron de ellos, y en poco tiempo mataron dos mil, y allí murió Basin de Gonois, un principal caballero, y de su muerte pesó mucho á los cristianos: y por la grande obscuridad de la noche, temiendo que buscando á Guy de Borgoña, se podrian perder, fueron forzados á acogerse á la torre, donde con lastimosos llantos y gritos que á los cielos subían de la triste Floripes, fueron recibidos, la cual tirando cruelmente de sus cabellos, y con sus uñas rasgando su hermoso rostro, tendida á los pies de don Roldán, besándoles muchas veces, le decia, ó caballero noble, duelete de tu muy leal compañero, y pariente de Guy de Borgoña, mi esposo. Y don Roldán con un ruido en la garganta, que casi no le dejaba hablar, ni resollar, la levantó del suelo, y vuelta á Oliveros, le dijo: cuanto mas mejor me fuera, señor Oliveros que el día que maté al carcelero por sacaros de la cárcel, me

mandara mi padre matar á mi, porque no me viera en tanta congoja, y una sola pena sintiera mi alma al apartarse de las carnes, y no haber conocido á Guy de Borgoña? Ahogada estoy de mil congojas, rodeada, de mil pensamientos, combatida, viendo que por darme á mi vida, fué el noble caballero á tomar la muerte, muriérame yo de hambre delante de sus ojos, y no me viera yo sin él. O padre mio! Si supiste que cosa es querer, no me culpes de lo que hice contra ti: cata, que el corazon que engendraste es del caballero que preso tienes, desde el día que en Roma lo vi: y pues que suyo era, no podria huir de lo que á su servicio cumplia; no pienses que me arrepiento de haberle amado, antes tendria en poco perder la vida, y diera de buenagana, por sacarle de pena, y si algun paternal amor te ha quedado, duelete de tu apasionada hija, y si por ventura te quieres vengar de la injuria recibida, tén modo que justamente te vengues; mira que yo sola fui la que maté al carcelero, por sacar á los cristianos de la torre, y á la vieja matrona, aya mia, eché de la azotea abajo, porque no te dijese lo que hacia por aquellos nobles caballeros: finalmente los armé, porque de tu saña y furor se pudiesen defender, y tu torre, tesoro y tus dioses de oro los entregué; pues cosa conocida es, que no erraron en tomar los servicios, que con tanto amor les hacia, y ellos tanto menester habian, que lo mismo hicieres tu, si en

su lugar te hallarás: y pues que en mi sola yo fabricué. y cometí el error, suplicote que no lo pague el inocente caballero. O bendita madre de Dios, en quien mi señor Guy de Borgoña tiene gran devoción! Poned en el corazón del almirante Balán mi padre la creencia que en mis entrañas tengo ingerida, porque convertido á tu benditísimo hijo Dios, y hombre, no maltrate tu caballero. Y dicho esto, y otras cosas con grande dolor, sollozos y suspiros que las entrañas le sacaban; cayó en el suelo mas muerta que viva, y don Roldán la alzó muy presto, y desde que fué tornada en sí, con mas lágrimas que palabras. la comenzó á consolar, diciéndola: señora, por Dios tened paciencia, que vuestro esposo no es muerto; sed cierta que antes que mañana anochezca, le traeremos aquí, ó todos perderemos la vida: y mandó traer la provision que habian ganado, y quitado á los moros, y hallaron muchas viandas cocidas y asadas, y muchos guisados á uso de Turquía, y comieron todos de aquello, aunque no con el gusto que comerian, sino quedara cautivo Guy de Borgoña.

## CAPITULO XL.

*Como los paganos querian ahorcar á Guy de Borgoña, y como los caballeros cristianos se le quitaron.*

Venida la mañana, el almirante Balán mandó llamar á todos sus consejeros, y les preguntó, que se haria de Guy de Borgoña, y ellos le dijeron: señor, paraque los otros caballeros escarmienten, manda poner una alta horca en lugar que la puedan ver los que están en la torre, y en ella mandarás ahorcar al caballero preso, y quedarás vengado de las injurias que de él has recibido. y mandarás asimismo poner diez mil hombres en celada, porque creemos que sus compañeros no dejarán de venir en su socorro, y los tomarán en medió. y serán todos muertos, ó presos, paraque hagas de ellos á tu voluntad. Este consejo aprobò el Almirante, y lo tuvo por bueno, y luego mandó alzar la horca, y en un montecico que cerca estaba, mandó esconder los diez mil turcos. y al rey Clarion que los rigiese y estuviese atento, para salir cuando fuese menester, y mandó atar las manos á Guy de Borgoña, y taparonle los ojos, porque no viese á donde le llevaban y mandó que tres mil hombres de pelea lo llevasen á la horca, desde que le tuvieron en su poder, algunos que en las peleas habian conocido los fieros gol-

pes de su espada, le daban muy grandes palos, y otros puñadas, pensando que en aquello eran vengados. Puesto el noble caballero Guy de Borgoña en tanta angustia, esperando su postrimera hora, dijo: ó Redentor del mundo mi Dios, y mi criador, por cuyo nombre voy á recibir deshonradamente la muerte. Por los méritos de tu santa Pasion te suplico, que recibas mi alma, pues que el cuerpo va á tomar fin: y asi como tu ves que la he menester, envíame paciencia, porque sea esta muerte en remision de mis pecados. O nobles caballeros de Francia: Nunca mas me vereis, aunque no dado, que si esto viene á vuestra noticia, salgais en mi socorro. O noble primo don Roldán, que malas nuevas llevareis al emperador vuestro tío. O nobles compañeros! encomiendocs la triste Floripes, que no tendrá ya deseo de vivir, sabiendo las tristes nuevas, ni habrá quien la consuele, si de vosotros es olvidada. A este tiempo estaba Floripes con los caballeros cristianos á las ventanas de la torre, mirando como alzaban la horca, no sabiendo para quien era; y cuando vieron los tres mil hombres, sospecharon que seria para Guy de Borgoña, aunque no lo podian ver, y Floripes lo conoció, la primera, en los grandes alaridos que los turcos hacian, y puesta de rodillas delante de los caballeros, les dijo: ó nobles caballeros, les dijo: ó nobles caballeros, no sean vuestros corazones tan sin virtud, que delante de

vuestros ojos consintais, que vuestro leal amigo y pariente sea ahorcado. O noble Roldán, cuyas grandes hazañas por todo el mundo son tan conocidas, y cuya lanza y espada en toda Turquia es temida? Por aquel Dios en quien crees y adoras, te suplico no desampares á la triste doncella, que á ti se encomienda; no olvides, tu primo el noble Guy de Borgoña, en tanta afrenta metido. Y Roldán la dijo: señora, ten esperanza en aquella bendita virgen y madre de Dios, y ruegala que quiera ser en nuestro favor, porque le traigamos con salud delante tus ojos, y mediante su gracia podamos volver á tierra de cristianos y desalir en su favor, no lo dudes, que no dejaremos de poner todas nuestras fuerzas para sacarle de peligro, aunque todo el mundo fuese contra nosotros. Y Floripes derramando infinitas lágrimas por su amoroso rostro, los abrazó á todos, uno á uno, y les dijo que mientras los caballos se ensillasen, se subiese á la cámara de Fierabrás, y se proveyesen de las armas que habian menester. Y armados que fueron los caballeros, y proveidos de gruesas lanzas, cavalgaron en sus muy bizarros caballos, y antes que saliesen de la torre habló don Roldán de esta manera: señores, en este dia se nos ofrece tiempo para ganar honra, y ayudar á nuestro amigo, que está para recibir la muerte en manos de nuestros enemigos; si nosotros nos desmandamos, es imposible salir de tan

gran multitud de turcos, por tanto os ruego, que no os engañen vuestros esforzados corazones, que por codicia de matar veinte ó treinta enemigos, no salgais de orden, pues veis que de esta manera se perdió nuestro compañero Guy de Borgoña, sino que juntos entremos á la batalla, y que el uno sea de los otros socorrido; y si esto hacemos aunque seamos pocos en número, serémos muchos en fortaleza. Antes que saliesen de la torre trajo Floripes el cofre donde estaban las santas reliquias, y se humillaron todos con grande devocion y pusieron el cofre encima de sus cabezas, y encomendándose á la Santísima Trinidad, salieron, y vieron los que llevaban á Guy de Borgoña, y que estaba ya cerca de la horca, y dijo el noble Oliveros: señores, bien es que tomemos la delantera, porque mientras peleamos con los que van detrás, no reciba muerte de los delanteros. Cuando los turcos los vieron venir, un capitán llamado Cornifer puso los turcos en buen orden, y mandó á diez mil peones, que llevasen á Guy de Borgoña á la horca, mientras él iba á dar batalla á los cristianos; y con una gruesa lanza tomó la delantera, y fue á recibir á los caballeros cristianos: y cuando Oliveros le vió, dijo: señor don Roldán, perdonadme, que quiero salir á recibir á este turco, que tan soberbio viene, y le recibí de tal suerte, que dió con él en tierra, y echando mano á la espada, se metió por medio de ellos, como lobo

carnicero en medio del ganado, y así trabó una muy cruda batalla, con esto fueron detenidos buen rato los cristianos, que no pudieron pasar adelante. Y alzado don Roldán sobre los estribos vió la escalera en la horca, y que subian al buen caballero por ella, para ahorcarle; entonces dijo á los otros señores, no nos tardemos mucho, y cada uno de vosotros procure seguirme, que Guy de Borgoña está en la escalera de la horca. Entonces todos los caballeros, olvidando todo el temor de morir, y puestos en buen orden, entraron por medio de los enemigos, guiándolos don Roldán, que ya era tan temido de los turcos, que ninguno se osaba poner delante, y á su lado iba Ricarte de Normandia derribando caballeros y peones; al otro lado iba Oliveros desguarneciendo arneses, y cortando brazos y piernas, sin dar golpe en vago, y Ogér de Danois traía todas las armas teñidas en sangre de sus enemigos. Llegados al pie de la escalera, tuvieron gran lástima del buen caballero, que tenía una soga de esparto al cuello, y mientras los otros peleaban, saltó Ricarte de Normandia del caballo, y se la quitó, y saltó las manos, abrazándole muchas veces. A este tiempo salieron los diez mil, que estaban en celada, y como Oliveros los vió, tomó por la rienda un poderoso caballo, que entre ellos andaba suelto, y lo llevó con presteza á Ricarte de Normandia, y le dijo procurad de armar luego á

Guy de Borgoña, y que cabalgue presto en este caballo, y venga al punto á la batalla, porque vienen diez mil turcos de refresco. Dicho esto, volvió para sus compañeros, y vió á Gerardo de Mondier á pie cercado de mas de cien turcos, que trabajaban mucho por darle la muerte; y arremetió con tanto denuedo, haciendo tales hechos con su espada, que muy presto llegó donde estaba Gerardo de Mondier, y se le puso delante, porque no le hiriesen; peleando los dos compañeros, arrimándose cuanto podían á los otros, vió Gerardo como un noble moro volvía la rienda, por no encontrarse con Oliveros, y ofreciéndosele tiempo, dió una remetida, y saltó en las ancas del caballo, dió con el moro en el suelo, y así fueron todavía peleando, hasta que se juntaron con los otros, y dijo Oliveros: señores detengámonos, y esperemos á Ricarte de Normandia, y Guy de Borgoña, porque nos topen juntos, para acometer á los que vienen de refresco; mas no pudieron esperar tanto, que vinieron los turcos que estaban en la celada, y los caballeros, que estaban sin lanza, recelaron los primeros encuentros, é iban Roldán; y Oliveros delante amparando los otros, embarazados los escudos, y las espadas á las manos, y á los primeros encuentros mataron el caballo de Roldán, y un turco le dió un gran golpe en el yelmo, y después vió alzar la espada á Roldán para herir, quiso huir,

mas no le dió lugar, para que le alcanzó con Durandal en el hombro, y le partió hasta los pechos, de este golpe sus enemigos cobraron gran temor, y en poco tiempo derribó Roldán quince turcos; y viendo uno del daño que don Roldán hacia, queriéndole herir á su salvo le tiró la lanza, y Roldán desvió el cuerpo, y se fue muy presto á él, y tomándolo por el brazo, le derribó en el suelo, y saltó ligeramente en el caballo, del cual habia derribado al turco, tomando la lanza, empezó á descuir por una y otra parte derribando cuantos se le ponian delante, sin tener, ni guardar orden ninguna: y rogó á sus compañeros, que no se saliesen de ella, y que esperasen á Guy de Borgoña, y á Ricarte de Normandia, mientras el andaba por el campo mirando á donde estaban los capitanes, y los principales del real; y fueron sus recios golpes tan conocidos, que así iban huyendo de él sus enemigos viéndole como huye el ganado del lobo. Y luego que fué armado Guy de Borgoña, cabalgó en un poderoso caballo, y dijo á Ricarte de Normandia, Mirad Señor Ricarte lo que hace Roldán, que lo que el solo hace, habia para cien buenos caballeros: no veis como huyen de él los turcos? Vamos nosotros por aquí, y atajemos á los que van huyendo, y vengarme de ellos, y tomando la delantera hizo Guy de Borgoña tan gran matanza, que don Roldán estaba espantado, y muchas ve-

ces olvidaba el pelear por ver cuan bien jugaba de las armas, de manera que los turcos que huían de don Roldán venían á daren manos de Guy de Borgoña, y de Ricarte de Normandía; y los que de estos se escapaban los recibía Roldán: y llegado Roldán á donde estaba Guy de Borgoña le abrazó con mucho amor, y le dijo: mucho me place primo, que os hayais vengado de vuestros enemigos. Mayor venganza hiciste vos en ellos, dijo Guy de Borgoña, y estando en esto llegaron los otros nueve caballeros, y Guy de Borgoña los abrazó á todos, dándoles muchas gracias del trabajo que por el habían recibido. Viéndose los caballeros libres de sus enemigos, dieron infinitas gracias á Dios, y mirando el campo fueron muy maravillados del gran número de muertos que vieron, y dijo Roldán, alabado sea Dios, que hubo piedad de nosotros, y dijo Oliveros: señores vamos á consolar á Floripes, y á las damas que están con pesadumbre de vuestro mal, y Guy de Borgoña le respondió. Que haremos en la torresin vituallas. Mas nos vale morir en el campo peleando que en la torre de hambre sigamos nuestros enemigos y les tomaremos la provision que tienen y todos fueron de este acuerdo. Viendo la hermosa Floripes desde una ventana que iban adelante, á grandes voces llamó á Guy de Borgoña, y el noble caballero con los otros, se arrimó al pie de la torre, y hablaron

á Floripes, que estaba muy alegre, y la dijeron les era forzoso seguir sus enemigos, por tomarles la provision, y así se despidieron de ella.

## CAPITULO XLI.

*Como los caballeros cristianos tomaron todas las provisiones que hallaron en el real, y como la torre fué combatida.*

Pusiéronse los caballeros en orden y fueron en busca de sus enemigos, los cuales pensando descansar, muchos de ellos habían dejado las armas, y viendo el almirante los cristianos, dió grandes voces á los suyos, diciéndoles que se armasen presto, y defendiesen las vituallas. Y se allegaron todos á unas tiendas á donde tenían toda la provision de todo el real. Y conociendo esto los caballeros cristianos les dieron cruda guerra, y mataron muchos de ellos, y duró la batalla hasta la noche y cuando pensaron los turcos que los cristianos se recogían, entonces les hicieron mucha mayor guerra. Y como ellos no osaban huir por miedo del almirante Balán, murieron tantos, que los cristianos estaban todos teñidos en sangre, y cansados de herirlos, entrando en las tiendas llevaron doce caballos cargados de pan, y carne, y caza, y otras muchas provisiones, y volviéndose con

ellas para la torre, hallaron el cuerpo de Basin de Benevois su compañero, y lo llevaron á la torre, donde fueron con grande alegría recibidos de las damas, especialmente Guy de Borgoña de su muy amada Floripes, la cual le tenia en sus brazos, que no lo creia; tenia tanto placer de verlo, que no se podia hartar de mirarlo, y dejandolo á él, se puso á los pies de Roldán, queriéndoselos besar, y los abrazó á todos, uno á uno, dándoles muchas gracias por lo que habian hecho por Guy de Borgoña, y puestas las mesas, cenaron con gran placer.

No cumple dejar de decir la pena y enojo que el almirante Balán recibió cuando supo que los caballeros cristianos estaban ya proveidos de vituallas, que siempre pensó tomarlos por hambre; y renogando de sus dioses, y maldiciendo la hora de su nacimiento, y su mala fortuna, decia: O malaventurado viejo, olvidado de sus dioses, y de toda su gente! No puedo creer, que mi gente ose pelear contra estos cristianos, ó ellos estan encantados, que tan gran destrozo han hecho en los mios. O ingrato Carlo Magno: Como puedes olvidar los nobles caballeros? Por cierto ninguna razon tienes de olvidarlos, pues que tu corte es por sus grandes proezas muy honradas. Con estos doce podrias dar guerra á todo el mundo: y yo con doscientos mil no oso estar en el campo. O cuanta

merced me harian mis dioses, si estos caballeros quisiesen vivir conmigo! Yo les perdonaria todos mi mal, y les haria muy mayores mercedes de la que les hace Carlo Magno: y estaba tan enojado, que ninguno de los suyos osaba parar delante de él, y estuvo toda la noche en estas quejas, paseandose por su tienda. Venida la mañana, mandó llamar á sus consejeros, y les preguntó, que les parecia que se habia de hacer, y ellos dijeron, que hiciese aperebir toda su gente, y diese combate á la torre, que no tendrian los cristianos cosa alguna con que defenderse, y luego fue hecho: mas los cristianos se defendieron varonilmente, tirándoles piedras, ladrillos y tejas. Floripes, y sus damas estaban á las ventanas tirando osadamente á sus enemigos, de esto tenia gran enojo el almirante Balán, y de que vió que el combate no le habia aprovechado, antes habia perdido de los suyos, y estaban muchos descalabrados, tornó á maldecir nuevamente su fortuna, quejándose de sus dioses, y dijole un caballero: señor creo que cuando los cristianos entraron en tu torre, perdieron tus dioses todo su poder, pues en ninguna cosa te ayudan. El almirante le dijo, que callase, y no dijese tales razones, que creia que sus dioses, aun le traerian los cristianos, y su hija Floripes en su poder.

## CAPITULO XLII.

*Como la torre en que estaban los caballeros fue minada, y cayó una parte de ella; y como se pusieron á punto para salir á la batalla.*

Estaba muy enojado el almirante Balán con los caballeros cristianos, y no menos con su hija y buscando todos los modos posibles para vengarse de ellos mandó llamar á un encantador, que en su tierra estaba, y viniendo, le dijo si sabia dar algun modo para ganar la torre, y él le dijo que si. y al otro dia por la mañana mandase apercibir su gente para resistir á los caballeros cristianos, si de la torre saliesen, que en breve tiempo la haria arder toda. Venida la mañana, el encantador, que se llamaba Mabron, hizo súbitamente encender las cuatro esquinas de la torre: y cuando los cristianos la vieron arder, armáronse muy prestamente para salir, y Floripes les dijo, que se estuviesen quedos, que ella sabia como se hacia aquel fuego, y diciendo ciertas palabras; lo hizo morir. Bien conoció el almirante que aquello lo habia hecho Floripes, y juró á sus dioses de hacerla quemar, y mandó á su encantador, y á otros hombres ingeniosos, que buscasen otros ingenios para combatir la torre, y mandaron hacer grandes reparos con mu-

cha madera, y puestos sobre unas ruedas los llevaron al pié de la torre para guardarse de las piedras, y dieron otro combate: y como los caballeros no tuviesen que tirarles, concertaron de salir á sus enemigos; mas Floripes les dijo, que esperasen un poco, y bajó á un sotano donde estaba el tesoro de su Padre, y trajo muchas piezas de oro y plata, y dijo á los caballeros, que tirasen con ellas, que tambien matarian á quien tocasen como las piedras: y despues les trajo todos los idolos y dioses, y otras muchas piezas de batalla, que eran todas de oro fino y plata, y los cortaron todos en piezas, y con ellas tiraban á sus enemigos. Cuando los turcos vieron tanto oro y plata, olvidaron el combate por cojerlo, y sobre ello hubo gran matanza entre ellos, y mandó el almirante cesar el combate, y recoger la gente, diciendo, que de aquello se seguian dos daños: que moria su gente, y perdia sus tesoros, y recogida la gente, mandó curar los heridos, y dijo á los otros que descansasen aquella noche, y á la mañana volviesen al combate, y con los ingenios, y reparos fuese minada la torre. Venida la mañana, se puso luego por obra, y con la mina hicieron caer una esquina de la torre. Viendo esto Floripes tomó otra vez de los tesoros, y con ellos tiraban por las ventanas, y sobre coger de ellos, hubo tambien gran contienda entre los turcos, y entrando el almirante caballero en un caballo, los

metió en paz, y mandó pregonar, que só pena de muerte, ninguno fuese osado de bajar á coger de ellos pormas que tirasen, y les mandó, que descansasen todo el dia, y que á la noche minasen la otra esquina de la torre, y el almirante se fué á cenar: y estando en lo mejor de la cena, acordaron de salir todos muy bien armados en sus caballos, dieron con los enemigos, que estaban muy descuidados de su venida, y viéndolos se pusieron en defensa algunos, y otros se fueron huyendo hasta la mesa del almirante, que estaba con el rey Explorante su sobrino, que nuevamente era venido de allende con mucha gente en favor suyo, el cual fué prestamente armado de un muy lucido arnés, y un yelmo muy rico, y cabalgó en un poderoso caballo, con una gruesa lanza en la mano, y él delantero de todos los suyos, y salió á dar batalla á los cristianos, y topó primeramente con don Roldán, y quebró la lanza en su escudo, y luego echó mano en la espada, mas don Roldán le dió tal golpe en la cabeza, que le pasó hasta la carne, y cayó del caballo, y uno de los suyos dió grandes voces, diciendo: socorro, caballeros, que el rey Explorante es derribado del caballo. Y oyendo esto don Roldán, le tomó por un brazo arrastrándole hasta la torre, y los otros le siguieron, pensando que llevaban al almirante Balán.

### CAPITULO XLIII.

*Como los doce pares de Francia ordenaron, que uno de ellos fuese á hacer saber á Carlo Magno el peligro en que estaban.*

Habiendo estado los caballeros tanto tiempo en la torre sin socorro alguno, desconfiados ya del socorro de Carlo Magno estaban muy tristes, y dijo el duque Naimés: señores el emperador Carlo Magno no debe saber á donde estamos, y no dudo que no tenga tanta congoja de nuestra necesidad, y si de uno de nosotros no es informado, jamás oirá nueva de nos, que este lugar es muy desviador, y por él nunca pasan los cristianos, y allende de esto el almirante Balán habrá mandado guardar todos los pasos, porque nadie lleve las nuevas á los cristianos: por tanto me parecia de mi consejo, que uno de vosotros se partiese secretamente para el emperador Carlo Magno, que sin duda, si él supiese donde estamos, él vendria con todo su poder á buscarnos. Y Guy de Borgoña le respondió: señor duque Naimés, por demás es hablar de esto, que es imposible pasar hombre alguno, sino que fuese volando, vos veis toda la tierra cubierta de turcos, y sabeis que no puede nadie pasar á tierra de cristianos, sino por la Puente de Mantible, y sabeis las

fuerzas, y las guardas que en ella hay, ved pues, como pasará un hombre solo, ni aun muchos sin grande peligro. Y viéndoles Floripes que estaban muy tristes con estas razones, les dijo; señores, es de pensar que Carlo Magno sabe á donde estais, aunque no sabrá de la necesidad que teneis que bien supo como los cinco fueron presos, cuando Oliveros venció á Fierabrás mi hermano, vosotros venisteis por su mandado con embajada al almirante, y con otros negocios, y por falta de gente no habrá podido venir á vuestro socorro, mas no creais que os tenga olvidados: por tanto no os fatiguedis, y esperad aun algunos dias, y si no viene socorro, cualquiera partido hará el almirante con vosotros, por rescatar este rey que teneis preso que le quiere mucho, y es hijo de una hermana suya, y es señor de grandísima renta: les pareció muy bien á todos lo que Floripes dijo, y esperando algunos dias, y viendo Roldán, que la vitualla se les acababa y que socorro no les venia, dijo que queria ir á Carlo Magno, con la ayuda de Dios, él traería muy presto socorro, y el duque de Naimes le dijo: señor Roldán, mas vale que cualquiera de nosotros vaya, que no vos, que sois, nuestra guia, y nuestro capitán que si los turcos supiesen que no estabais con nosotros, nos darian mayor guerra de la que no nos han dado, y podríamos peligrar por esto, si vos queréis, yo iré de buen grado. Y

asi cada uno con muy sanas entrañas se ofrecia á tan grande peligro, por traer socorro á sus compañeros, rogando todos, que en ninguna manera fuese don Roldán. Y no sabiendo determinadamente á quien habian de enviar, dijo Ricarte de Normandía, señores, yo tengo un hijo, como sabeis, que ya trae armas, y segun sus principios, será buen caballero, y si por ventura yo muriera, ó fuere preso en este camino, tengo quien me vengue: por ende me es mas conveniente la ida, que á ninguno de vosotros, y si os pareciese, me pondré luego en camino, porque antes que os falte la provision, pueda traer socorro, y asi concluyeron que fuese, aunque á todos pesaba, por el gran peligro en que se ponía: y dijo Ricarte de Normandia y por la noche calladamente se saldria de la torre, y tomaria su camino para la Puente de Mantible. Y don Roldán le dijo: señor Ricarte no creais esten los turcos sin velar: por esto en amaneciendo saldremos todos juntos y los acometeremos y despues que los viereis metidos en la batalla, os desviareis, y tomareis vuestro camino que yo les daré tanto que hacer, que no tendrán lugar de seguiros. Levantáronse los caballeros dos horas antes que amaneciese, y despues de bien armados, abrazaron todos á Ricarte de Normandia con grande amor encomendándole á Dios, que le quisiese guardar de todo peligro, y fue el buen caballero Ricarte de

Normandia á despedirse de Floripes, y ella con abundancia de lágrimas, le abrazó muchas veces, y sacó el cofre, y le mostró las santas reliquias, y se humilló devotamente, y derramando infinitas lágrimas, se encomendó á su criador, y se despidió de Floripes, y de las demás damas, bajó donde los otros caballeros le estaban esperando, y cabalgando en sus caballos, salieron de la torre, y hallaron toda la gente del rey Explorante aguardando á la salida de la torre, y se comenzó una muy cruda batalla é hicieron tanto los cristianos, que los retiraron á las tiendas donde estaba el almirante, mas no sin gran trabajo, y tanto se metió Ricarte de Normandia por el ejército adentro, que cuando quiso salir no pudo, y no cesando de herir en sus enemigos, dió un gran grito porque supiesen sus compañeros, donde estaba; y oyéndolo Oliveros, se metió como ferosísimo leon entre los turcos, y en breve tiempo le hizo camino por donde pasase. Y viendo Ricarte de Normandia, que ya queria amanecer, y tenia lugar oportuno, se puso en camino para tierra de cristianos.



## CAPITULO XLIV.

*Como el rey Clarion siguió á Ricarte de Normandia y como Ricarte le mató, y tomó su caballo.*

Puesto en camino Ricarte de Normandia, hubo de meterse por un monte, desviándose de todo camino, por la multitud de los turcos que venian al real del almirante y como subiese por un recaesto, siendo ya de dia claro, fué visto de ellos. Y sabiendolo el rey Clarion, mandó presto apercibir su gente para seguirle. Y cuando Ricarte de Normandia estuvo encima del recaesto, no sabiendo que nadie le siguiese, apeose del caballo que estaba muy cansado, y quitóle el freno para que paciese. Y estando arrimado á un árbol con crecida congoja, asi por el peligro que esperaba en pasar el puente de Mantible, como por dejar á sus leales compañeros, cercados de tanta multitud de turcos, vió al rey Clarion caballero en un poderoso caballo, mirando á todas partes si le veria. Y sintiendo el caballo de Ricarte de Normandia, las pisadas del caballo del pagano, se fué muy presto á donde estaba su señor, para que cabalgase, y Ricarte le enfrenó, y cabalgó en él: venia el rey muy lejos de los suyos, y cuando vió á Ricarte de Normandia, le dijo: juramento hago á mis dioses, cristianos, de

vol verme al almirante; antes que tengan tus compañeros espacio de socorrerte, como hicieron al otro que llevamos á la horca. Y Ricarte le dijo: Con toda tu gente no me pudiste prender, ni hacer daño, y ahora tu solo te piensas llevarme al almirante? Y el rey Clarion le dijo: al pie del puesto le dejé cuatro mil hombres de pelea, que muy presto seran aqui: por tanto, deja las armas, y vente conmigo, que imposible te es escapar de nuestras manos, y Ricarte de Normandia le dijo: mientras los turcos vienen, piensa de ser buen caballero. Y abajadas las lanzas, se encontraron con grandisimas fuerzas y corazon, y de los encuentros, el caballo de Ricarte de Normandia, que muy cansado estaba, cayó en el suelo, mas luego fue el caballero en pie con la espada en la mano, y dió tal golpe al rey Clarion, que de su escudo hizo dos partes. Y sintiendo Ricarte las pisadas de la gente del rey Clarion, dióle tan grande golpe en el brazo derecho, que la espada le hizo saltar de la mano, y asíóle del brazo, y le sacó de la silla, y cortóle la cabeza, y saltó en su caballo, que mas descansado estaba que el suyo. Era este caballo maravillosamente bueno, y era de la cabeza hasta medio cuerpo muy blanco, con unas pejas vermejas, y del medio cuerpo atras era vayo, con unas pecas negras, y tenia pelo largo como el dedo, y la cabeza pequeña: tenia los ojos grandes y blancos, y las orejas muy

cortas y redondas, las narices muy romas, y las ventanas muy abiertas y de la parte de dentro muy coloradas, que parecia que echaba sangre por ellas, y el pescuezo muy ancho y corto: la silla era de marfil, muy ricamente labrada; la cola no muy larga, y las cerdas de ella gordas y al cabo esparcidas, que cuando corria parecia que traia una grande ala; era muy ligero, que por correr diez leguas á rienda suelta jamás le vieron sudado ni cansado. Y cuando se vió caballero en aquel caballo, quiso matar al suyo porque no quedase en poder de los paganos, y despues dijo: buenos servicios he recibido de ti, no es razon de darte mal galardón, Dios te lleve en poder de los cristianos; mucho me pesaria que cabalgase en tí moro alguno, en pocos caballos hay en el mundo mejores que tú; y sintiendo el ruido traian los del rey Clarion, sin seguir camino alguno, comenzó de caminar hácia al puente de Mantible, y su caballo se volvió por donde habia venido; y cuando la gente del rey Clarion le vieron, pensaron que Ricarte de Normandia era muerto, y quisiéronle tomar, mas no pudieron, y pasó por el real de los paganos sin que le pudiesen tomar, ni osasen llegar á él; y cuando el almirante le vió, dijo: O muy noble rey Clarion, mi sobrino muy amado, en grande merced te tengo lo que hoy has hecho por mí. Mataste al mensagero de los cristianos, del cual nos podia venir

gran daño, si á Carlo Magno llevara las nuevas de sus barones. El caballo no paró hasta la puerta de la torre, y cuando los caballeros lo vieron, con grande congoja bajáronle á habrir y luego entró, y dijo el duque Naimés con tanto dolor, que casi no podia pronunciar las palabras: O noble Ricarte de Normandia, nuestro especial amigo, mucho me pesa de tu partida, mucho mas de las malas nuevas que tu caballo nos trajo, Dios por su piedad quiera recibir tu ánima en su santa gloria. Y Roldán dijo: O mi leal amigo, mucha culpa tengo en tu muerte por haber consentido en tu partida, habiendo tan gran peligro en ella: mucho mejor nos fuera esperar el socorro de Dios, pues el de Carlo Magno no venia. Mas de una cosa eres bien segura, que tu muerte sera bien vengada. No volveré jamás á la torre, ni durandal meteré en la bayna, hasta que al viejo almirante corte la cabeza, y á los demás que quisieren estorvarme la venganza del agravio que de su gente ha recibido nuestro amigo Ricarte de Normandia, segun me lo asegura la vuelta de su caballo; y asi dijo á los demás que se aparejasen, que no era bien dejar á los moros sin castigo, y darles bien á conocer cuanto estimaban á su buen compañero: y dicho esto, salieron todos con mucho ánimo.

## CAPITULO XLV.

*Como la gente del rey Clarion halló á su señor muerto en el campo, y como le llevaron al Real del almirante Balán.*

Corriendo la gente del rey Clarion tras de Ricarte de Normandia, hallaron á su señor muerto en el campo, é hicieron gran llanto por él; y asi llorando amargamente su muerte, lo llevaron al Real, y dejaron de seguir á Ricarte; y ya que llegaron al Real, oyó el almirante los alaridos que hacian, y á pie, y armado como estaba los salió á recibir, y con gran pesar les preguntó por su primo el rey Clarion; y le respondió un caballero que de su muerte tenia un gran pesar: Señor, en mala hora venimos en tu socorro, y en peor seguimos al mensagero de los cristianos; tu perdiste un especial capitan en el rey Clarion, y nosotros perdimos á nuestro natural Señor.

Antes que el turco acabase de hablar, cayó el almirante de su estado amortecido, y estuvo muy gran rato mas muerto, que vivo; por lo cual se hizo muy doloroso llanto por todo el Real; y oyendo los caballeros cristianos que estaban en la torre, los grandes gritos que daban los del Real, salieron á las ventanas para saber que cosa era; y Flo-

ripes entendió luego, que el rey Clarion era muerto, y con el grande placer que de ello tenia, lo dijo á Guy de Borgoña, y á los otros caballeros, y dieron todos gracias á Dios por ello, y fueron muy alegres, y con esperanza de socorro; y vuelto en sí el almirante, tirando con rabia de sus cabellos, y barbas blancas, maldiciendo á sus dioses, y amenazando á los cristianos, mandó llamar un correo Orages, y dijole ya sabes como el que mató al rey Clarion es ido con mensage al emperador Carlo Magno para informarle de la necesidad en que estan sus varones: y segun el poder de Carlo Magno, gran daño nos puede venir de esto: por tanto te mando, que muy presto lleves mis cartas á Galafre, guarda de la mi Puente de Mantible, y haz decirle, que estoy muy enojado con él, porque dejó pasar los siete caballeros de Carlo Magno que tan grande daño nos han hecho, y que se guarde bien de dejar pasar al mensagero que hoy se partió de aquí; y si no, que le haré ahorcar de una ventana de la torre: y tu has de ir muy presto, porque llegues á la puente antes que el mensagero de los cristianos. Señor, dijo Orages, de esto pierde cuidado, que yo llegaré antes que él, aunque lleve buen caballo. Y llegado Orages á la puente de Mantible, dijo á Galafre, yo soy mensagero del muy poderoso y muy temido señor el almirante Balán, el cual te manda, so pena de perder la vida, no de-

jes pasar un cristiano que ha de venir por aquí, que lleva cartas para el emperador Carlo Magno de unos caballeros soyos, que están cercados: y á mas de esto está muy mal contento de ti, porque dejastes pasar el otro dia ciertos caballeros cristianos, que le han hecho grandes daños. Cuando Galafre oyó al mensagero, y leyó las cartas del almirante, subió encima de la torre, y tañó una vozina, y en muy poco tiempo se juntaron á la puente de Mantible tres mil turcos armados, caballos y peones, y salió con ellos por todos los caminos buscando al mensagero de los cristianos.

## CAPITULO XLVI.

*Como Ricarte de Normandia pasó el río de Flagot milagrosamente, mediante un ciervo blanco, que le guió.*

Ricarte de Normandia, mensagero de los cristianos que quedaron en la torre, estaba muy deseoso de llevar socorro á sus compañeros, y por eso temia mucho la pasada de la Puente, y estando de diversos pensamientos combatido, andando todavía adelante; sintió pisadas de caballos, y grande bullicio de gente, y mirando á una parte, y á otra, vió grande número de la gente de Galafre, y con crecida congoja se desvió de ellos, diciendo: ó Jesus rey de la gloria. En esta hora te suplico seas

en mi guarda, porque mediante tu gracia, puela llevar socorro á tus caballeros, que de tantas angustias dejé cercados: el rio es muy crecido, y las guardas de la Puente son muchas; por donde conozco, que sin tu ayuda, ni á mis compañeros llevaré socorro, ni podré evitar la muerte. Diciendo esto, vió delante de sí diez caballeros armados, que con grandes voces le amenazaban de darle muerte, diciendo, que no le aprovecharia el ligero caballo del rey Clarion: queriendo escusar la batalla, pensó Ricarte de huir confiado en la ligereza de su caballo, mas considerando que la Puente no la podia pasar ni el rio menos y el volver atras no le era honroso, con animoso corazon, cubierto del escudo, apretando la espada en el puño, arremetió para ellos encontre un caballero con una gruesa lanza, y la quebró en su escudo sin que Ricarte hiciese ninguna mudanza en la silla, y su caballo iba con tal velocidad que se juntó con el del turco, y dió con el caballero en el suelo, y vuelta para los otros, dió á uno tan gran golpe en la cabeza, que le endió el yelmo, y la cabeza hasta los dientes, y de este golpe fueron muy espantados los otros, y Ricarte los dejó, y guió para la puente de Mantible, y vió de lejos como la entrada de la Puente estaba guardada de mas de cuatro mil turcos, y sin que ellos lo viesen se metió en una isla, que estaba á la orilla del rio pensando que modo ten-

dria para pasar: mas nuestro señor Dios, que jamás olvida á los suyos, ni dejá desconsolados á los que con sanas entrañas le piden consuelo, le envió un ciervo blanco, que delante de él se metió en el rio, y pasó á la otra parte, y despues se volvió á mirar á Ricarte de Normandia, viendo que no se osaba meter en el rio, volvió otra vez á la otra parte, y se llegó al caballo, y paso á paso se metió otra vez en el rio. Ricarte se encomendó á Dios de muy devoto corazon, y se metió en el rio, y siguiendo al ciervo, sin peligro alguno pasó á la otra parte. Cuando los paganos, que estaban en la torre le vieron pasar, dieron grandes voces á Galafre, y cuando le vió á la otra parte del rio, fue muy triste por ello, y mandó abrir las puertas, y que le siguiesen hasta que le alcanzasen, que si entraba en tierra de cristianos, no parecia jamás delante del almirante Balán. Mas cuando Ricarte se vió de la otra parte del rio, dando muchas gracias á Dios guió para tierra de cristianos sin ningun miedo de los paganos. Ahora dejaré de hablar de Ricarte, de sus compañeros, del almirante Balán, y hablaré de Carlo Magno, y de su gente, que todavia estaba en Mormionda.

## CAPITULO XLVII.

*Como Carlo Magno quiso volver para Francia, por consejo de Ganalón, y de sus parientes.*

Carlo Magno estando en Mormionda en gran tristeza porque no sabia nueva alguna de sus varones, mandó llamar á Ganalón, á Geofre Alta Hoja, Alberto de Micaire, y otros muchos; y entre ellos vino el duque Regnér, padre del buen Oliveros, á los cuales dijo: señores y amigos míos, yo estoy en gran congoja metido, y es menester deciros la causa: yo propongo de dejar la corona imperial, y todo el gobierno, hombre que tan desdichadamente perdió tales caballeros, no merece reinar. Porende os ruego que cada uno me diga su parecer, y el modo que se ha de tener, para saber de los caballeros, y de esto plugó mucho á Ganalón, aunque mostraba que le pesaba, y dijo: señor emperador, si me das licencia, yo diré mi parecer; y Carlo Magno le dijo: que dijese; y él respondió: señor, de mi consejo no pasarás mas adelante, antes haras llevar todas las tiendas de campaña, que tienes en el Real, y cargadas en sus acemillas, las enviarás delante con buena guarda despues nos irémos nosotros, poco á poco, y por las almas de tus caballeros harás decir misas, que los cuerpos no creas sean vivos; y vueltos á tierra

de cristianos, allegarás mas gente, y despues volverémos á vengar la muerte del muy noble don Rolán, y de los otros caballeros; y has de creer, que el almirante Balán tendrá la mayor parte de toda la Turquía allegada, para vengarse de tí por el vencimiento de su amado hijo Fierabrás; esta es mi opinion, y creo que te doy sano consejo. Cuando el emperador oyó las razones de Ganalón, puesta la mano al carrillo, y arrimada la cabeza á ella, estuvo muy gran rato sin poder hablar palabra, y despues esforzándose cuanto podia, decir entre sí: ò desdichado rey! Qué harás si te vuelves sin vengar la muerte de tus varones? Serás para siempre deshonrado, y dirá la gente, que mejor supiste enviarlos donde perdieron las vidas, que no vengar sus muertes. Si sin tomar venganza del almirante Balán me vuelvo á tierra de cristianos, cual será el caballero, que tendrá deseo de servirme? Quien se querrá meter en peligro alguno por mí, pues que los que no tuvieron en nada perder las vidas para servirme, son tan presto olvidados? Ni yo tendré razon para mandarlos cosa alguna de peligro ni ellos serán culpados, aunque dejen de hacerlo. Como osaré hablar á los parientes, y amigos de los caballeros muertos, que con tanto placer me tornaron á recibir? Que dirán, sino que los envié donde perdiesen las vidas, y despues de muertos di luego la vuelta, buscando mi guarda? O viejo sin ventu-

ra! como no consintió la fortuna que tomases la muerte con ellos, porque con mengua, y deshonra no vivieses estos pocos días que te quedan? O mis leales caballeros, cuanta razon tengo de llorar! Que á mas de lo que pierdo en perderos, cada uno de vosotros era mas digno de la corona imperial, que yo. Por vosotros tenia corona y honra, y tambien por vosotros era temido de cristianos judios y paganos. Vosotros erais los firmes pilares, que tenian en pié todo el imperio; y vuestras espadas, y vigorozos brazos, las fortalezas de todos mis reinos: en perderos, perdi todo mi consejo y favor; no se con quien comunique la crecida pena que siento, no teniendo á quien pedir consejo este desconsolado viejo. Con vosotros tenia todos los bienes del mundo; y en perderos perdi la esperanza y alegria que tenia, y solo me quedo desamparado de todo el mundo, salvo de tristeza, á la cual ruego abincadamente acorte mis tristes días, pues no veo razon para querer vivir sin vuestra compañía. O paganos, si supierais cuanto ganasteis en la muerte de los caballeros! En aquel dia cesaron todos vuestros temores; aquellos, cuyos solos nombres os espantaban y hacian volver la rienda en la mejor priesa de la batalla ya no irán á sacaros de vuestras fortalezas. De mi grande pérdida redundará á todos los infieles descanso, y muy grande seguridad en sus vidas, y estando mis nobles y leales caballeros en mi

corte, sonaban los muchos, y grandes golpes de sus tajantes espadas en el corazon de toda Turquia.

Después que hubo razonado esto entre si, esforzándose quanto pudo levantar la cabeza, y arrimado á la silla, dijo á los caballeros que presentes estaban: señores, ya habeis oido el consejo, que me dió Ganalón, y me parece no lo debo tomar que es contra mi honra, y queria que vosotros me dijeseis el vuestro, porque oidas vuestras voluntades, se tomase el mas sano consejo, y que menos detrimento trajese á nuestras honras. Entonces un caballero llamado Macario, y Aburin Geofert, y otros muchos caballeros del linaje de Ganalón, y conforme á su condicion, le dijeron: señor muy poderoso y temido emperador, Ganalón ha hablada muy cuerdamente, y te da muy buen consejo: y de pasar adelante no hagas cuenta, que en tu compañía estan mas de diez mil hombres, que despues que han sabido de la muerte del muy noble don Roldán, que era su capitán, y guia en las grandes hazañas, han hecho juramento de no pasar de aquí, aunque tu se lo mandes. Carlo Magno dió un muy grande suspiro, diciendo: ó verdadero Dios, en quien creo! y siempre hallé remedio de mis grandes tribulaciones, no desampares al triste viejo, de tantas angustias rodeado; el consejo de estos caballeros no me parece bueno. Entonces Regner, padre de Oliveros, dijo señor, los que este consejo te dan

no quieren bien, ni desean tu honra; y si alguno dejáre de seguirte, será del linage de los consejeros malos, que los que desean el ensalzamiento de tu imperial corona, no te darán tal consejo ni dejarán de seguirte. Y Aburín, pariente muy cercano de Ganalón, le dijo; Regnér si no estuviesemos delante del emperador, haria que os costase bien caro lo que dices que vos mentisteis en ello. Y el duque Regnér le dió tan gran golpe con el puño, que dió con él con el suelo; y hubiera grande mal entre ellos; si el emperador no se metiere en medio que se hallaron del linage de Ganalón mas de mil y seiscientos hombres armados. Y Fierabrás que estaba presente, echó mano á la espada, y dijo: juramento hago al santo bautismo, que he recibido, que si se mueve alguno para enojar al duque Regnér, que le mostraré como corta mi espada. El emperador mandó que se estuviesen quedos, só pena de perder la vida, y dijoles: ya siento la falta de mis caballeros; que como veis vosotros que estoy sin ellos, me teneis en poco, y no me guardais honra alguna, y os atreveis á hacer demasia delante de mis hojos. Y Fierabrás le dijo: suplicote que esto que ha pasado les sea perdonado; mas de aquí adelante ten tu gente en justicia, y castiga los que erraren, que á mi me tendrás mientras viviere por firme pilar de tu honra: Carlo Magno le preguntó que le parecia, si se volveria,

ó se iria adelante; y él le respondió: el volver es bueno para que descansa tu persona, mas no para acrecentar tu honra. Entonces dió Carlo Magno un muy grande suspiro, y dijo: al todo poderoso, y alto Dios encomiendo mis hechos, al cual prometo de jamás volver á tierra de cristianos, hasta que sepa nuevas ciertas de mis leales varones: y habiendo su consejo, fué ordenado que fuesen algunos caballeros al reino de Francia con sus cartas para allegar mas gente; y mandó el duque Regnér, que tomase la compañía y que dispusiese la partida.

### CAPITULO XLVIII.

*Como Ricarte de Normandia llegó al ejército del emperador Carlo Magno.*

Carlo Magno, queriendo enviar en tierra de cristianos por mas gente, y estando el duque Regnér padre de Oliveros con su compañía á punto para la partida, llegóse un caballero á Carlo Magno, y le dijo como venia á muy gran priesa un caballero de tierra de moros; y que creia traia embajada del almirante Balán. Y Carlo Magno salió muy prestamente al camino, y el duque Regnér con él, y vieron de lejos á Ricarte de Normandia armado de todas armas, caballero en el caballo del rey Clarion; y el duque Regnér dijo: este que viene es

cristiano, que los turcos no cavalgan de esa manera, y allegándose mas Ricarte de Normandia, dijo Carlo Magno: este parece en su aire á Ricarte de Normandia. Y llegado el caballero delante del emperador, saltó muy presto del caballo, é hizo acatamiento á su señor; y Carlo Magno le dijo: mi caballero, y mi amigo, vos seais bien venido; que es de Roldán y Oliveros, y de los otros vuestros compañeros? Como venis solo? Son muertos ó estan en vida? Y Ricarte de Normandia le dijo: señor dá gracias á Dios, que de infinitos peligros nos ha librado, y están vivos, y sanos, no muy lejos de Aguas Muertas en una fuerte torre, cercados de mas de cien mil paganos, y esta con ellos la muy virtuosa dama Floripes, hija del almirante Balán, mediante la cual somos vivos, que seria muy largo de contar, lo que por nosotros ha hecho, y tiene las reliquias que tu buscas tanto tiempo ha, todas en su poder, y otros infinitos tesoros; y te suplica, asi ella, como los caballeros les dés socorro: y está Floripes con grande deseo de recibir el santo bautismo, y si tu ganas á Aguas Muertas y aquella torre, podrás en poco tiempo ganar la mayor parte de aquella tierra. Gran consuelo recibió Carlo Magno con estas nuevas, y dijo que Ganalón y sus parientes eran traidores, que porque muriesen los caballeros, trabajaban de hacerle volver, y dijo: dime Ricarte, tienen mis caballeros provision alguna

en la torre, podránse pasar cinco ó seis dias? Y él dijo, que tendrian vitualla para seis, y no mas; y la provision que ellos tienen, tomamos en el mismo aposentamiento del almirante, á pesar de todo su real, y si pasamos trabajos tu lo puedes pensar; y Carlo Magno le preguntó, que hombre era el almirante, y el le dijo: el almirante Balán es muy feróz de hecho, y de gesto, valiente por su persona, muy enemigo de los cristianos, y es muy temido, y obedecido de los suyos, la gente es mucha á maravilla, y no diestra en las armas; y para pasar á Aguas Muertas hay un paso muy malo, y muy peligroso, y se llama la Puente de Mantible, el rio es muy crecido á maravilla y se llama Flagót, la Puente es muy fuerte, con dos torres de mármol, y sus puentes levadizas, y tiene la guarda de la Puente un gigante muy espantable, que en su compañía tiene tres mil paganos para guardar la Puente; de manera; que por fuerza no pasará todo el resto del mundo, mas usaremos de sutileza. Y el emperador Carlo Magno le dijo: que industria tendrás para pasar? Y Ricarte de Normandia le dijo: señor iremos delante cincuenta de nosotros bien armados, y encima las armas sendas capas largas, como mercaderes, y llevaremos, cuarenta acemillas, cargadas de fardelos, que parezcan de mercaderia; y tu estarás con la otra gente en el monte que está cerca de la Puente, y pensando las guardas que lleva-

mos mercadería, abrirán la primera puerta, y pedirán sus derechos, y entonces dejaremos caer las capas, y les daremos batalla; y con una señal que haremos, vendrás luego con tus caballeros, y con la ayuda de Dios nuestro Señor ganaremos la Puente, y daremos socorro á tus caballeros, que lo están esperando. Este consejo, y aviso pareció muy bien al emperador Carlo Magno, y á los otros caballeros: y el duque Regnér abrazó á Ricarte de Normandia con grande amor, y Ricarte le contó lo que á su hijo Oliveros habia pasado en la torre, y los grandes beneficios que de Floripes, hija del almirante Balán habian recibido. Y mandó el emperador Carlo Magno á todos sus caballeros, que hiciesen aderezar sus armas: así mismo á los peones y capitanes, que proveyesen de armas á los que no la tenían y mandó asimismo alzar todas las tiendas, y que todos estuviesen apercebidos para la partida: y dijo á Ricarte de Normandia, que hiciese lo que habia ordenado, y Ricarte en la misma hora hizo hacer muchas balas del fardago real y las hizo atar como balas de mercadería, y cargó cuarenta acemillas, y rogó al duque Regnér, y á Hoël de Nantes, que quisiesen tomar setenta caballeros escogidos, y el duque fué muy contento de ello; y armados los caballeros, dióles Carlo Magno sendas capas para cubrir sus armas, y pusieron en camino para la Puente de Mantible, é iban delante el duque Reg-

nér, y Ricarte de Normandia, y luego las acemillas con alguna gente de pié, y despues toda la otra gente: y el emperador mandó alzar todas sus banderas y estandartes, y puesta la gente en órden, se puso en camino.

### CAPITULO XLIX.

*Como por industria de Ricarte de Normandia fué ganada la Puente de Mantible, y del gigante Galafre que tenia cargo de guardar la Puente.*

Tuvo el emperador tal modo, que se metió en el monte de noche, porque no lo viesen de las torres de la Puente de Mantible; y Ricarte de Normandia y Hoël de Nantes, y el duque Regnér, se fueron con las acemillas cargadas para la Puente; y cuando los compañeros de Ricarte vieron las fuerzas, de la Puente, y la grandeza del rio, fueron muy maravillados, que por fuerza no la tomara todo el poder de los cristianos, y Ricarte de Normandia dijo: Dios nos quiere ayudar que nos cumple hoy haber batalla con el mas espantable gigante del mundo, y con tres mil paganos, que no se apartan jamás de su compañía para guardar esta Puente. Y el duque le preguntó, como la pasaron cuando iban con Roldán, y los otros á llevar la embajada al almirante? Y Ricarte le contó el modo, que el duque Naimés habia

tenido; y riéndose todos de la mañana, y llegados ya a la Puente, dijo Ricarte de Normandia: señores, yo seré el primero, con vuestra licencia y abriendo la guarda la primera puerta, entrareis vosotros y cuando me vereis echar la capa, ruegos que no seais perezosos de echar las vuestras; y procurad todos de ser buenos caballeros, que nos será bien menester; y ellos le dijeron, que ningun recelo tuviese de eso, ni tampoco de ser señor de la Puente, si una vez ellos estaban en ella; y luego vino Galafre el gigante, y abrió un postigo muy pequeño de la puerta, y tenia en su mano derecha una acha de armas muy gruesa, y muy aguda, y muy grande, y fornida á maravilla, los ojos muy grandes, y muy salidos, y vueltos en sangre, las narices anchas y romas, la boca muy grande, los labios muy gruesos, y muy negro, que mas parecia diablo, que no criatura humana; tenia las piernas muy gruesas, y los pies tuertos, y alcanzaba grandes fuerzas; y estaba dia y noche siempre armado, era muy querido del almirante Balán, y de él se fiaba mucho, y era condestable de aquella tierra, era muy cruel, especialmente con los cristianos, y abierto el postigo, dijo a Ricarte de Normandia: dime hombre que buscas por esta tierra, ó que llevas allí? Y Ricarte mudó el language, porque no le tuviese por frances, y dijo: señor somos mercaderes que venimos de Tarascón, y traemos muchos paños de

todas suertes, queriamos llegar á Aguas Muertas, para vender algunos de ellos, y traemos otras joyas para presentar al almirante Balán, y si vos nos mostraseis el camino, os daremos de nuestra mercaderia, que nosotros no sabemos los pasos de esta tierra; porque ninguno de nosotros ha pasado otra vez por aqui. Y Galafre le respondió: sabed que yo tengo cargo de guardar esta Puente, y todos los otros pasos de esta tierra, y no ha mucho tiempo, que siete traidores, vasallos de Carlo Magno, me burlaron malamente, diciendo que llevaban embajada al almirante Balán, y me dieron á entender, que traian el tributo que se habia de pagar, y les dejé pasar, y han hecho gran daño, y enojo al almirante Balán; mas ellos están en parte, que pagarán lo que han hecho, que están cercados en una torre de mas de cien mil turcos, y antes de ayer se escapó uno, que creo que tenia el diablo en el cuerpo que mató al rey Clarion mi sobrino, que le seguia con diez mil turcos, y le tomó su caballo, el mejor que habia en todo el mundo, y como vido las guardas de esta Puente, se lanzó con él en el rio, y pasó á mano, lo que otro hombre nunca hizo, y fue á llevar las nuevas á Carlo Magno, de los cristianos que están cercados en la torre, para que les diese socorro; y esta causa me ha mandado el almirante Balán, que so pena de muerte, no deje pasar persona alguna nacida, sin primero saber á

donde va, y donde viene, y quien es, por ende quiere saber esto, que no pareceis vosotros mercaderes. Entonces Ricarte de Normandia le dijo: Bien nos place que no sepais, y mirareis nuestra mercaderia; y diciendo esto entró el primero en el postigo, y luego le siguieron el duque Regnér, y Hoél de Nantes, y Riol, y cuando Galafre los vió dentro no le plugó de ello, y cerró presto el postigo, porque no entrasen los otros, y dijoles, que se quitasen las capas, porque queria ver lo que llevaban; y Ricarte se desvió un poco, y dejando caer la capa, puso su mano á la espada, y lo mismo hicieron los otros y Ricarte le dió un gran golpe en la cabeza, mas tenia en ella una calavera de serpiente, mas dura que ninguna de acero, y resvaló la espada, y le cortó parte de una oreja; y los otros asi mismo procuraron de herirlo reciamente mas no aprovechaba, porque dar en él era dar en una peña, que sobre las armas traia el cuerpo de la serpiente, mucho mas duro que las armas, y Galafre alzó la acha de armas, que en las manos tenia, para herir á Ricarte de Normandia, y como vió venir el golpe, desvió el cuerpo, y dió en una piedra de marmol, y entró la acha en ella mas de un palmo; y cuando vió que fué vacio; dió un gran grito, que lo oyeron los paganos que estaban en la otra torre, y á la otra parte de la Puente, y vinieron muchos de ellos en su socorro: y viéndolos

Ricarte de Normandia, abrió prestamente la puerta, y entraron los cristianos, y hubo gran mortandad entre ellos, asi de una parte como de otra; y haciendo los cristianos muchas señas á Carlo Magno y su gente, llegaron muy presto á la Puente; y Ganalón que despues fué traidor ( como diré en el tercero libro ) hizo señaladas cosas aquel dia, mas duró poco su lealtad, y la de sus parientes.

### CAPITULO L.

*Como Carlo Magno ganó la Puente de Mantible, y como Alór pariente de Ganalón quiso hacer traicion.*

La multitud de los paganos, que en socorro de la Puente venia era tanta, que cubrian dos leguas de tierra, y el emperador Carlo Magno viendo que los cristianos se comenzaban á retraer, cubrióse muy bien de su escudo, y púscose delante de los suyos, y empezó á derribar paganos á una parte y á otra, que era cosa de ver, y Ganalón á su lado, peleando asi maravillosamente. Y siguiendo su batalla vió á Galafre con una acha en las manos haciendo gran daño en los cristianos, y tenia delante de si mas de cien cristianos muertos, y viendo que no aprovechaba herirle de espada, por la fortaleza de las armas, pidió una lanza, y con ella le dió tales encuentros, que lo derribó, y Ricarte de Nor-

mandia le cortó la cabeza, cuando se vió en el suelo dió tan gran grito que le oyeron de tres leguas de alli y conocieron los paganos que Galafre tenia necesidad de socorro, por donde fue causa que acudió mucha mas gente para defender la Puente, y entre ellos vino un gigante llamado Ampeon, y le seguia una muger llamada Amiota, con dos niños en los brazos de cuatro meses, y eran de cinco pies de largo, y bien fornidos segun la grandor, y púsose este gigante en la puerta de la Puente, por donde habian de salir los cristianos con una grande vara de hierro en las manos; empezó á decir á grandes voces, donde estaba el viejo loco de Carlo Magno, que quiere llevar las reliquias; ò si quiere pasar á dar socorro á sus caballeros, venga que la puerta está abierta; y fueron los cristianos maravillados de su grandor, y Carlo Magno se cubrió de su escudo para acometerle; mas Fierabrás le suplicó, le dejase á él aquella batalla, que conocia mejor aquella gente, y el modo de su pelear, que es gente de grandísimas fuerzas, y no tiene maña ni destreza alguna en las armas, cubrióse Fierabrás de su escudo, llegóse al gigante cuando le pareció que le podia alcanzar con la vara, y el gigante alzó la vara, con entrambas manos, y Fierabrás hizo semblante de esperar el golpe, mas viéndole venir en el aire, Fierabrás desvió el cuerpo, y dió el golpe el gigante en el suelo, el cual fué con

grandísima fuerza, que hizo estremecer toda la Puente, y antes que alzase la vara otra vez, le cortó Fierabrás los brazos entrambos de un golpe, y le dió otro golpe en la cabeza, que le cortó el yelmo, y la cabeza hasta los dientes; y así ganaron los cristianos la puerta; mas era tanta la multitud de turcos, que no los dejaban salir, y les hicieron retraer hasta el medio de la Puente, muriendo muchos de la una parte, y de la otra; y estaban siempre al lado de Carlo Magno, Fierabrás y el duque de Regnér padre de Oliveros, y Ricarto de Normandía, y Hoél de Nantes, guardando su persona, mas que sus vidas mismas. Y viendo Carlo Magno que no podia ir á delante, antes le era forzado retraerse perdiendo siempre gente, empezó á suspirar muy reciamente, diciendo que ya era perdida la esperanza de jamás ver á sus caballeros, y muy leales barones, pues que aquel paso no podia ganar. Y Fierabrás le dijo: señor, no os cumple ahora llorar los que están ausentes, sino á nosotros mismos, que si no ganamos esta Puente, será muy grande maravilla escapar de las manos de nuestros enemigos, por la gran muchedumbre de gente que acudirá. Y entonces Carlo Magno dijo á grandes voces: aquí caballeros, que ahora es tiempo de emplear vuestras fuerzas, y diciendo esto se adelantó de los suyos, y empezó hacer tales cosas, que á todos hacia estar espantados, así sus

caballeros, como sus enemigos; y puesto á su lado Fierabrás, Ricarte de Normandía, y el duque Regner; dieron tanta priesa á los paganos, que les fué forzado meterse en la villa; y pensaron de alzar una puente levadiza, mas Fierabrás la tuvo, que no la pudieron alzar, y dijo á los otros que entrasen en la villa con buena ordenanza, sin de herir varonilmente á sus enemigos. Y en la entrada hubo gran mortaldad de cristianos, que de las ventanas y de las torres los mataban á pedradas; y viendose Carlo Magno en tan grande afrenta, dió una voz, diciendo socorred caballeros, y entonces llegó Ganalón, y sus parientes con mil y setecientos hombres muy bien apercebidos, é hizo allí grandes proezas, aunque despues fué traidor. Y duró el combate de la puerta cuatro horas, y con muy poca gente entró Carlo Magno en la villa; y despues de entrado, un caballero del linaje de Ganalón, llamado Alór, dijo á Ganalón: señor Ganalón, Carlo Magno está en la villa con muy poca gente, y será maravilla si jamás sale de ella, que los turcos tienen gran número de gente en ella, y toda muy bien apercebida, y pláceme que ninguno de nuestros amigos no quede con él, y ahora nos veremos vengados de él, y de los otros nuestros enemigos, y si vos quereis, volvemos liemos para Francia, y nos alzarémos con las fortalezas, y poco á poco seremos señores de todo el reino, pues que allá

no queda ninguno que nos ose contradecir. Y Ganalón le respondió, señor verdaderamente yo tengo muy grande enojo del duque Regner, que malamente nos injurió el otro dia delante de Carlo Magno, y no menos de Carlo, porque se le mostró muy favorable: mas no me parece podernos vengar de la manera que decis, sin detrimento de nuestras honras, dejándole en tanta, y tan gran necesidad en poder de paganos; y allende de esto que nos saliésemos con nuestra intencion, que bien nos podrían los parientes de los que quedaren, hacernos harto daño, que sentirian muy presto la traicion. Y Alór le respondió: señor Ganalón, no seais simple, ni corto en lo que tanto os cumple; si vos no tomais venganza de vuestros enemigos, ahora que teneis tiempo para ello, cuando os quisieris vengar, no tendreis lugar, y os arrepentireis de ello; y sobre esto se encendió gran enojo entre ellos. Estando en esta contienda sobrevino Fierabrás, y preguntando por Carlo Magno, Alór le respondió: creo que nunca le vereis, que está en la villa entre gran número de paganos. Y Fierabrás le dijo: y vosotros que haceis aquí, que no le deis socorro? Bien podéis ser acusados de traidores, pues que en tan grande afrenta olvidais á vuestro señor: y diciendo esto tomó una acha de armas en sus manos, y se fué para la puente, dando voces: sus caballeros, caballeros socorred á vuestro señor; y

llegando á la puente, halló á Ganalón á su lado con alguna gente suya, y viendo que Carlo Magno con la poca gente que tenia, se retraia hacia la puerta peleando cuanto podia, y perdiendo todavia de los suyos, se metió entre los cristianos poco á poco, hasta que llegó á la delantera, y Ganalón con él hicieron tan gran matanza los dos, que corrian los arroyos de la sangre por medio de la villa, y no tuvieron otro remedio los paganos, sino dando grandes alaridos y echar á huir al que mas podia y salieron algunos por una puerta falsa, y fueron á contar su desventura, y la perdicion de la puente de la villa, en la cual hallaron grandes riquezas.

## CAPITULO LI.

*Como Amiota, de la cual hablé arriba, mató muchos cristianos, y como el almirante, supo que Mantible era ganada por Carlo Magno.*

Con muy grande trabajo y perdicion de gente, ganó Carlo Magno la Puente de Mantible, y venida la noche tomaron los cristianos sus posadas pacíficamente, y se desarmaron para descansar, porque estaban muy fatigados de la batalla. Y Amiota, que era muger del gigante, viendo á su marido muerto, como sintió que los cristianos estaban muy descai-

ados, rabiosa por la muerte de Amfeon su marido, tomó una visarma á manera de una hoz muy grande y aguda, y saliendo de una cueva donde estaba con sus hijos, entró en la villa con mucho furor, y á cuantos topaba por las calles á todos daba la muerte; y cuando no hallaba gente por las calles, se entraba por las casas, y como los hallaba desarmados, así sin mucho trabajo mataba muchos; de tal manera, que se alborotó gran parte de la gente, y se armaron contra ella. Cuando Carlo Magno sintió el gran alboroto de la gente, pensando que serian turcos que nuevamente venian en socorro de la puente, fué muy presto armado y Fierabrás, y los otros caballeros con él; y salidos de sus aposentos le dijeron que una sola muger hacia tan gran alboroto, y que habia muerto gran número de cristianos; y Carlo Magno dijo que queria ver la tal muger; y llegados donde estaba, fueron espantados de cosa tan fiera, que llegaba con la cabeza por los tejados, relucian sus ojos como hachas encendidas, la espuma que le salia de la boca, le corria por los pechos hasta los pies; daba á ratos un gemido, que se oia media legua; solo el peso de la hoz que traia en la mano, bastaba para derribar una fuerte torre; por sola su airada vista ningun cristiano se le paraba delante. Viéndola Carlo Magno, se cubrió de su escudo, y con la espada en la mano quiso ir para ella, y Fierabrás le dijo:

señor, no es honesto que ensucies tu espada con una muger, ni te seria cordura esperar sus golpes; mas he de decirte en el modo y forma que se ha de tener, y mandó llamar unos peones, que sabia traian honda, al modo de Turquía, y ordenó que le tirasen; y tiráronla muchos tiros sin que la hiciesen daño. Viéndolo Fierabrás, tomó una onda, y dijo: feo me parece matar una muger, mas no puedo ver delante de mí este diablo, y la tiró una piedra con tanta fuerza, que la mano derecha con la muñeca, la quitó del brazo, dejó caer la hoz dando tan grande grito, que la mayor parte de la villa hizo estremecer, y luego la acabaron de matar los peones, y mandó Fierabrás que se velase la puente, y la villa toda la noche.

Venida, pues la mañana, mandó el emperador Carlo Magno repartir las grandes riquezas que habia hallado en la villa, entre su gente, porque cada uno llevase su parte segun su estado; y así quedaron todos muy contentos, y satisfechos de los trabajos pasados. Fueron muchos y grandes los tesoros y riquezas, que por ser el lugar tan fuerte, tenia en él el almirante Balán gran parte de sus tesoros, y no quiso Carlo Magno cosa alguna para sí: é yendo mirando la cerca de la villa, vió una cueva muy grande, y dentro de ella estaban dos niños llorando; hijos de la giganta Amiota, que los habia parido de una vez, y eran tan grandes de

cuatro meses, como un hombre de los de ahora, y los hizo bautizar Carlo Magno, y que les pusiesen por nombres, al uno Roldán, y al otro Oliveros: mas no vivieron sino tres dias, de lo cual pesó mucho al emperador; y queriendo pasar adelante, mandó que todos los muertos fuesen enterrados, y los heridos curados y llamando al duque Regnér, y á Ricarte de Normandía á parte, les dijo que queria ir luego adelante, y dejar gente en la villa, para que guardasen la Puente; y el duque Regnér le dijo: señor necesariamente has de dejar aquí gente, porque los paganos no nos tomen este paso, mas se ha de mirar, que todos los aqui quedaren, no carezcan de fidelidad, que esta es la llave por donde nos habemos de salvar, y no todos los que vienen en tu compañía son fieles: Y despues de haberlo bien mirado, ordenaron, que dos nobles caballeros, llamados Hoél de Nantes, y Riol de Mans con diez mil cristianos quedasen á la villa para guardar el paso, y Carlo Magno con toda la otra gente salió de la villa, é hizo de ella cuatro batallas, la una dió á Fierabrás, la otra al duque Regnér, la otra al noble Ricarte de Normandía, y la otra recibió en su guarda, y dió á Fierabrás la delantera, porque sabia mejor la tierra, y la retaguardia dió á Ricarte de Normandía: y así puestos en muy buena ordenanza, se pusieron en camino, y despues que hubieron subido una cuesta muy al-

ta, paróse el emperador á mirar su gente, y viéndola toda tan lucida, y tan bien aderezada, hubo gran placer de verla, y mas porque los vió muy ganosos, y en buen proposito de pelear, y dió infinitas gracias á Dios por ello. En este intermedio, habiendo sabido el almirante Balán como la Puente de Mantible era ganada de cristianos, y los gigantes muertos, cayó en el suelo amortecido, y despues fué vuelto en si, dijo; ó Mahoma, y como te han faltado las fuerzas! Ahora conozco tu poco poder, y tengo yo por mengua, y de poco saber al que en tí confia. Nunca hombre tanto te honró como yo, ni en ninguna parte del mundo son las mezquitas tan ricas, ni tan servidas, como las que en mi tierra están, y muy gran parte de mis tesoros he gastado en hacer muchas imágenes de oro y de plata á tu semejanza, porque fueses adorado del pueblo como Dios: y tú, como ingrato desconocido, en tanta necesidad olvidaste mi servicio. A tí solo habia encomendado mi torre, y los tesoros que en ella estaban; en tí solo tenia muy grande esperanza que guardases á mi fuerte Puente de Mantible, y descuidándome en tu guarda, no puso tanto recaudo en ella, cuanto era razon; en las cosas de poca importancia me mostraste tus alhagos, porque en las arduas mas facilmente me pudieses derribar. Dicho esto, tomó un acha de armas, y con ellas despedazó todos sus dioses y los idolos. Sortibrán de Coimbras,

que vió al almirante tan desconsolado, trabajó de consolarle cuanto pudo, reprendiéndole de la injuria que á su dios Mahoma habia hecho, diciéndole, que le pidiese perdon, porque no le castigase con saña. Y él dijo: no le podré yo obedecer, ni querer, pues que tan desconocido me ha sido en dejar tomar mis fortalezas á los cristianos. Y Sortibrán le dijo: no digais, señor, tales palabras, y demanda perdon á tu dios, pues lo has menester mas que nunca, ordena de enviar espías, para saber si es cierta la venida de Carlo Magno, y que gente trae, y le daremos batalla campal, y si cae en nuestras manos, le haremos quemar, á tu hijo Fierabrás con él, que en su favor viene. Y el almirante Balán le dijo: por hacerte placer quiero hacerlo, pues que tanto me ruegas; mas bien veo que Mahoma me es enemigo sin razon alguna, mas yo tengo en nada su poder.

### CAPITULO LII.

*Como los caballeros que en la torre estaban tuvieron un gran combate, y la torre fue casi derribada.*

Rogó Sortibrán tanto al almirante, que le hizo demandar perdon á Mahoma delante algunos caballeros suyos, y por mejor satisfaccion le prometió de hacer su imagen, y de añadir en ella cien libras

de oro: y hacerla adornar de muchas piedras preciosas, porque le diese victoria contra Carlo Magno, y envió secretamente espías para saber de su ejército. Vueltas las espías le dijeron, que Carlo Magno era partido de Mantible, y que venia aprisa para dar socorro á sus caballeros, que en la torre estaban, y que traía poca gente, mas bien armada y apercebida. Sabida esta noticia, el almirante Balán mandó apercebir toda su gente, y combatir la torre, antes que llegase el socorro, y mientras que se ordenaba el combate, envió por gente por todos sus reinos; y empezado el combate, dieron tal priesa, que derribaron otra esquina de la torre y aunque morian muchos, no se osaban apartar del combate, de miedo del almirante Balán, que muy grandes voces les daba, que trabajasen en derribar la torre. Tenia hecho un ahugero bien grande para entrar, mas no osaba ninguno entrar por él, por mucho que el almirante Balán les mandaba que entrasen. Cuando los caballeros vieron la esquina derribada, y el ahugero abierto, tuvieron algun temor de sus enemigos, mas por las damas, que por ellos, que por ellas no osaban salir á la batalla, ni apartarse de la torre, diciendo que mientras ellos peleaban, se podria perder la torre, y don Roldan dijo á los otros: señores, cumple que salgamos á nuestros enemigos, porque no tengan poder de derribar la torre; mas no nos habemos

de apartar mucho de ella, sino cuando tengamos lugar de tapar el ahugero que está hecho; y ahora nos cumple ser buenos caballeros, que la gente es mucha, y el furor del almirante Balán grande: poderente, nobles caballeros, os ruego con encarecimiento, que tengamos muy buen concierto en el pelear, que no nos apartemos el uno del otro, porque si uno cayere, tenga quien le ayude á levantar; sed ciertos que tendreis en mi, buen favor, que si Durandal no me falta, yo haré que al almirante y á su gente pese del combate que hoy nos dieron. Y dijeron todos, que era bien dicho, y así ordenaron de salir, y á Floripes le pesó en grandísimo grado, mas viendo que no lo podian escusar; bañada en lágrimas, les dijo: señores, antes que salgais, os ruego, que veais las santas reliquias, porque con mas contrito corazón rogueis á nuestro Dios, que él por su piedad os saque de tanta afrenta; y puestos los caballeros de rodillas delante de las santas reliquias, con abundancia de lágrimas, rogaron á nuestro señor, Dios, que por su santa misericordia, y piedad los guardase de sus enemigos. Y estando ellos en aquesto, las damas de Floripes dieron muy grandes voces, diciendo que subian los turcos por la torre, y llegaban á las ventanas; y teniendo Floripes el cofre en sus manos, se puso asomada á la ventana, y plugó á nuestro Señor Jesucristo de mostrar allí un grande mila-

gro, que los que subian á la torre, viendo el cofre que tenia Floripes en sus manos, cayeron subitamente en el suelo, los que al rededor estaban, sin ser apremiados, se alejaron un gran tiro de batalla. Y viendo esto los caballeros, dieron muchas gracias á nuestro Señor Jesucristo, y Floripes volvió las santas reliquias á su lugar, y luego se volvió á las ventanas donde estaban los caballeros; y viéndola el almirante Balán su padre con ellos, la dijo: ó Floripes mi querida hija! grande fué tu injuria, cuando por ella dejastes tus dioses, y vendiste á tu amado padre, y á todos tus parientes, mas soy cierto que presto te haré dejar el amor del cristiano, que tanto quieres, que ellos, y tu seréis quemados hoy en este día. Y ella dijo: por cierto, padre, tu no dices lo cierto, que nunca conocí hombre en esta parte antes me encaminó nuestro Señor Dios en el camino de la verdad, como á mi hermano Fierabras y este camino queria que tomases tú, porque tu alma no fuese perdida, y á esta causa he suplicado á los caballeros, que no te maten; mas si los persigues mas, no tendrá tu gente poder de librarte de sus manos, que Dios está con ellos, como lo puedes ver en el destrozo que en tu gente han hecho, no siendo mas de diez caballeros. Y de esto hubo tanto enojo el almirante Balán, que cayó en tierra amortecido. Sortibrán, y los otros caballeros trabajaron mucho en consolarlo; y tornando

en si el almirante Balán, dijo: ó Mahoma, como me has olvidado, y cuan poco es tu poder y el mio, que á diez solos caballeros no podemos resistir! Y Sortibrán le dijo: señor muy simplemente has hablado contra tu dios, tú no ves con cuanta abundancia nos da continuamente los bienes temporales? Y esto que ahora padeces, por tus pecados lo permite; mas pidele perdon, porque te sea favorable contra Carlo Magno: y trajéronle luego una imágen de oro fino y semejanza de Mahoma, en cuya cabeza estaba el diablo encantado, que hablaba, y respondia á todo lo que le preguntaba tres dias en la semana; y dijeron: señor, pide perdon á Mahoma tu dios que tienes delante, y el te ayudará en tus adversidades. Y puesto de rodillas, á ruego de los suyos, dijo: ó Mahoma, suplicote cuanto á mí es posible de suplicarte, que no mires á las feas palabras, que este atribulado viejo dijo contro tí pues están en propósito de hacer enmienda de sus pasados yerros. Yo haré acrecentar tu imágen con doscientas libras de oro fino, y serán todas tus mezquitas muy reparadas, porque con tu favor y ayuda tomes venganza de los cristianos enemigos. Y el demonio, que estaba en la imágen, le respondió: almirante Balán, tus yerros son perdonados, por el grandisimo arrepentimiento que de ellos tienes, y no menos porque se que erraste con sobrada angustia de corazon mas manda

apercibir tu gente, y dén otro combate á la torre, que sin duda serás señor de tus enemigos.

El almirante, hizo hacer grandes alegrías por todo el real, tañendo añafles, vocinas, y otros instrumentos, en señal de la victoria que esperaban; y apercibida su gente con esperanza de la victoria dieron el combate con tanto denuedo, que dieron con parte de la principal pared de la torre en el suelo. Entonces dijo Oger de Danois: señores forzado nos será buscar otra morada: salgamos pues á buscarla, que Dios es servido que dejemos esta, y vamos ya que mejor resistiremos á los golpes de nuestros enemigos que la caída de la torre: y si Dios es servido que perdamos las vidas en poder de aquestos infieles, tenga cada uno de nosotros modo de vengar su muerte, antes que la reciba. Salgámonos ya, pues que Dios nuestro Señor lo quiere, contra su voluntad no queremos hacer cosa; y con la fidelidad que siempre hemos tenido el uno al otro, acometamos á nuestros enemigos. Estando los caballeros apercibidos ya para salir, puesta Floripes á los pies de su muy amado Guy de Borgoña, con lágrimas, y sollozos le dijo: señor, por aquel Dios y Señor en quien crees, y confiesas ser uno, y trino, te ruego que sean tus hechos segun la generosidad de tu sangre; cata que la torre está abierta por muchas partes, y mis fuerzas son pequeñas, y la crueldad de mi padre muy grande; no creas que

menor venganza tome de mi, que tomara de ti, si en su poder te tuviese; y con gran razon, pues en tanto grado, por servirte, le he deservido. Y abrazándola el noble Guy de Borgoña la dijo: señora, no pienses que sea tan pequeño el amor que tengo, que no reciba mayor fatiga de tu pena, que de la mia misma, ya ves que la salida no se escusa, mas no será de manera que tú, ni tus damas quedeis desamparadas mientras que nosotros tuviéremos vida, ni nos apartemos de la torre mas de cuanto hagamos apartar los turcos, porque no acaben de derribarla; y si de ello eres servida, dos de nosotros quedarán en tu compañía, aunque yo en ninguna manera podré quedar. Viendo Floripes el amor de Guy de Borgoña, y su fidelidad, le dijo: señor tu te ofreces de dejar parte de tus compañeros en mi guarda; yo recibo mortal dolor en pensar que con tan poca compañía sales á dar la batalla á tanta multitud de turcos porende te suplico, que nos armes á mi y á mis damas y con sendas achas de armas, con solo el amparo de vosotros, iremos en guarda de tu persona. Oyendo Roldán las razones de Floripes, se puso á reir, y dijo á Guy de Borgoña: grande es el amor de esta dama; mas no sería honrosa ni provechosa su salida: porende señora te ruego que no te fatigues tanto; cesa ya de llorar, y ten esperanza en aquel verdadero Dios, y hombre que como nos ha sa-

cado de otros peligros, no nos olvidará ahora: y así se despidieron de ella, y de las damas, y salieron de la torre; y empezaron cruda batalla con sus enemigos, é hicieron tanto, que en poco rato los desviaron gran trecho de la torre, y á su salvo se volvieron á ella, y hallaron á Floripes y á sus damas armadas de todas armas, con sendas achas de armas en las manos, puestas donde estaba derribada la torre.

### CAPITULO LIII.

*Como los caballeros supieron la venida de Carlo Magno, y asimismo el almirante Balán, y como Ganalón fué enviado con embajada al almirante.*

Los caballeros pasaron aquella noche en gran placer hablando de Floripes, y de sus damas, que con varonil corazón se habian armado para defender la torre; y dijo Guy de Borgoña: señores, con mayor esfuerzo saldremos de aqui adelante á la batalla, pues que tales valedores tenemos para guardar la torre; y Oliveros dijo: señora, mañana saldremos á la batalla, si te parece saldrás con tus damas, y con nosotros, porque demos fin á estos descreidos; y no dudo que haga Guy de Borgoña cuanto quisiere, teniéndote en su compañía. Y ella dijo: cierto, señor Oliveros, haced vos con mi señor

Guy de Borgoña, que me deje salir con vosotros á la batalla, y vereis como á donde estuviere, no haré mengua á mi hermano Fierabrás, y de esto hubieron todos muy gran placer.

Venida la mañana, Ogér de Danois subió á la torre por ver el real de sus enemigos, y vió de muy lejos muchas banderas desplegadas, y mucha gente armada; y conoció eran de cristianos: bajó presto donde estaban sus compañeros, y les dijo: señores y leales amigos míos, y vosotras, señoras, pidoos por merced, que todos deis gracias á Dios que tan piadosamente se ha habido con nosotros, que muy gran compañía de cristianos muy bien armados, nos vienen ayudar, y en nuestro socorro. Y corriendo todos á abrazarle con muy gran placer, subieron prestamente á la torre, y Floripes y sus damas con ellos, y se les dobló el placer cuando conocieron el estandarte y las armas de Carlo Magno. Supo asimismo el almirante Balán, que estaba cerca de su real, y el rey Cosdro le aconsejó, que hiciese apercebir toda su gente, y antes que llegase á un valle por donde habian de pasar los cristianos, que les diesen batalla. Aprobó el almirante Balán su consejo por bueno, y mandó luego apercebir su gente, y apercebida, y encomendada á los capitanes hallaron ciento y ochenta mil hombres de pelea. El emperador Carlo Magno llegó aquel dia á la entrada del valle, y tomóle allí la noche, y se quedaron

sin tienda alguna que las habia dejado en Mantible; y venida la mañana, mandó el emperador armar toda su gente, y se hallaron cincuenta mil cristianos. Viendo Fierabrás toda la gente apercebida para dar batalla al almirante su padre, dijo al emperador Carlo Magno: Muy noble y poderoso señor, por los servicios que te entiendo de hacer, te suplico me otorgues una merced. Y Carlo Magno le dijo, que pidiese lo que quisiese, que ninguna cosa le seria negada. Y Fierabrás le dijo: Ya sabes, muy magnifico Señor, cuanto deben los hijos á sus padres. Aunque mi padre es turco, y yo cristiano, no por eso he perdido el amor que le debo; antes queria trabajar que dejase sus dioses y engañosos ídolos, y meterle en el verdadero camino de la salvacion; y sobre esto queria que le enviases de tu parte y mia un mensagero que le amonestase de ello, diciéndole, que si se vuelve cristiano le harás toda cortesia; y si no, que le tratarás como enemigo mortal, sin haber de él ni de los suyos piedad alguna. Y Carlo Magno le dijo: Mucho me place de esto, señor Fierabrás: vaya luego el mensagero que para ello os pareciere suficiente; y por el mucho amor que os tengo, quiero hacerle este partido: que de toda su tierra y hacienda no le tomaré nada solamente que de ellas pague un pequeño tributo; y Fierabrás le besó la mano por ello. Preguntó el emperador á sus consejeros quién les pa-

recia que se enviase al almirante Balán, y acordaron enviar á Ganalón, porque era muy sagaz y elocuente. Mandóle llamar Carlo Magno, y le dijo delante de Fierabrás, y de los otros caballeros: mi amigo Ganalón, nosotros os habemos escogido para que lleveis embajada al almirante Balán; y Ganalón le dijo que de grado lo haria. Direis al almirante, que se vuelva cristiano él, y toda su gente, y que me envíe mis caballeros: y si esto hace, no pasaremos delante, y le dejaré toda su tierra, pagando un muy pequeño tributo de ella: y si esto no hace, que sin ninguna piedad le perseguiremos hasta darle la muerte, ó echarle de todas sus tierras. Ganalón, armado de todas armas cabalgó en un poderoso caballo, y con una muy gruesa lanza en la mano, se fué para el real del almirante Balán, que estaba apercebido con toda su gente para dar batalla á Carlo Magno, y llegando Ganalón á las primeras guardas lo quisieron prender, y cuando supieron que era mensagero, le dejaron pasar. Llegado á la tienda del almirante Balán, dijo que era mensagero del emperador Carlo Magno, y traia embajada al almirante Balán; y sabiéndolo el almirante, salió de su tienda armado de todas armas, con una acha de armas en la mano, y le preguntó, que era lo que buscaba en su real. Y arrimado Ganalón á su lanza, sin hacerle mucho acatamiento le dijo: el muy poderoso, noble y temido emperador

Carlo Magno, y el valeroso caballero Fierabrás tu hijo, doléndose de la perdicion de tu alma, me enviaron á ti para que te dijese que dejases á tus dioses, Mahoma y Tavalgante, y los otros que te tienen engañado, y que recibas el bautismo, como hizo tu hijo, y creyeres en nuestro Señor Dios verdadero, hacedor del cielo y de la tierra: y que envíes al emperador Carlo Magno sus caballeros que tienes presos, y las santas reliquias que en tu poder tienes: y si esto haces, á ruego de tu hijo, es contento el emperador de dejarte todas tus tierras y riquezas, pagándole algun tributo por ellas; y si esto no haces, te hará morir á mala muerte, ó te echará vergonzosamente de toda vuestra tierra. Hubo tanto enojo el almirante Balán de esto, que por poco perdiera el seso; y con ira dijo á Ganalón, amenazándole con la acha que en las manos tenia: osadamente hiciste tu embajada, y me amenazaste en mi real: y porque eres enviado, no te mando dar el castigo que mereces; y puedes conocer el poco querer que el emperador tu señor contigo tiene en enviarte á donde licitamente se te puede dar la muerte: mas mira que no vuelves otra vez con tal embajada, si no tuvieres deseo de poco vivir. Y Ganalón le dijo: no creas, almirante Balán, que tan poco amor tengamos al emperador Carlo Magno, que por ningun peligro de este mundo dejemos de hacer su mandado; y mira que lo que te dije,

te importa mucho, y dame la respuesta que bien te pareciere, porque se detenga la gente que ya está puesta en orden, y muy deseosos de darte la batalla, no venga presto á dar fin á ti, y á tu gente. Viendo un caballero el enojo del almirante, dijo á Ganalón: porque otro no se atreva á hablar demasiado, es razon que tu seas castigado; y diciendo esto, alzó una maza de hierro con dos manos para herirle con ella, y Ganalón que lo vió, tomó presto su lanza, y le dió con ella en los pechos, que le pasó á la otra parte, y cayó muerto á los pies del almirante Balán, el cual dió muy grandes voces á su gente que prendiesen á Ganalón, y el se puso en huida por el camino por donde habia venido, y fué seguido de mas de veinte mil paganos: mas llevaba un caballo muy ligero, y no le pudieron alcanzar. Y el noble don Roldán, y los otros caballeros que estaban en la torre, lo vieron salir del real á rienda suelta, y conociendo que era cristiano, dijo el duque Naimés: este parece en sus armas á Ganalón, y habra venido con embajada al almirante Balán; plegue á nuestro señor Dios librarle de su peligro: y Ganalón corrió sin parar, hasta que subió una cuesta, no muy apartada del real y cuando se vió encima de la cuesta, se volvió á mirar los que le seguian, y vió un turco muy grande de cuerpo y armado de muy lucidas armas, y con el venia Tenebre, hermano del rey Sortibrán, y ve-

nian buen trecho delante de todos los otros, y con magnánimo corazón los esperó, y encontró el uno con la lanza de manera, que dió con él, y con su caballo en tierra; y volviéndose para el otro, le dió tan fuerte golpe en la cabeza con la espada, que le cortó el yelmo, y la cabeza hasta los ojos; y viéndole la gran multitud de enemigos que le seguian, volvió la rienda al caballo para donde estaban los demás cristianos esperándole. Todo esto vieron los de la torre, y fueron muy maravillados de ver hacer tales cosas á Ganalón: y siguiéronle los paganos hasta que vieron el ejército de Carlo Magno, que viéndole, dieron prestamente la vuelta y contaron al almirante, y el rey Sortibrán supo que su hermano era muerto, hizo gran llanto, amenazando á Carlo Magno, y á su gente, y de esto plugo al almirante, porque con mayor esfuerzo saliese á la batalla contra los cristianos.

### CAPITULO LIV.

*Como el emperador Carlo Magno hizo tres batallas de su gente, y como acometieron á todo el poder del almirante Balán, y de las grandes valentias que hizo el emperador.*

Llegado Ganalón delante de Carlo Magno le dijo: muy poderoso emperador, el almirante Balán no

quiere ser cristiano, ni quiere oír hablar de ello, ni tiene en nada tu poder, ni tu noble ejército: ya tiene apercebida toda su gente con deseo de darte batalla, y tuvo gran enojo de lo que le dije: un caballero de los suyos alzó una maza de hierro para darme con ella, delante de él le meti la lanza por los pechos, y di con él muerto á sus pies, y me siguieron diez mil de acaballo para prenderme, y á los dos que delante venian derribé en el suelo, y vine huyendo por escapar de los otros. Entonces mandó el emperador á Fierabrás, al duque Regnér, y á Ricarte de Normandía ordenasen sus batallas, y fué muy bien repartida la gente en tres batallas: la primera dió á Ricarte de Normandía, la segunda al duque Regnér; y la tercera guiaron él y Fierabrás, y puestos todos en orden, mandó tañer sus trompetas, y atabales, y hubieron de ello gran placer los caballeros de la torre, y sin salir de orden los cristianos marcharon hacia el real del almirante Balán. Cuando el rey Brulante, Sortibrán y Tenebre, que tenian cargo de guiar los ejércitos del almirante, supieron que el emperador Carlo Magno venia, ordenaron asimismo sus batallas, y pusieron su gente en ordenanza, y suplicó el rey Brulante al almirante que le dejase la primera batalla, y él se la dejó, y le dijo: si topares con Carlo Magno, ó en Fierabrás, no los mates, que quiero hacerles quemar con Floripes, y con los que

están en la torre. Estando ellos en esto vieron asomar al noble emperador con su gente, y Brulante les salió á recibir con cien mil paganos, y adelantándose gran trecho de su gente, á grandes voces empezó á decir: ó noble emperador Carlo Magno, á donde estás. Apártate de tu gente, como yo de la mia, y empecemos los dos viejos esta batalla; vente seguramente para mi. que mi gente no se moverá hasta que vean el fin de nuestra batalla; no serás digno de alabanza, sino participas de las afrentas que esperas, ni consientas que los mancebos ganen toda la honra, y mira que de tu misma gente serás temido en poco si de la gran batalla de un rey solo; te desvías y no menos viejo que tú. Oyendo Carlo Magno las voces del pagano, tomó luego una muy gruesa lanza para salir á la batalla; y viéndolo Fierabrás, saltó del caballo, y se puso de rodillas delante de él, suplicándole, que en ninguna manera saliese á la batalla, ofreciéndose salir á ella, diciéndole, que en su vida se encerraba la honra de toda su gente, y que á mas de eso, el pagano era muy buen caballero, y muy diestro en las armas; y lo mismo rogaron Ricarte de Normandía y el duque Regnér, y los otros caballeros, y él les dijo: señores, en mucha merced os tengo vuestra buena voluntad, mas no hallo razon alguna para dejar esta muy cruda batalla, que aunque uno de vosotros supla por mi

persona, no suplirá por mi honra: como tendrán los míos deseos de pelear, si ven que yo me aparto de la pelea? No solamente los caballeros han de ser diligentes en ordenar sus gentes, mas osados para llevar la delantera en los mayores peligros así propongo de comenzar esta batalla, porque vosotros con mayor esfuerzo, entreis en ella, y me parece que soy digno de reprehension, por detenerme tanto. Y mandó á su gente, que ninguno se atreviese á salir en su favor hasta ver el fin de la batalla, y salió al campo con el pagano que le estaba esperando y él le preguntó, si era el emperador Carlo Magno. Y despues fue cierto de ello; tomaron del campo á su placer, y se encontraron con toda la fuerza que los caballos podian llevar, y cayeron entrambos de sus caballos, sin que en ninguno se conociese ventaja, y con grande esfuerzo echaron mano á sus espadas, y se dieron tales golpes, que los mancebos que los miraban les tenían envidia. Viendo el emperador, que por la fuerza de las armas no se podian herir, y confiando en la mucha destreza que tenia en juego de lucha, queriéndole tirar el pagano un gran tajo, se metió con él, y dejó la espada, y le abrazó por el cuerpo, y dió con él en el suelo, y con el puñal le cortó los lazos del yelmo, y la cabeza y vuelto para los suyos, fue servido luego de caballo, y de lanza, y mandó que la gente fuese delante con buena orden, y lo mis-

mo hicieron los paganos; y llegados los unos con los otros, hubo tan gran matanza, que los muertos cerraban el paso á los vivos, é hizo Carlo Magno tales echos, que los suyos estaban admirados, y los enemigos atemorizados: y entre los turcos habia un rey llamado Tenebre, el cual hacia gran daño en los cristianos, y á muchos quitó la vida; y viéndole un caballero cristiano que se llamaba Juan de Pontoisa; fué para él con una lanza, y el pagano le esperó osadamente, y del encuentro cayó Juan de Pontoisa en el suelo, y luego fué muerto, y el pagano puso mano á la espada, y mató otro caballero anciano, que se llamaba Hageo de Guarnier, y andaba por el campo llamando á grandes voces al noble emperador Carlo Magno, y á Fierabras, amenazándolos de darles la muerte. Y oyendo esto Ricarte de Normandía, se fue para el, y le dió tan grande golpe con la espada, que el escudo le cortó en dos piezas y el pagano le dió tal golpe encima del yelmo; que le hizo caer de pechos sobre el arzon de la silla, y queriendole dar otro, tiró Ricarte de Normandía un revés con toda su uerza, que le cortó la mano derecha por la muñeca, y queriendo volver rienda para huir, Ricarte de Normandía le dió otro golpe encima del yelmo, y resbalando la espada, le cortó la cabeza al caballo, y luego un peon le cortó la cabeza al caballero, y de la otra parte estaba Carlo Magno, y

Fierabrás, haciendo tanta matanza en sus enemigos, que grandes arroyos de sangre corrian por el campo, y traian las armas todas ensangrentadas, y fué forzoso á los paganos retraerse hasta donde estaba el almirante en compañía de sus reyes, y de cien mil hombres, que no habian salido aun á la batalla y cuando supo que Brulante su querido hermano era muerto llorando, y mesando sus barbas, y cabellos, llamó un sobrino suyo, llamado Tempeste, y á Sortibrán de Coimbres su secretario, y les dijo estas razones: señores, y mis muy especiales amigos, sabed como mis dioses me son contrarios en todo, ya no sé si les faltó el poder, ó si acaso tienen hechas paces con los cristianos: yo veo muy cercana mi muerte; si me pudiese ver vengado solamente de Carlo Magno, alegremente la recibiria. Por tanto, pues, os ruego, y encargo que mireis con diligencia por el campo si lo podeis ver porque me pueda vengar en su persona: y ellos llorando amargamente de lástima, que de él tenian, le prometieron de hacerlo.

---

## CAPITULO LV.

*Como Sortibrán de Coimbres fuè muerto á manos del duque Regnér, y de las correrias que el almirante hizo contra los cristianos.*

Mandó el almirante Balán, que la gente que en su compañía habia quedado, fuese partida en dos escuadrones: y él, y Tempeste su sobrino guiaron el uno, y Sortibrán el otro, y tañendo añafles, y vocinas, puestos en buen orden; empezaron á dar cruda batalla á los cristianos. Y Sortibrán de Coimbre acometió con gran denuedo en la batalla al duque Regnér, y viendo cuan feroz andaba entre toda su gente, tomó una gruesa lanza á los suyos y con grande esfuerzo le salió al encuentro, y rompieron las lanzas en muchas piezas, y echaron prestamente mano á las espadas, y se dieron tan recios golpes, que en poco rato entrambos escudos cayeron en el suelo hechos pedazos, y dándose con las espadas, el duque Regnér le cortò las guardas de su espada, y la manopla, y los dedos de la mano, y le dió luego otro recio golpe encima del yelmo, que le derribò del caballo aturdido, y allí le acabaron los peones, y pasó el duque Regnér adelante derribando muchos de sus enemigos, así caballeros, como peones.

Cuando el almirante Balán supo que Sortibrán era muerto, como desesperado, y fuera de todo sentido, echando espuma por la boca, y grande abundancia de lágrimas por los ojos, decia: ó Sortibrán mi especial amigo, y leal secretario! Porque me dejaste en tiempo de tanta necesidad? Mas no me maravillo que me dejases, y huyeses de mi compañía, pues viste que mi hijo huyó de ella, y en compañía de mis enemigos me hace cruel guerra, y mi hija no solamente me aborrece, mas como mortal enemiga, en pago de mis beneficios, entregó mi fortaleza, y mi misma persona á mis enemigos, y lo mas que me aflige, que mis dioses, á quien tantos servicios he hecho, y he gastado tantos tesoros por honrarles son mis contrarios, y favorables á mis enemigos. Pues como podrás tu tener firmeza conmigo, pues no me tuvo lealtad mi propia sangre? Mas soy cierto, que si tu pudieras no me dejáras y me fueras mas leal que mis propios hijos, y por esto te seguiré luego por estar en tu compañía; y si algun tanto me detengo, no me culpes, que no será mi tardanza sino cuando venga tu muerte, y no creas que para ello me falten las fuerzas, que aunque la edad me las haya enflaquecido me las han acrecentado el dolor de tu muerte, y la ingratitud de mis hijos, y diciendo esto, pidió una gruesa lanza, y como un leon ambriente entró entre los cristianos, y encontró luego

un caballero con tanta fuerza, que con él, y con el caballo dió en el suelo: y encontró otro, y le sacó de la silla, y con el pedazo de la lanza encontró otro, que sin la lanza estaba, y le derribó, y echó mano à la espada, llamando á grandes voces al emperador Carlo Magno. O Carlo Magno, donde estás? Pues en la Turquía entraste en busca mia, porque huyes ahora demi? Solo por topar contigo, y vengarme en tu persona, entré en esta batalla; grande honra seria en tu imperial corona si con tus propias manos me dieses la muerte; y gran consuelo llevaria mi alma, si primero bañare mi espada en tu sangre. Vente, pues, para este viejo cano, que tantas veces has amenazado, no hayas piedad de quien de los tuyos no la tiene ni menos la tendrá de tí. Y diciendo esto y otras muchas cosas, se cubrió del escudo, y apretó la espada en el puño, y como desesperado se metió en los cristianos, y en poco tiempo derribó treinta caballeros, y atropelló mas de doscientos peones; y mirando su espada, y sus armas, que muy teñidas estaban en sangre de los cristianos, empezó de nuevo à llamar al emperador Carlo Magno, y despues que vio que no lo podia hallar, entró con gran matanza entre ellos. Todo esto estuvo mirando Fierabrás; y maravillado de las hazañas de su viejo padre estaba puesto en confusion; pesábale de la muerte de los cristianos, y le temblaban las carnes cuando pen-

saba de poner las manos en su padre; tenia verguenza, porque no servia lealmente à su señor el emperador Carlo Magno; y queriendo evitar el daño que el almirante hacia en los cristianos, y el amor de padrese volvia del camino; y cuando veía la muerte de los cristianos, de su misma lealtad era combatido; y el almirante jamás descansaba, derribando caballeros, y peones; y viendo un caballero, que se llamaba el conde Milón, armado de muy lucidas armas, y traía el yelmo muy dorado, y conociendo que era hombre principal, se fué para él con muy grande esfuerzo: y el conde Milón le esperó valerosamente, y se dieron muy grandes golpes, y el conde quebró su espada por junto à la empuñadura, y el almirante le dió à su salvo tan gran golpe, que le hizo doblar el cuerpo, y juntar la boca en las ancas del caballo, y le tomó en los brazos, y lo atravesó en el pescuezo del caballo, y dio vuelta para su gente, pensando que por el le haria algun partido el emperador Carlo Magno. Viendo esto Fierabrás, forzado de lealtad, y del mucho amor que ya con los cristianos tenia, arremetió à rienda suelta para quitarselo, y queriéndoselo estorbar Tempeste, Rubion, y otros caballeros. echo mano à la espada, y mató luego à Tempeste, y otros seis caballeros que venian con el almirante Balán, y se llegó à su padre, y le tomó el caballo sin hacerle mal alguno y el almirante le quiso

conocer en la cortesía, que con el usaba, como en el grandor del cuerpo, y le dijo: eres tu Fierabrás mi hijo? Y él le dijo que si entonces viendo el almirante que mató delante de sus ojos á Tempeste su sobrido, y los otros caballeros aunque quisiera vengarse, no tuvo mucho esfuerzo para herirle, ni aliento para hablarle, desmayado cayó sobre el arzon delantero, y se abrazó con él, por no caer del caballo, y un caballero cristiano le quiso herir, mas Fierabrás se puso delante y no lo consintió, y no se apartó de él hasta que tornó en sí; y cuando fué tornado en sí le dijo Fierabrás: cuanto bien me haria Dios, padre mio, si dejases los ídolos, y conocieses al verdadero Dios que te crió! Y el almirante dijo: mayor merced me hicieran mis dioses, si tu no nacieras: y viendo Fierabrás una multitud de turcos sobre el estandarte de Carlo Magno dejó el padre, y se fué para ellos con tal denuedo, que en poco rato los desbarató, y derribó.

### CAPITULO LVI.

*Como los diez caballeros salieron de la torre, y entraron en la batalla; y como el almirante fue preso.*

Era tanta la multitud de los paganos, que no se podia dar fin á la batalla, que continuamente venian gran cantidad de turcos de muchas partes:

viendo esto los diez caballeros que estaban en la torre, y que los que la guardaban eran idos á la batalla, salieron de ella, sin estorbo alguno de sus enemigos, tomaron sendos caballos de los que andaban sueltos por el campo, y caballeros en ellos, con las espadas en las manos se metieron en la batalla: y sabiéndolo el almirante, recogió gran parte de su gente, y los quiso atajar el camino, porque no se juntasen con los otros, y allí hubo muy cruda batalla, y fué tanta la matanza de los paganos, que todo el campo estaba cubierto de sangre y de cuerpos muertos. Sabiendo el almirante Balán que los diez caballeros se habian juntado con los otros, dijo: ahora es muy cierta la perdicion mia, y de mi gente, y apartado algun tanto de los suyos, decia: ó Mahoma engañador? en que te deservi, que tanta enemistad tienes conmigo? Porque me dijiste que ganaria la torre, y me prometiste el vencimiento de la batalla? Bastabate engañarme una vez, y no tantas; y si de mi tienes enojo, por que consentiste que lo pagasen mis inocentes caballeros? Vuélvete, pues, si algun poder tiene tu ira sobre mí, y no consientas que pague tanta gente los yerros que yo cometi. Diciendo esto, y otras razones de grande lastima fueron los suyos desbaratados de tal suerte, que el que mas huia, pensaba que mejor echo hacia. Mas no por eso quiso el almirante volver la cara á sus enemigos, antes los es-

peró con grandísimo corazón, y pensando dar á un caballero con la espada en la cabeza, cortó todo el cuello del caballo; y viéndose el caballero á pié, mató allí mismo el caballo del almirante, y fue luego conocido, y á ruegos de Fierabrás no lo mató mas sin hacerle mal alguno, le llevaron delante de Carlo Magno, el cual estaba en grande placer con sus caballeros, y ellos estaban contando de las desdichas que les habían acaecido, y lo que pasaron en la torre, y los beneficios que de Floripes habían recibido.

### CAPITULO LVII.

*Como el almirante Balán, por ruegos ni por amenazas, nunca quiso ser cristiano. y como Floripes fue bautizada. y casada con Guy de Borgonia, y fueron coronados reyes de toda aquella tierra.*

Llegado el almirante Balán á Carlo Magno, fué de él muy bien recibido, y le mostró mucho amor, pensando que se tornaria cristiano; y el emperador fué con sus caballeros á la torre donde estaba Floripes con sus damas; y como ella supo su venida, se vistió de los mejores vestidos que tenia con muchísimas joyas de muy grande valor, asimismo sus damas, y le salieron á recibir á la puerta de la tor-

re, y le besaron la mano, y el besó á Floripes en el carrillo, y fue muy maravillado, así de su hermosura, como de las riquezas de los vestidos, y se estuvieron allí en grande placer hasta otro dia. Venida la mañana, mandó Carlo Magno llamar á Fierabrás, que hablásemos con el almirante vuestro padre: para que queriendo ser cristiano, se le hiciese por vuestro amor mucha honra y Fierabrás le suplicó, que se lo dijese él mismo. Mandóle llamar el emperador, y venido el almirante le dijo, señor almirante, todas las criaturas racionales deben dar singular honra, y alabanza á aquel que les dió el ser, conocimiento, y vida; y en justa cosa que se dé toda honra, y reverencia al que hizo el cielo, y la tierra, y todo lo que en ellos está, que es superior á todas las cosas criadas; y caen en muy grande simpleza los que ponen su esperanza en las cosas que ellos hacen por sus manos, echas de materia insensible por lo cual te ruego, que por la salud de tu alma, quieres dejar tus engañosos dioses ó ídolos, y creas en la Santísima Trinidad, Padre, Hijo, y Espiritu Santo, y que recibas el santo bautismo, como ha hecho tu hijo Fierabrás: y si esto haces, allende de salvar tu alma, librarás tu cuerpo de muerte, y no perderas tus tierras ni tu hacienda, que por amor de tu hijo te hago merced de todas ellas. Y el almirante le respondió, que en ninguna manera tal cosa haria, Oyendo esto

Carlo Magno sacó su espada, dijole: si no fuera por amor de tu hijo Fierabras, tu respuesta y tus dias se acabaran en un punto mas si no te bautizas yo te mandaré matar. Y el almirante le dijo: Carlo Magno, no manda eso la ley de Jesucristo tu Dios, que á nadie hicieses fuerza en tal cosa: que la verdadera creencia del corazon á de proceder: por tanto, no procures de hacerme consentir lo que no creo, y viendo esto Fierabras se puso de rodillas delante de su padre, y le rogó que hiciese lo que el emperador le decia. El almirante hubo miedo de morir, y dijo, que le placia y Carlo Magno y todos sus caballeros hubieron grande placer de ello, y fueron aparejadas las cosas para ello necesarias, muy cumplidamente, y con mucha honra, y estando ya el almirante sobre la pila donde habia de ser bautizado, le dijo un arzobispo: señor almirante, negais de puro corazon todos vuestros idolos, que tanto tiempo os han traído engañado, y creed en nuestro Redentor Jesucristo, el cual nació de la virgen santa Maria, señora nuestra, siendo virgen antes del parto en el parto, y despues del parto? Entónces el almirante, temblando como azogado de muy grande enojo, y la cara encendida como desesperado, dijo que no; y escupió en la pila, en menosprecio del santo bautismo y alzó la mano, y dió al arzobispo en la cara, y le hizo salir la sangre por la boca, y por las narices, y le tomó

por los cabellos, y le ahogara en la pila, sino se lo quitaran; y de esto fueron todos maravillados, y si no fuera por Fierabras le mataran subitamente. Viendo esto Carlo Magno, mandó llamar á Fierabras y le dijo: bien habeis visto lo que hizo vuestro padre, y no fué tan liviano su yerro, que no mereciese cruel muerte por ello: mas por vuestro amor no se le ha hecho mal alguno: por tanto, ved que quereis que se haga de él, que entre nosotros no es de consentir tal hombre. Y Fierabras le suplicó, que por aquel dia, y aquella noche siguiente hubiese paciencia, y si á otro dia no se bautizaba, que hiciese de él lo que bien estuviese: y Carlo Magno fué contento de ello, y estuvo Fierabras todo aquel dia; y aquella noche rogando á su padre, que quisiese ser cristiano, mas no quiso venir en ello, y venida la mañana, se lo rogó el emperador Carlo Magno nuevamente, mas ninguna cosa aprovechó. Viendo Floripes, dijo á Carlo Magno: señor, para que gastais tanto tiempo con el almirante que jamas será buen cristiano? Mandale matar, y será sacarle de pena, y á tí de enojo. Y Fierabras le respondió: en esto veo mi buena hermana, la poca virtud de las mugeres que por cumplir sus deseos, ninguna cosa dejaron de hacer: por traer efectos tus carnales placeres con Guy de Borgoña, vendiste á tu padre, y á todo tu linage, y fuiste causa de la muerte de mas de cien mil hombres; y no con-

tenta con esto, despues de vencido el cuerpo, quierres que se pierda el alma, rogando que le maten sin recibir al bautismo. Y ella dijo: no creas hermano, que no me pese de la muerte de mi padre, y de la perdicion de su alma: mas se de cierto que aunque por vuestros ruegos, é importunaciones reciba el santo bautismo; que jamas sera buen cristiano Y vuelto Fierabras á su padre, le dijo: suplicote, padre mio que creas en Dios todopoderoso, que hizo el cielo, y la tierra, y te hizo á su semejanza y en Jesucristo su hijo, que murió en el árbol de la cruz, porque nuestras almas no fuesen perdidas. Y él dijo, que de ninguna manera tal cosa haria, y que no le hablasen mas de ello, que mas queria morir; y Fierabras dijo á Carlo Magno, que hiciese de él lo que le estoviese bien, y mandò que se lo quitasen de delante y los peones lo llevaron al campo, y le mataron y Floripes hizo llamar los caballeros que habian estado en la torre, y les dijo, que les rogaba que cumpliesen lo que habian prometido; y Roldán le dijo, que tenia razon, y dijo á Guy de Borgoña: señor, primero será bien que ordenemos, que Floripes reciba el santo bautismo, y despues entenderémos en vuestros desposorios, y bodas; y Guy de Borgoña dijo que le placia y se lo dijeron al emperador, y mandó al arzobispo, que hiciese aparejar las cosas necesarias; lo cual fue hecho con puntualidad, y la bantizó, sin mu-

darle el nombre tampoco, como á su hermano Fierabras, y fueron padrinos Carlo Magno el duque Regnér, y Tietri, duque de Dardania y luego fueron desposados, y otro dia se velaron, y fueron hechas las bodas, segun á tales señores pertenecia. Envió Carlo Magno en todas las provincias del almirante á amonestar las gentes, que deixasen los idolos y creyesen en la fé de Cristo, y recibiesen el santo bautismo, prometiéndoles hacer muchas mercedes; y sino que les haria morir á mala muerte, ó los cautivaria. En poco tiempo fueren todos bautizados, y dió el noble Carlo Magno una parte de las tierras del almirante á Fierabras, y la otra parte dió á Guy de Borgoña, y á su muger, y con la corona del almirante los coronó por reyes de aquella tierra, con que la tuviesen por él; y en su nombre; y estuvo Carlo Magno en aquella tierra dos meses en gran placer, hasta dejarla toda quieta y pacífica.

### CAPITULO LVIII

*Como Floripes dió las santas reliquias á Carlo Magno, y como hizo Dios un grande milagro delante de todo el pueblo.*

Carlo Magno cuando vió toda la tierra pacífica y que los turcos de su grado se habian vuelto cristianos, propuso de volverse para Francia, y llamó á

Floripes, y la dijo: hija, yo me quiero volver para mi tierra, y tengo tan gran deseo de ver las reliquias que vos tenéis, y las quiero llevar á tierra de cristianos, porq' e sean mas bien guardadas, y veneradas, y vos quedareis en esta tierra con vuestro marido Guy de Borgoña y con vuestro hermano Fierabrás. Ella le demandò perdon, porque antes no se las habia enseñado, y entrò por el cofre, y se lo trajo, y queriendoselo dar, quedó el cofre en el aire entre las manos del emperador, y las de Floripes, y fué causa de desarraigar alguna incredulidad, que en su corazón habia quedado; y el emperador, y los otros caballeros, puestos de rodillas, y llorando con mucha contrición de sus pecados dieron infinitas gracias á nuestro Señor por las mercedes que les hacia; y el arzobispo tomó el cofre, y dijo: Verdaderamente estas son las santas reliquias, que tanto tiempo habemos buscado; y las sacó de una en una, y las mostró á los que presentes estaban, y salió muy suave olor de ellas, y fué Floripes muy maravillada de ello, de que quantas veces las habia sacado, nunca habia sentido aquel olor hasta entonces, y esto causó la gran virtud del santo bautismo, y fué de allí adelante muy constante, y firme en la fé de Cristo, y asimismo Fierabrás su hermano, y estando Carlo Magno de rodillas delante las santas reliquias, dijo todopoderoso Dios, que me disteis victoria contra mis

enemigos, y me disteis gracia que hallase tus santas reliquias, y las sacase del poder de los infieles: á tí doy gracias, é infinitos loores, y te suplicó, que por tu santísima piedad me des gracia que las pueda llevar á Francia, y me quieres enseñar el lugar donde eres servido que esten; y el arzobispo los bendijo á todos con las santas reliquias, y queriendolas volver al cofre, vió el emperador que estaban en un viejo cendal colorado envueltas, é hizo traer un paño de brocado, en que se envolvieron, y el cendal dobló muy bien, y se lo metió en el seno. Puestas las santas reliquias en el cofre, dijo Carlo Magno á Guy de Borgoña, y á Fierabrás: hijos, y muy nobles caballeros, yo os ruego que tengais vuestras tierras en mucha paz y hagais justicia, asi á los menores, como á los grandes, y que tengais vuestras fortalezas guarnecidas de pertrechos, porque os podais resistir algunos dias, si los turcos viniesen sobre ellas; y no fatigéis ni maltrateis vuestros vasallos, antes siempre procurad de ser bien vistos de ellos, y serán las principales fuerzas de vuestras tierras. Que mandéis asi mismo hacer iglesias, donde se celebren los officios divinos, y se sirva, y alabe á aquel verdadero Dios, y Señor, que tantas mercedes nos ha hecho; y mandareis guardar vuestras fronteras, porque si alguna mudanza hubiere en vuestros vecinos, esteis apercebidos para guardar vuestras tierras

Habeis, asimismo de hacer instruir vuestros vasallos en la fe de Jesucristo, y tendreis buenos predicadores, y hombres de buena vida, para que los enseñen. Procurad asimismo desechar toda la heregia, y castigad por justicia á los que erraren. Y porque tengan temor vuestros vasallos, y los tengais mas sujetos, os quiero dejar quince mil hombres de pelea, los cuales os encomiendo que sean muy bien tratados. Dicho esto, se despidió de ellos y le besaron la mano, y asimismo Floripes, y sus damas; è hizo Floripes tan gran llanto al despedirse de Roldán, y de Oliveros, y de los que en la torre habian estado cercados: que no podia Carlo Magno, ni Guy de Borgoña su marido, consolarla; y hañada en lágrimas, y sollozos, que la querian ahogar, dijo al emperador, que no recibió tanta pena en la torre cercada de sus enemigos, quanto sentia en apartarse de ellos; y viendo que no se escusaba la partida, con infinitos suspiros y lágrimas, abrazádoles uno á uuo, se despidió de ellos; y queriéndose despedir Roldán de su primo Guy de Borgoña, se le puso un ñudo en la garganta, que una sola palabra no le dejó hablar; y Guy de Borgoña con mas lágrimas que razones, le dijo: á gran dicha tendria, señor que otro recibiese las mercedes del emperador Carlo Magno, y se quedase con todas as tierras del almirante, porque no me apartase yo de vuestra compañía. Y Roldán esforzándose

cuanto pudo, le dijo: gran pesar siento en la partida, mas no se pueda escusar. pues Carlo Magno lo ha así ordenado. De la despedida de Oliveros, y de Fierabrás, no escribo por no ser causa de dolor á los que lo leyeren. mas pesó tanto al noble Fierabrás, que puesto de rodillas delante del emperador, le suplicó, que no le dejase apartar de su compañía, diciendo, que le estimaba mas, que ser señor de gran parte del mundo: mas no consintió Carlo Magno que se hiciese otra cosa, sino como él lo habia ordenado, y mandò luego tañer las trompetas: y poner la gente en orden para la partida; è yendo su camino adelante, se le cayó el cenital que traia en el seno en que habian estado envueltas las santas reliquias, y lo vieron los suyos en el aire, sin llegar al suelo, ni á ninguna partes y fueron corriendo á decirlo al emperador, que delante iba, y volvió luego el arzobispo, y le pusieron en el cofre de las reliquias con mucha reverencia.

### CAPITULO LIX.

*Como el apostol Santiago se apareció á Carlo Magno, y como fue guiado de cierta estrella hasta Galicia*

El noble emperador Carlo Magno despues de muchos trabajos recibidos por ensalzar la fé cris-

tiana, y despues de haber ganado muchas provincias de paganos, propuso de no seguir y alas guerras, y de apartarse á tener vida contemplativa, dando infinitas gracias á Dios. y alabanzas á su Criador. que tantas mercedes le habia hecho en la sujecion. y vencimiento de sus enemigos. Y estando una noche mirando al cielo, que estaba muy estrellado, vió una estrella en grande concierto puestas, señalando de si mismas un camino. y empezaban aquel concierto de estrellas desde la mar de Frisa, y pasaba por Alemania á Italia, y entre Francia, y Aquitania pasaba por Gascuña á tierra de Bascos. y Navarra, las cuales provincias con grandes trabajos. y continuas guerras él habia atraído á la fé de Jesucristo: y seguia aquel concierto de estrellas hasta Galicia, donde estaba el cuerpo de Santiago, y no se sabia aun lugar cierto, y miraba cada noche aquellas estrellas. y maravillado de ellas, decia entre si, que aquello no era sin grande misterio: y despues de haberlo mirado muchas veces, con gran deseo de saber que podia significar aquel concierto de estrellas, se puso en oracion, y rogó á Dios, que por santa piedad le hiciese sabedor de ello. Estando una noche en este pensamiento, vió á deshora sobre su cama un hombre muy hermoso, y de gentil presencia, y el emperador Carlo Magno se quiso levantar para hacerle acatamiento él le dijo, que se estuviese quieto, y preguntóle,

queera lo que tanto deseaba saber: y el emperador le dijo, que deseaba mucho saber, que significa aquel concierto de estrellas, que naevamente parecia ser en el cielo; y el dijo: sepas Carlo Magno, que yo soy Santiago, apóstol de nuestro señor Jesucristo, hijo del Zebedeo, hermano de san Juan Evangelista, y enviado para decirte, que aquellas estrellas puestas en aquel concierto te serán guia para llevarte á Galicia, al lugar donde está mi cuerpo en poder de paganos, y es voluntad de Dios, que ganes aquella tierra, y la convertirás á su santísima fé. y creencia; y despues de ganada harás un templo en mi nombre, donde vendrán de todas las partes de la cristiandad á ganar grandes indulgencias, remisiones de pecados, y esto durará hasta la fin del mundo. En esta manera que digo apareció Santiago tres veces al emperador Carlo Magno, y dende á poco tiempo allego cincuenta mil hombres de pelea, y con ellos empezó á seguir el camino que le enseñaban las estrellas; y pasó toda Francia, y Gascuña, y el primer lugar que se le reveló, fué la ciudad de Pamplona, que era muy fuerte, y bien abastecida de todos pertrechos y habia en ella grande número de turcos, que salian muchas veces á escaramucear con los del real, y estuvo tres meses sobre ella, sin hacerle mucho daño, que estaba muy cercada. Viendo Carlo Magno las grandes fuerzas de la ciudad, y que no la podia tomar, sino por gran discurso de tiempo no supo que

remedio tomase, salvo encomendarse á Dios, y al señor Santiago, por cuyo mandado se pusieron en aquel camino, diciendo de esta manera: señor Dios mio, Criador y Redentor, pues por tu mandado vino á esta tierra para que fuese ensalzada tu santísima fe: y tú señor Santiago que fuiste medianero para que me fuese dado este cargo, os suplico humildemente que me sea dada gracia, y poder para ganar esta ciudad, y que pueda traer este pueblo á verdadera carrera de salvacion, y desviarlos de sus grandes errores. Y diciendo esto Carlo Magno estaba de rodillas delante de un devoto crucifijo, que continuamente consigo traia, y antes que se levantasen le dijeron como gran parte de la cerca de la ciudad se habia caido; y conociendo que convenia por gracia de Dios le dió infinitas gracias por ello y mandó poner su gente en ordenanza, y entró en la ciudad. Viendo los paganos que la cerca se habia caido sin apremio alguno, fueron muy espantados, y muchos de ellos se salieron por una puerta falsa, y así desampararon la ciudad, y entrando Carlo Magno en ella, mandó que á los que quisiesen ser cristianos, no hiciesen mal alguno y que los otros muriesen á la espada: y viendo los paganos el grande milagro, que Dios mostró sobre la cerca, la mayor parte de ellos se convirtieron á Dios, y pidieron el bautismo, y lo mismo hicieron las comunidades del rededor; y Carlo Magno

mandó edificar iglesias, y monasterios, y darles rentas cumplidamente, para que fuese servido y alabado. Despues siguió su camino, hasta que entró en Galicia, y en muy poco tiempo la señoreó toda, honrando siempre mucho á los que se volvian cristianos, y matando á los que de ello se desviaban. Seguiale siempre de continuo el arzobispo Turpin, y por su propia mano bautizaba, y doctrinaba á todos los que demandaban el santo bautismo; y llegó hasta Finibus Terræ, que entonces se llamaba Patronum, y allí incó la lanza en tierra, y puesto de rodillas, dió infinitas gracias á Dios nuestro señor, y al bienaventurado Santiago, por tan grandes mercedes como de él habia recibido en haberle dado poder para sujetar tantos pueblos, y tanta tierra, y tan fuerte en tan poco tiempo. Conquistó en Galicia, y en todas sus comarcas, diez y seis lugares, y villas, todas muy fortísimas entre las cuales ganó una muy bien portecuada, que se llamaba Betrosá, en donde se hallaban minas de plata, y otra, que se decia Centiva donde se halló el cuerpo de san Torqueste, que fué discípulo de Santiago, en cuya sepultura habia un pie de olivo, que cada año un dia del mes de mayo producía flores, y fruto muy abundantemente. Redujo asimismo á la fé de Cristo muchos pueblos en el reino de Portugal, algunos por fuerza de armas, y otros, que por tantas virtudes y buenas costum-

bres, que de él oían decir, espontaneamente se le entregaban. Puso su real sobre una ciudad, que se decia Lucerna, la cual estaba en un fructífero y deleitoso valle que se decia Valverde, y estuvo sobre ella quatro meses, y viendo que no lo podia ganar, antes siempre perdia de su gente, y que en toda aquella provincia no habia otra ciudad fuerte que rebeldé le fuese, púsose en oracion, y rogando á Dios, y á su bendita Madre, que le diese gracia para ganarla, y reducirla á su santísima ley, porque no maltratasen los pueblos cristianos, que con ella confinaban. Y Dios por su santa misericordia, y piedad oyó su oracion, y delante de sus ojos se cayó gran parte de la cerca, y hubo muy grande mortandad á la entrada, así de una parte como de otra, mas finalmente la señorcó, y no halló en toda la ciudad una sola persona que quisiese conócer á Dios, ni recibir el santo bautismo, y mandóles matar á todos, salvo los niños inocentes: los cuales mandó sacar de la ciudad, y los mandó llevar á los lugares de los cristianos, para que fuesen bautizados, y saliendo de la ciudad con toda su gente, la maldijo, y á vista de los que con él estaban se hundió, é hizo un lago, donde despues se hallaban peces negros como carbon, y maldijo quatro lugares, donde despues nunca habitó persona alguna.

## CAPITULO LX.

*Que habla de un grandisimo idolo, que fuese hallado en una ciudad*

Trabajando Carlo Magno de continuo en la destruccion de la heregia, y encaminar las gentes en el verdadero camino de la salvacion de sus almas, y queriéndose ocupar en hacer edificar un templo á honra, y nombre del glorioso y bienaventurado apóstol señor Santiago le dijeron como en las partes de Andalucia, en una ciudad nombrada Salscadis en lengua arabiga, que quiere decir en nuestra lengua, el lugar del grande Dios, habia un idolo por sutil arte hecho, y por arte mágica ordenado, y decíase, que Mahoma le hizo por sus manos mismas, y habia encerrado en él, por arte mágica, una legion de diablos para guardarlo; y porque el pueblo diese mas crédito á sus engaños, lo guardaban los diablos con tanta diligencia que ningun cristiano no era osado á acercarse en el término de media legua, y si por acaso alguna vez ponía en él, luego caía muerta, y cuando los paganos le iban á adorar, les hablaba, y respondía á todo lo que le preguntaban; por esto ninguno osaba hurtar ni robar, y se guardaban de hacer otros muchos males, temiendo que el idolo los descubriese,

y por esto lo tenia aquel pueblo por verdadero Dios, y sabedor de todas las cosas y era de cristal fino, tan grande como un hombre: estaba puesto encima de una piedra de jaspe maravillosamente labrada, tan alta que á la vez se podia divisar, y era la piedra en que estaba de ocho esquinas, y hecha por manos de grandes maestros, y muy gruesa por el pie, y delgada por arriba; y estaba el dolo vuelto hácia el mediodia, y tenia en la mano derecha una llave, y en la otra un dardo; y sabian los paganos por grande antigüedad, que cuando el ídolo dejase caer la llave que tenia en la mano, serian destruidos, y echados de sus tierras. Y como supieron que el emperador Carlo Magno les venia á dar guerra, juntaron muy grande multitud de gente, y bien apercebidos, y puestos en ordenanza, le salieron á esperar en el campo: y estando en esto, dejó el ídolo caer la llave que en la mano tenia; y ellos cuando esto vieron, atemorizados teniendo su perdicion por muy cierta, enterraron todos sus tesoros, y riquezas de valor, y se fueron huyendo, desamparando la ciudad, y dejando el ídolo: llegando el emperador Carlo Magno, entró en la ciudad sin resistencia alguna, y mandó derribar la piedra, y el ídolo, é hizo poblar la ciudad de cristianos.

## CAPITULO LXI.

*Como el emperador Carlo Magno mandó edificar la iglesia del señor Santiago en Galicia.*

Despues que el emperador Carlo Magno hubo ganado aquella ciudad, y hubo destruido las heregias, y derribado aquel ídolo, que tantos pueblos traia engañados, se volvió para Galicia, y allí hizo fundar una hermosa iglesia, en honra y alabanza del bienaventurado apóstol Santiago, y distribuyó gran parte de sus riquezas á los pobres, y tambien hizo grandes mercedes á los nuevamente convertidos, y estuvo en aquella provincia tres años: y viendo que la tierra estaba pacifica, y las heregias del todo destruidas, se volvió para Francia, y llegando á Tolosa; mandó edificar otra iglesia, en honra y alabanza del apóstol Santiago, y la abasteció de hermosas campanas, y cálices de oro, y de capas riquisimas, y todas las otras cosas necesarias, y dió gran renta. Hizo asimismo un muy rico hospital, y le dió gran renta; y á mas de estas iglesias y otros hospitales, y monasterios, que fundó de sus propias rentas, fundó las iglesias siguientes: primeramente en Aquisgrán de Alemania mandó hacer una devota iglesia de nuestra Señora, muy hermosa, y muy rica. En Viterbo, en tierra de

Roma, mandó fundar una devota iglesia en nombre del señor Santiago, y le dió gran renta. En Gasuña mandó hacer otra iglesia tambien al apostol Santiago, muy devota, y asimismo le dió gran renta. En París mandó hacer otra iglesia al señor Santiago, entre la Sena, y el monte de los mártires; y no escribo de las iglesias pobres que reparó, ni los devotos monasterios y hospitales que fundó.

### CAPITULO LXII.

*Como un rey de Turquia pasó la mar con gran poder, y tomó ciertos lugares de cristianos, y como Carlo Magno los volvió á ganar.*

Carlo Magno despues que fué vuelto para Francia, estuvo algún tiempo sin guerra, mas no por eso estaba una hora ocioso, antes mandaba visitar muy á menudo las ciudades, y villas de sus reinos, para saber si eran regidos con justicia, y si los grandes agraviaban los menores: visitaba asimismo todas las iglesias pobres y los monasterios, y hospitales, y los mandó reparar, y proveer de todo lo que le era necesario. Estando en este ejercicio, un rey moro llamado Aigolante, vino de Africa con cien mil hombres de pelea en tierra de cristianos, y tomó muchos lugares, y mató muchos cristianos, y venido esto á noticia de Carlo Magno, doliéndose

mucho de ello, mandó allegar cincuenta mil hombres de pelea, y despues de bien armados, y apercebidos, se puso en camino en busca del rey Aigolante, y llegados dos leguas de donde estaba, y certificado Aigolante de su venida, le envió sus embajadores diciéndole, que el habia pensado de que manera no muriese mucha gente en la guerra, que con elesperaba de haber y era esto. Qué le enviase veinte de sus caballeros, y que peleasen con ellos, que él daria otros veinte ó cincuenta, ó cien, ó mil contra mil, y que no se moviese ninguno hasta que los unos, ú los otros fuesen vencidos. Carlo Magno no queria consentir en ello, mas sus caballeros se lo rogaron mucho y lo hubo de hacer, y mandó apercebir cien caballeros, y fué ordenado el campo entre el real de los cristianos y de los moros. Venido el dia, duró la batalla desde la mañana hasta la tarde, y de los caballeros moros no quedó mas de uno, y otro dia por la mañana envió Aigolante doscientos caballeros muy bien armados; y Carlo Magno envió otros doscientos, y plugó á Dios que la mayor parte de sus enemigos fuesen muertos, y los otros malamente heridos; y Aigolante envió á rogar al emperador, que enviase mil caballeros contra otros mil suyos, y luego fueron puestos en orden mil caballeros cristianos, y Aigolante hizo escoger entre todos los de su real mil caballeros turcos; y puestos en camino, empe-

zaron muy cruda batalla, más finalmente murió la mayor parte de los turcos, y los otros volvieron rienda para su real, y los cristianos los siguieron hasta que entraron los suyos, y se movió todo el real contra ellos; mas Aigolante los hizo muy presuntamente volver, y pasaron tres días sin que ninguno de ellos se moviese. En estos tres días hizo Aigolante hacer grandes esperiencias á ciertos astrólogos que tenía, y le digeron, que si el emperador Carlo Magno prosiguiese por entónces la guerra, que perderia gran parte de su gente; y entónces envió á decir á Carlo Magno, que saliese al campo con toda su gente que él saldria con la suya, y Carlo Magno fué muy contento de ello, y mandó apereibir toda su gente, y ordenar su batalla; estando los cristianos en un campo llano hincaron sus lanzas en el suelo, y venida la noche las dejaron estar asi hincadas hasta el otro día de mañana, y mostró nuestro señor un grande milagro, que las lanzas de todos aquellos que murieron en aquella batalla, se hallaron verdes, y floridas, con cortezas, y raices, y en aquel mismo lugar están los cuerpos de los bienaventurados mártires san Facando y san Primitivo en una ciudad que el emperador Carlo Magno mandó edificar, y poblar de cristianos, en honra de aquellos cuerpos, y en memoria de tan grande milagro, y cada uno tornó su lanza para salir á la batalla, y los que las hallaron verdes,

las cortaron hasta el suelo y las repararon para poder servirse de ellas, sin saber lo que aquello significaba, aunque veian que era grande milagro, y no lo supo ninguno, salvo el emperador, á quien plugó á Dios fuese revelado. Y puesta la gente en ordenanza, y ordenada la batalla, de la una parte, y de la otra, se comenzó muy cruda batalla, y murieron en ella trescientos caballeros cristianos hombres principales, sin los otros, y sin el personage; entre los cuales murió el duque Milón, padre del noble caballero don Roldán y mataron el caballo á Carlo Magno, y peleó á pie gran parte del día; é hizo grandes proezas; y ya que llevaban los paganos lo mejor de la batalla, los caballos de los cristianos muertos entraron en la batalla, y pelearon con tan concierto como si en ellos hubiera entendimiento; y venida la noche hubieron por bien de dejar la batalla, asi los unos como los otros, y plugó á Dios nuestro Señor, que el día siguiente, aperebiéndose los unos, y los otros para la batalla, llegaron al real de Carlo Magno cuatro marqueses de las partes de Italia, cada uno con cuatro mil hombres de pelea, muy bien armados; y sabiendo esto Aigolante, empezó á huir secretamente hácia el mar, y los cristianos los siguieron, y los tomaron todo el fardaje, y las riquezas que traian, y el emperador Carlo Magno lo dió todo á los caballeros que lo vinieron á ayudar, y otro día se despidieron

de él, y el emperador, se volvió para Francia, y estuvo siete años sin guerra alguna, viviendo en vida contemplativa.

### CAPITULO LXIII

*Como Aigolante volvió y envió á Carlo Magno que le quisiese hablar; y como Carlo Magno en hábito de mensagero fue á hablarle.*

Como arriba dije, cuando Aigolante vió el socorro, que de Italia habia venido á Carlo Magno se volvió para su tierra; cuando supo que el emperador se habia retraido á vida contemplativa, y que no curaba ya de guerra, pensó en sí, que entonces tendria buen aparejo para hacer guerra á los cristianos, y tomarles sus tierras. Convocó en su compañía nueve reyes paganos, y cada uno con toda la gente que pudo allegar, la vino á favorecer, y se hallaron en su servicio doscientos mil hombres de pelea, aunque habia muchos desarmados, y no diestros en las armas. Y con esta gente pasó á Gascuña, y tomó luego una ciudad, que se decia Agentes, y allí hizo su asiento, y deseaba mucho conocer de vista al emperador Carlo Magno, por ver su fisonomia, que por el valor de su persona ya lo conocia; esto decia por conocerlo en las batallas: así se movió la mucha diligencia que puso Carlo

Magno en juntar gente, cuando supo que habia aportado á Gascuña, no huyendo del gran trabajo de las guerras, ni curando del descanso, aunque su edad ya lo pedia, y por esto deseaba conocerle; y como supo que con muy lucida gente le venia á dar batalla, le envió tres drómenarios cargados de oro y plata labrada, y piedras de grandísimo valor, y le envió á rogar que quisiese ir á cierto lugar con poca gente, que el iria asimismo con algunos de los suyos para hablarle, y que darían alguna orden á sus guerras ó á sus paces, porque diese algun descanso á sus fatigados miembros, y pudiese seguir la vida contemplativa, pues que de eso era Dios servido mas que de las guerras. El emperador recibió muy bien á los mensageros, y dijo que le placia, y mandó luego apercebir dos mil caballeros y con ellos fué hasta un monte no lejos de la ciudad donde estaba Aigolante, y dejando las armas se puso en hábito de correo, y con tan solamente un caballero vestido de la misma manera, y sin armas, se fué para el rey Aigolante; y llegados á la puerta de la ciudad, fueron conducidos á Aigolante en son de presos, y Carlo Magno le dijo: El muy noble emperador mi señor me envia á hacerte saber, que en la parte que tu le enviaste á decir, te está esperando con tan solamente cincuenta hombres, y cuando quisieres podrás ir á hablar con él. Y Aigolante le dijo, que se volviese, que muy presta-

mente seria con él. Y despedido del rey, se fué para la ciudad, y miró muy bien la puerta, y donde estaba menos fuerte la cerca, y asimismo su gente, de que no hizo mucha cuenta, aunque era mucha y despues que lo hubo bien mirado todo, se volvió para su gente que estava en el monte, y Aigolante se partió de la ciudad con diez mil hombres para ir á hablar á Carlo Magno, y sabiendo el emperador que venia con tanta gente se fué adelante con los suyos hacia donde habia dejado los otros.

### CAPITULO LXIV.

*Como Carlo Magno tomó la ciudad donde estaba el rey Aigolante.*

Despues que Carlo Magno hubo mirado las fuerzas de la ciudad, y el real de sus enemigos, no dudando en la victoria, hizo apercibir su gente, y mandó que fuesen proveidos de arma los que las hubiesen menester; y puesta la gente en ordenanza, y ordenadas sus huestes se puso en camino para la ciudad donde estaba Aigolante, y en el monte donde se habian de hablar los dos halló muy gran multitud de paganos puestos en dos batallas, y hubo allí una muy cruda guerra, en que fueron los paganos destrozados, y muertos gran parte de ellos y los otros huyeron, pensando meterse en la ciu-

dad; mas por miedo de los cristianos no les osaron abrir las puertas los que dentro estaban, y estaba dentro el rey Aigolante con algunos principes y caballeros. Carlo Magno mandó se quedase alguna gente para guardar las puertas porque no saliese el rey Aigolante, y los otros siguieron el albañoc hasta la noche, matándolos sin resistencia alguna. Vuelto Carlo Magno, puso su real en la ciudad, y la tuvieron cercada tres meses; y viendo Aigolante que no podia tener mucho tiempo la ciudad, por falta de vituallas, mandó cabar debajo de tierra, y en poco tiempo cabaron tanto, que hicieron camino por donde salieron todos, y se metieron en otra ciudad; y viendo los cristianos que no habia gente por la cerca de la ciudad, ni sentian bullicio alguno, derribaron una puerta, y entraron dentro y fueron muy maravillados cuando vieron la ciudad sola, y hallaron la cueva por donde se habian ido, y fueron prestamente tras ellos y se pusieron sobre la ciudad donde estaba el real, y estuvieron sobre ella sesenta dias: y el rey Aigolante envió á decir á Carlo Magno que si queria que ellos dos, cuerpo á cuerpo hiciesen batalla, y con esta condición, que si Carlo Magno fuese vencido, que se volviese para Francia, sin hacerle mas guerra, y que si el fuese vencido, que pasaria la mar con la poca gente que tenia, sin jamás volver á aquellas partes. Y Carlo Magno fue contento de ello, mas sus

caballeros no lo quisieron consentir en ninguna manera; y Aigolante dijo, que fuese la batalla entre doscientos caballeros cristianos, y doscientos paganos; y escogido el campo, y el dia de la batalla, comenzandola los caballeros, el rey Aigolante se fué calladamente, y no paró hasta las fronteras de Aragon y de los doscientos caballeros suyos no escapó ninguno que no fuese muerto ó preso.

### CAPITULO LXV.

*Como Carlo Magno se fue para Francia, y como volvió otra vez á dar batalla al rey Aigolante, y de la compañía que trajo de Francia*

Viendo Carlo Magno que en toda Gascuña no quedaba pagano ninguno, ni habia quien hiciese guerra en aquellas partes, se volvió para Francia, y donde á pocos dias despidió toda la gente de guerra, y no pasaron muchos dias cuando Aigolante allegó gran número de paganos, y le envió á desafiár; y hubo Carlo Magno grande enojo de ello: mandó llamar á todos sus Barones, y les rogó que con todo el poder que cada uno pudiese, le fuesen á ayudar contra Aigolante y su gente los cuales vinieron á su mandado. Primeramente vino el arzobispo Turpin con dos mil hombres de pelea y D. Roldán de Ceconia, sobrino de Carlo Magno, hijo

de su hermana doña Berta, y el duque Milón con cuatro mil hombres de pelea. Oliveros, conde de Genes, hijo del duque Regner, con tres mil hombres. Arrastragus, rey de Bretaña, con cinco mil hombres de pelea; aunque de Bretaña habia otro rey Engelius duque de Aquitania, con seis mil hombres. Gaferios, rey de Bordelois, con cuatro mil hombres. Gaudebois rey de Frisa, con siete mil hombres. Baldonio, hermano de Roldán, con dos mil hombres. Naimés, duque de Babiera, con diez mil hombres. Ogér de Danois, con diez mil hombres. Sanson, duque de Borgoña, con diez mil hombres. Guarin, duque de Loreina, con seis mil hombres, y otros muchos que aqui no son nombrados. Y sin estos allegó Carlo Magno en su tierra mil hombres de pelea.

### CAPITULO LXVI.

*De las treguas de Carlo Magno y del rey Aigolante, de la muerte de sus caballeros, y por que el rey Aigolante no quiso recibir el santo bautismo.*

Llegado Carlo Magno con su gente á las fronteras de Aragon, Aigolante le envió á rogar que enviasse veinte caballeros cristianos, con veinte paganos. Y el emperador Carlo Magno los envió al lugar diputado, y dia señalado; y los paganos fuesen muer-

tos, sin que ninguno escapase. Y despues fueron enviados cuarenta para cuarenta, y fueron asimismo muertos los paganos. Y el rey Aigolante envió á rogar al emperador, que quisiese enviar mil caballeros cristianos contra mil suyos con esta condicion; que si los suyos eran vencidos que prometia de volverse cristiano, y dejar todos sus idolos. Y fue Carlo Magno muy contento, y llegados los caballeros al campo de la batalla empezaron muy cruda batalla, y los paganos no murieron todos, mas echaron á huir; y de los cristianos no hubo sino tres muertos, y seis heridos. Cuando Aigolante vió eso, dijo que verdaderamente la ley de los cristianos era mejor que la de los turcos, y propuso de recibir el santo bautismo, y pidió treguas á Carlo Magno para entrar solo seguramente en su real; y Carlo Magno se le otorgó, y asi el dia siguiente antes de medio dia entró Aigolante al ejército de Carlo Magno; y sabiendo que estaba sentado á la mesa, quiso verle comer, por saber la manera de su servicio, y venia principalmente para recibir el bautismo; y mirando á Carlo Magno, que estaba comiendo, vió que le servian muy honradamente con grande abundancia de viandas, y vió á sus barones asentados á la mesa con él ricamente ataviados, y asimismo bien servidos; y vió á otra parte desviados de su mesa trece pobres asentados en el suelo, y les daban de lo que alza-

ban de la mesa; eso mandaba hacer todos los dias el emperador Carlo Magno, en servicio de nuestro Señor Jesucristo, y de sus doce apóstoles. Y Aigolante preguntó á Carlo Magno, despues que hubo comido, ¿que gente era aquella que estaba en su sala comiendo en el suelo, tan miserablemente vestida? Y el emperador le respondió y dijo: Estos son pobres de Jesucristo, les mando dár de comer por servicio de Dios, y remembranza de nuestro Redentor y de sus apóstoles. Y Aigolante dijo: Como, Carlo Magno, á la gente de tu Dios tratas de esta manera, que los dejas morir de frio por mengua de ropas, y les das de comer en el suelo como á los perros, y les das lo que tu y tu gente dejais sobrado, y á tu gente tienes á tu mesa muy bien ataviada y mejor servida? Grande injuria haces á tu Dios cuando tratas mal á su gente. Dices de tu lengua. Carlo Magno, que tu ley es muy buena, perfecta, y en tus hechos la muestras mala y de ningun valor. Fue tan escandalizado, que dejó su buen propósito, y vuelto en su real, envió nuevamente á desafiar á Carlo Magno.

## CAPITULO LXVII.

*De la muerte del Rey Aigolante, y de su gente, como murieron muchos cristianos por codicia de llevar las riquezas de los moros, y de un grande milagro que mostró Dios nuestro Señor á los cristianos.*

El emperador Carlo Magno cuando vio á Aigolante en su real, pensando que recibiria el bautismo, fue muy alegre, y sabiendo que se habia ido así escandalizado, le pesó mucho por ello, y mandó buscar todos los pobres que estaban en el real, y los mandó vestir á todos, y mandó tambien que los trece que desde en adelante fuesen servidos como su misma persona, y así se hizo en sus palacios mientras vivió Carlo Magno. El dia siguiente, Aigolante mandó apercibir su gente, y puestos asimismo los cristianos en ordenanza, hubo tan cruel batalla, que los cuerpos muertos, y los arroyos de sangre que corrian por el campo, cerraban los pasos á los vivos; y viendo Aigolante la muerte de su gente, deseoso ya de morir, se metió tanto en los cristianos que quedó muerto en el campo; los suyos hecharon á huir, y escaparon tres reyes con alguna otra gente; y cuando los cristianos fueron señores del campo entraron en la ciudad, y ma-

tarón cuantos en ella hallaron y estuvieron en ella todo aquel dia, y aquella noche, y otro dia mandólos Carlo Magno poner en ordenanza, y salió de a ciudad; y los peones quedaron atrás, y llevaron grandisimas riquezas que hallaron en la ciudad, y los reyes que habian escapado de la batalla supieron que los de caballo iban delante, y que los de á pie quedaban atrás cargados de los tesoros de la ciudad, y fueron para ellos en buena ordenanza, y sin mucha resistencia mataron cuatro mil de ellos. Y como las nuevas de Aigolante, y de sus caballeros viniesen á Furre, principe de Navarra, gran señor, y muy valiente por su persona, envió á decir á Carlo Magno que le esperase en el campo, y Carlo Magno tenia tante fe en el favor de Dios, tanto deseo de pelear por su santísima ley, que hubo gran placer de ello; y asignado el campo, y el dia de la batalla, el noble emperador se puso en oracion, y rogó á Dios que le quisiese dar á conocer los caballeros que en aquella batalla habian de morir. El dia siguiente, que era el de la batalla, estando toda la gente armada, vió Carlo Magno que todos los que habian de morir en ella tenian una cruz colorada en el hombro izquierdo, y dió infinitas gracias á nuestro Señor por ello; y habiendo piedad de ellos, los llamó á todos, y los encerró en cierto lugar, y les mandó que en ninguna manera saliesen á la batalla, y con la otra

gente dió guerra á Furre; y en poco tiempo los desbarató, y mató la mayor parte de sus gentes, y quando se vió señor del campo, y libre de sus enemigos, se volvió á donde habia encerrado los otros, y los halló muertos á todos y conoció que la voluntad de Dios era dár aquel dia su santa gloria, y la corona del martirio á aquellos que tenian aquellos señales, y que habia hecho simplemente en quererlos prolongar la vida

### CAPITULO LXVIII.

*Que habla de Ferragus maravilloso Gigante, que llevaba los caballeros debajo del brazo, como don Roldán hubo batalla con él.*

Despues que el rey Aigolante, y el príncipe Furre fueron muertos, y otros muchos reyes, y grandes señores de Turquía; fueron las nuevas al almirante de Babilonia, el cual tenia en su tierra un gigante que se llamaba Ferragus, y mandó apercibir treinta mil hombres de pelea, y en compañía del gigante los envió á hacer guerra á Carlo Magno, y aportaron á una ciudad, que se llamaba Vagiere, y tomaron algunos lugares de cristianos, y despues envió Ferragus á decir al emperador si queria haber batalla uno á uno, y el emperador que jamás huýo de ninguna peligrosa batalla por la santa fe de

Jesucristo, aceptó el desafio, y señaló el campo de la batalla. Entonces sus barones le rogaron que en ninguna manera tal hiciese, ofreciéndose todos á salir á pelear con el gigante por él, diciendo que en su vida se encerraba la honra de todo su ejército; y á ruego de ellos dejó de salir á la batalla, y mandó el noble Oger de Danois que se proveyese de muy buenas armas, y buen caballo, y otro dia por la mañana saliese á la batalla con el gigante Ferragus; y el fué muy contento de ello. Venida la mañana Oger de Danois armado de todas armas, y caballo, salió al campo donde estaba señalada la batalla; y luego salió Ferragus, y miró á todas partes si venia mas de un caballero, y como vió que estaba Oger de Danois solo, se llegó á él sin hacer semblante de la batalla, y le tomó debajo del brazo, y sin hacerle mal ninguno le entró en la ciudad, y le mandó meter en una fuerte torre. Este gigante era tan alto como dos muy grandes hombres; la cara tenia dos palmos de largo, y otro tanto de ancho; sus brazos y piernas parecian grandes vigas de lagar, y tenia la fuerza de cuarenta hombres, y traia dos arneses vestidos uno sobre otro: su yelmo tenia tres dedos de grueso; los dedos de la mano tenian un palmo de largo; y dejando á Oger de Danois en la torre, se volvió otra vez al campo; y sabiendole el noble emperador Carlo Magno, envió otro que llamaba Renaldo Abempin, y Ferragus

gus le tomó ligeramente, y lo llevó á la torre, y volvió luego al campo. El emperador le envió á Constantino de Roma, y lo llevó con los otros; y Carlo Magno le envió dos juntos, y Ferragus tomó el uno debajo de un brazo, y al otro debajo del otro, y tambien los llevó ligeramente á la torre con los otros. Viendo esto Carlo Magno fue muy espantado, y no osaba enviar otro, ni sabia que hacerse, porque enviarle muchos siendo el solo le parecia feo; y uno ni dos no aprovechaba nada, y estaba muy pensativo por ello. Roldán viendo la fuerza del pagano, estaba asimismo mal contento, que los que habia llevado eran todos buenos caballeros; y sin temor alguno de las grandes fuerzas del gigante, fue á pedir licencia á Carlo Magno para salir á la batalla, mas no la quiso dar. Y habiendo estado Ferragus gran rato en el campo solo, envió al emperador que le enviase con quien pelear, que grande mengua era suya no tener en su corte quien saliese á la batalla con un solo caballero, esto y otras amenazas feas le envió á decir muchas veces. Oyendo esto Roldán, le tornó á suplicar que le diese licencia para salir á la batalla con el gigante, que mas honra le seria morir en ella, que sufrir sus amenazas; y viendo Carlo Magno la importunacion de Roldán, y las amenazas de Ferragus hubo de darle licencia, y le dijo que llevase otro caballero en su compañía; y Roldán le dijo: Si á la batalla

de un solo caballero fuésemos dos, la honra seria del que solo estaba, aunque muriese en el campo; y tus caballeros no por haciendas, ni por riquezas se han puesto á los grandes peligros, sino por la honra y servicio de Dios y de tu imperial corona: por tanto, no me mandes ir acompañado para un solo caballero. Y despedido de Carlo Magno fue prestamente armado de todas armas, y cabalgó en un muy escogido caballo, y con una muy gruesa lanza salió al campo de la batalla donde estaba Ferragus esperando, y estaba sin lanza, y tenia en el brazo izquierdo un escudo de acero muy grande, y en la mano derecha una espada, la cual convenia para las fuerzas, y el grandor de su cuerpo; y Roldán le dijo, que tomase la lanza, y el gigante no le respondió nada, y se fué para él; y Roldán no quiso tener ventaja alguna en las armas, y dejando la lanza, echò mano á durandal, y le esperó con grandisimo esfuerzo: y llegando el gigante para llevarlo como á los otros le dió Roldán un gran golpe en el yelmo, mas no por eso dejó de juntarse con él, le tomó en el brazo derecho, y le sacó de la silla, y volvió la rienda para llevarle á la torre, donde tenian los otros. Viéndose Roldán llevar de tal manera, estribó con el pie en las ancas del caballo, y con entrambas manos asió del capuce del gigante, y se trastornó del caballo, y cayeron entrambos en el suelo, y Ferragus dijo á Roldán si

queria que cabalgasen en sus caballos, y él dijo que si, y cabalgaron ambos, y volvieron á la batalla, y don Roldán dió á su enemigo tres golpes de seguida en el yelmo, y al tercero resbaló la espada y le mató el caballo y viéndose Ferragus á pie, con grande enojo se cubrió del escudo, y alzó la espada de cuanto pudo, y temiendo Roldán la fuerza del gigante, desviándose de él, tiró un revés con toda su fuerza, y le dió en la mano derecha, y le hizo caer la espada en el suelo, y dió con el puño en la cabeza del caballo de Roldán, que dió con él en el suelo, y á pie entrambos prosiguieron su batalla, guardándose Roldán con ligereza de los golpes del gigante, y duró su batalla hasta que la noche los despartó, sin que en ellos se conociese ventaja alguna y concertaron que en la mañana á pie, y sin lanza diesen fin á su batalla, y se fueron á descansar.

### CAPITULO LXIX.

*De como Roldán y Ferragus hicieron su batalla á pie, y como disputaron de la fe, y de que manera fue muerto Ferragus.*

Venida la mañana salieron Roldán y Ferragus al campo de la batalla, pelearon hasta mediódia, sin que ninguno de ellos fuese herido, que Roldán se

guardaba de los golpes del gigante, y él estaba guardándose de los golpes de durandal, por la fuerza de sus armas que eran todas dobladas: y siendo muy cansados, entrambos, Ferragus pidió treguas á Roldán para dormir un poco, y Roldán fue contento de ello, y Ferragus se tendió en el suelo, y cuando don Roldán le vió echado, tomó un grande canto y se lo puso debajo de la cabeza, porque durmiese mas á su placer; y despues se asentó á su lado mirándole las manos, y maravillóse de ella, y del grandor de su cuerpo; y luego que fue despertado Ferragus se levantó, y se asentó, y don Roldán se asentó á su lado, y le dijo mucho estoy maravillado, Ferragus, de tus grandes fuerzas, y como puedas comportar el peso de tus armas; y Ferragus le dijo: Sepas que tengo la fuerza de cuarenta hombres, y allende de eso, no puedo morir de herida, sino por el ombligo: y Roldán mostró que no lo habia entendido; y Ferragus le preguntó como se llamaba, ú de que linaje era; y Roldán le dijo: Yo me llamo Roldán, y soy sobrino de Carlo Magno. Y le preguntó Ferragus, que fe tenia, y que ley guardaba; y Roldán le respondió: Yo soy cristiano; y la ley de Cristo tengo, y en defensa de ella deseo morir. Y Ferragus le dijo: Esa ley cristiana quien la dió? Y Roldán le respondió: Despues que el todopoderoso Dios, que hizo el cielo y la tierra, é hizo á nuestro padre Adán,

el cual fue desobediente á sus mandamientos, fue todo el mundo privado de la gloria del paraíso: y doliéndose el hijo de Dios, de la perdición de las almas, descendió del cielo, y tomó nuestra humanidad, y sufrió muerte y pasión por librarnos de las penas del infierno; y conversando acá entre nos el hijo de Dios, nos dió doctrina y enseñamiento, mediante los cuales pudiesemos alcanzar la gloria del paraíso. Despues que Ferragus le hubo preguntado otras muchas cosas tacantes á la ley cristiana, le dijo: Tu eres cristiano, y tienes (segun parece) la ley de Dios muy arraigada en tus entrañas, y por ella veniste á la batalla; yo vine de Turquia por vengar la sangre de los nobles reyes y esforzados caballeros que Carlo Magno ha hecho morir en esta tierra; por tanto quiero en nuestra batalla haya esta condicion, que la ley del vencedor sea habida por buena, y aprobada, y la del vencido por falsa: y aunque Roldán conocia que erraba en hacer aquel concierto, confiando en Dios, dijo que le placia. Levantáronse entrambos, y empezaron su batalla; y viendo Ferragus que jamás podia alcanzar á don Roldán por ligereza que tenia, sintiendose ya cansado pensó de usar de maña, y viendo que Roldán le queria dar un golpe encima del yelmo, el lo esperó osadamente, y quando le vió alzar la espada, antes que bajase el golpe, dejó caer la espada, y abrazandose con él, le derribó en el suelo, y le que-

ria degollar con los dientes: mas Roldán sacó un puñal que traia, y se lo metió por debajo del arnés, y la falda, y le hirió el ombligo. Quando Ferragus se sintió herido, dió un grandísimo grito, y conocieron los suyos que estaban en gran necesidad de socorro, y salieron prestamente en su favor; y viéndoles venir Roldán, tañó su cuerpo y vinieron asimismo los cristianos en su favor, y llegando al campo empezaron cruda batalla, y fué Roldán servido de caballo, y de lanza, y viendo que unos caballeros llevaban al gigante á la ciudad, fue tras ellos y en poco tiempo derribó la mayor parte, y los otros dejaron á Ferragus, y huyendo se metieron en la ciudad, y Roldán preguntó al gigante, si queria ser cristiano? Y él le dijo que no, y mandó á los peones que le cortasen la cabeza. Duró la batalla seis horas, y murio mucha gente de una parte y de otra; y no pudiendo los paganos sufrir los duros golpes de los cristianos, quisieron acogerse en la ciudad, mas no pudieron guardar que no entrasen los cristianos con ellos, y fueron señores de la ciudad, y sacaron á los caballeros que en la torre estaban.

## CAPITULO LXX.

*De como Carlo Magno hubo batalla con los reyes de Sevilla y Córdoba.*

Quando el rey de Córdoba, y el de Sevilla supieron la muerte de Ferragus, y de los otros caballeros, hubieron gran pesar de ello, y enviaron sus embajadores al emperador Carlo Magno, diciéndole como los reyes de Córdoba y Sevilla tenían gran deseo de hacer batalla con él, y que si queria ir á un campo llano muy grande con su gente de guerra, que los toparia en el con sesenta mil hombres de pelea; y el emperador les dijo: Decid á los reyes, que aunque no tengo tanta compañía como ellos, no dejaré por eso de ir al campo para el dia que fuere señalado: y elegido el campo y el dia, mandó el emperador apereibir toda su gente, y lo mismo hicieron los reyes moros, y mandaron hacer diez mil carántulas muy feas, algunas negras, otras coloradas, con grandes orejas, y mayores narices, y mandaron que se las pusiesen los peones, y que cada uno tuviese un cencerro en la mano, y quando entrase Carlo Magno en el campo con su gente, y ordenase sus escuadrones para acometerlos, se pusiesen delante los peones con las carántulas, y tañendo los cencerros espantaron los caballos en

tanto grado, que á pesar de sus señores hecharon á huir, y desbarataron todos los escuadrones; y entonces acometieron los paganos con buena ordenanza, y mataron muchos cristianos. Viendo esto el emperador Carlo Magno, mandó recoger toda su gente, y ordenó á los de á caballo, que cada uno pusiese un paño delante de los ojos de su caballo y que le cerrase los oidos con algodón, y que en la mañana con buena ordenanza acometiesen á sus enemigos; y así fue hecho: duró el combate hasta medio dia, y los desbarataron á todos salvo diez mil hombres que guardaban dos carros con grandes reparos al rededor, y en uno de estos carros estaba un estandarte, y estaban juramentados estos diez mil ginetes, por peligro ni afrenta en que se viesen, no volverian la cara á sus enemigos mientras el estandarte estuviera alzado: y sabiendo esto Carlo Magno se metió con gran furor y denuedo en los paganos, é hizo tanto que quitó la bandera, y la arrojó al suelo, y entonces echaron á huir los diez mil hombres y los cristianos los siguieron hasta que se metieron en una buena ciudad, que era la de Córdoba: y un noble anciano que tenia en guarda la ciudad, se tornó cristiano, le bautizó el arzobispo Turpin, y á otros muchos con él, y á los demás los mataron.

## CAPITULO LXXI.

*Como el arzobispo Turpin consagró la iglesia del señor Santiago.*

Después de las guerras y batallas susodichas, viendo Carlo Magno que toda la tierra estaba sosegada y pacífica, ordenó de irse para Alemania, y antes que fuese, quiso ir á Santiago en Galicia, se puso en camino con muy poca gente, y fue bien recibido de toda la gente, y anduvo toda la provincia, visitando las iglesias, y monasterios que entonces habia, y les mandaba reparar, y proveer de las cosas necesarias, como eran campanas, casullas, capas, y otros vestimentos, y cálices y patenas; y mandó hacer algunas imágenes muy devotas en honra y memoria de los santos y santas: é hizo constituciones y ordenanzas, y sojuzgó y atribuyó todas las iglesias de aquella provincia á la iglesia de Santiago, y ordenó que todas las casas de Galicia tributasen cada año á la iglesia de Santiago cuatro dineros de la moneda que entonces corria, y con este tributo eran libres de todo otro pecho; y fue ordenado que todos los obispos de aquella provincia fuesen sujetos al obispo de Santiago: y el arzobispo Turpin acompañado de nueve obispos, hombres de muy santa vida, á propuesta del em-

perador Carlo Magno consagró y bendijo la dicha iglesia en el mes de julio, y fue llamada la iglesia de Santiago apostólica, por quanto es la segunda iglesia de la cristiandad, donde recurren los cristianos para hallar indulgencias y remision de sus pecados. Y la primera en san Pedro en Roma, por quanto san Pedro fue muy amigo de Dios, y muy honrado entre los apóstoles, y predicó su santísima fe en Roma, y en ella fue martirizado. Y después el señor Santiago, que tomó grandísimo trabajo por ensalzar el nombre de Dios en la provincia de Galicia, por ende dignamente hay memoria de sus milagros, y martirio por todo el mundo.

## CAPITULO LXXII.

*Como Ganalon fue enviado con embajada á los reyes moros, y como propuso vender sus compañeros, y una reprehension del autor.*

En este tiempo estaban en la ciudad de Zaragoza dos reyes hermanos; el uno se llamaba Marsirius, y el otro Belagandus, los cuales habia enviado el almirante de Babilonia á España, y estos reyes en señal de amor habian enviado grandes dones y tributos al emperador Carlo Magno: otro tiempo deseando Carlo Magno de tornarlos cristianos propuso de enviarles un mensagero que les amones-

tase, y fué escogido entre todos sus caballeros Ganalón, por ser muy elocuente; y le mandó Carlo Magno que les dijese que se tornasen cristianos, ó que le enviasen tributo y parias en señal de vasallage. Y Ganalón, armado de todas armas, se partió para Zaragoza, fue bien recibido de los reyes moros, y despues que hubo hecho su embajada, le preguntaron los reyes por Carlo Magno, y por sus caballeros, y de sus condiciones y modo de vivir; y conocieron en sus respuestas que no les quería bien, y conocieron asimismo en su fisonomia que por dinero haria cualquier vileza, y por eso le osaron hablar de traicion, el qual muy ligeramente consintió, y le dieron veinte caballo cargados de oro y de plata, y de otras joyas de gran valor, y les prometió de entregarles los caballeros y barones de Carlo Magno, y á él mismo si pudiese; y les dijo, que enviasen su gente al puerto de Roncesvalles, y que tenia modo de entregarles los doce Pares, y fue ordenado entre ellos, que Ganalón llevase al emperador treinta caballos cargados de oro y plata, seda y brocados; y quatro cientos caballos todos cargados de vinos muy escogidos, y dos mil moras muy hermosas, y esto en señal de amor y obediencia; y esta traicion hizo Ganalón solamente por codicia. ¡O maldito hombre, y en mala hora engendrado! ¿Naciste de noble sangre, y fuiste provocado de avaricia á hacer tan gran traicion? ¿Eres rico

de grandes rentas, y por dinero te moviste á vender á tu señor? No podias decir la necesidad te obligaba; y aunque la tuvieras, no eras escusado. Entre tantos caballeros de honra fuiste escogido para llevar aquella embajada, fiándose el emperador de ti, tanto como de cualquier de ellos; y por dinero vendiste á él, y á todos sus barones. Si de él tenias enojo, ¿por que vendias á tus nobles compañeros? Y si de ellos tenias algun temor, ¿por que vendias á tu natural señor, de quien tantas mercedes habias recibido? De toda la cristiandad eran queridos, y de ti fueron vendidos. Miraras que hacias maldad á Dios de vender sus caballeros, y despues á tu natural señor; y finalmente á todos los cristianos, que tenian en ellos fuerte fortaleza y cumplido socorro contra los infieles, á los cuales los vendiste por dinero, siendo tus amigos, y tus continuos compañeros. ¡Oh perversa avaricia, enemiga de caridad, é inconstante de toda buena virtud, de cuantos males eres causadora! Por avaricia fue Adán desobediente á su Criador, y por ella fue la ciudad de Troya puesta en sujecion; y por avaricia vendió Ganalón los caballeros, en quien jamas faltó virtud y nobleza. Llevó Ganalón los presentes susodichos á su señor Carlo Magno; el qual dió crédito á sus engañosas razones, y sin sospechar mal ninguno los recibió y repartió entre su gente; y despues por consejo de Ganalón se partió con to-

do su ejército para Roncesvalles, pues le dió á entender que los reyes se querían tornar cristianos: dió la primera guarda á Roldán y á Oliveros, y á los otros sus principales varones, con solos cinco mil hombres de pelea; y él se quedó atrás; marchó, y los dos reyes moros estaban en Roncesvalles, como los dijo Ganelon, con sesenta mil hombres de pelea puestas en dos batallas; en la primera había veinte mil hombres, y en la segunda cuarenta mil, estaba apartada la una de la otra. Llegados los cristianos á la primera batalla de los moros, los dejaron pasar hasta que los cogieron en medio, y empezaron una cruda batalla, y fueron los cristianos apremiados á retirarse porque estaban fatigados.

### CAPITULO LXXIII.

*De la muerte de los caballeros franceses, y del rey Marsirius; y como D. Roldán fue herido de cuatro lanzas.*

Estando los cristianos desviados de sus enemigos, vieron venir otra batalla de moros; y entonces tañó D. Roldán su cuerno, mas no plugo á Dios que le oyese Carlo Magno, que les quiso dar su divina Magestad aquel día las coronas del martirio, que de grandes tiempos les tenía aparejadas, en satisfaccion de sus servicios, porque fuesen capaces en la bienaventuranza del paraíso. Puso D. Roldán

su gente en buena ordenanza para esperar de sus enemigos, y les dijo que sin recelo de morir entrasen en la batalla, pues en ello hacian servicio á Dios nuestro Señor, y para eso eran partidos de sus tierras, y que mayor era la gloria que esperaban, que la pena que recibirian. E yendo los paganos para ellos, tañó D. Roldán otra vez su cuerno, y encomendandose á Dios, entró en la batalla con tanto esfuerzo, que en poco rato hizo grande matanza en ellos, y él fue herido de cuatro heridas mortales, y entonces llegaron cien caballeros cristianos, que seguian á los otros mas no porque supiesen alguna cosa de la batalla; y cuando D. Roldán los vió, pensó que el emperador era llegado con toda su gente, y con este pensamiento se metió en su batalla sin ordenanza alguna, y siguieron los cien caballeros, y fueron muertos, salvo dos, que el uno se llamaba Balduino, y el otro Tietri. Viendo D. Roldán todos sus compañeros muertos, y él malamente herido, y que Carlo Magno no venia, conoció que habian sido vendidos; y perdida la esperanza de salir vivo de aquella batalla y muy deseoso de venganza de sus enemigos, tomó un turco por los pechos, y púsole la espada en la garganta, diciendo que moriria si no le mostraba al rey Marsirius; y el turco le prometió de mostrárselo y le dijo: Ves aquel caballero que trae la divisa verde sobre las armas y el caballo vayo? aquel es el rey

Marsirius, y el que dió grandes riquezas á Ganalon vuestro mensagero porque os tragese á lo que os veis. Entonces Roldán besó la cruz de su espada, y cubriéndose de su escudo, empezó á derribar los caballeros y peones, hasta que llegó al rey Marsirius, y le dió tal golpe en el hombro derecho, que le tendió hasta la cinta; y Baldoino y Tietri, que estaban con Roldán, por huir de la muerte se metieron por el monte, y todos los otros quedaron muertos por el campo; y los moros cobraron tanto temor de Roldán, por el gran golpe que dió al rey Marsirius, que no se le osaban parar delante, y tuvo lugar de salir de la batalla, y se tendió en el suelo al pie de una peña, herido de cuatro heridas mortales; de esto no supo nada Carlo Magno hasta fin, porque Ganalon, por dar lugar á los paganos, le tenia entretenido en juego de tablas y otras cosas de placer á él, y al arzobispo Turpin. El rey Belegandus cuando vió los cristianos muertos, temiendo que vendria Carlo Magno con la otra gente, tomó otro camino, y se volvió á Zaragoza,

#### CAPITULO LXXIV.

##### *De la muerte de Don Roldán.*

Estando Roldán al piede de la peña herido de cuatro llagas mortales, sin otros muchos golpes que

en el cuerpo y en la cabeza habia recibido, no tenia menos pesar de la muerte de los otros cristianos, que de la suya misma; consolábase por morir en defensa de la fe de Jesucristo, y recibia pena de verse en su postrimera hora solo en el monte, y desamparado de todo el mundo: daba gracias á Dios, porque el dia antes habia confesado y recibido el poderoso cuerpo de Jesucristo, que lo tenían por uso los caballeros de Carlo Magno cuando habian de entrar en batalla, ó si recelaban de algun peligro. Alababa asimismo á su Criador, porque le daba lugar de pedirle de corazon y de boca perdon de sus pecados, lo que no tuviera si muriera peleando; y esperando la muerte con mucha paciencia, empezó á decir: Señor, Dios mio, Criador y Redentor, hijo de la gloriosa Madre de consolacion, tú sabes lo que yo he hecho y he pasado: por los méritos de tu sagrada pasion te ruego que mis yerros me sean perdonados; y no repares, Señor, en mis pecados sino en el arrepentimiento que de ellos tengo; y te suplico que me des paciencia en mi muerte, y lo recibas en descuento de mis pecados. Tu eres piadoso y misericordioso: por tanto te ruego, que me mires con ojos de piedad, como miraste al buen Ladron, y me perdones como perdonaste á Maria Magdalena. Despues se puso á mirar su espada, y dijo: ¡O espada de gran valor, la mejor que nunca fue forjada! Gran esfuerzo me

dabas siempre que te miraba; muchos arteseros he despedazado, y muchos yelmos he cortado: contigo he muerto grande número de paganos, jamás me falseaste, ni en ti nunca me hallé; ningun arnés aprovechaba contra tu finura. Oh cuanto temor tenían de ti los paganos! Muchos temblaban solamente en verte en mis manos. Con razon me pesa de dejarte, pues que contigo he derramado mucha sangre de infieles, ensalzando el nombre de mi Criador, al que suplico que dé su gracia de hallar algun buen caballero cristiano, que conozca tu bondad y valor. Gran dolor siento en dejerte, y mucho mayor si petsase que quedabas en poder de paganos; mas por sacar mi alma de cuidado, quiero que no te goce moro, ni judío, ni cristiano; y entonces se levantó con gran trabajo, y la tomó con entrambas manos, y dió con ella en la peña tantos golpes, que la hendió en el suelo, sin que en la espada hiciese mella, ni señal alguna: y viendo que no la podía quebrar, tomó su cuerno para hacer señal á algun cristiano, si en el monte se hubiese escondido y tañó dos veces; á la segunda se abrió todo de cabo á cabo, y se le abrieron las llagas y las venas de su cuerpo; llegó aquella voz á oídos del emperador, que estaba dos leguas de allí jugando con Ganalon, y conoció que era Roldán que tañía, y Ganalon le dijo: Señor, Roldán á ido á caza, y habrá muerto oso ó puerco, y de placer tañe su

cuerno, que así lo suele hacer; Carlo Magno creyó que sería así, y estuvo jugando. Estando Roldán ya al fin de su vida llegó á él su hermano Boldoino, y con muchas lágrimas, sin poderle hablar, le abrazó y besó muchas veces; y Roldán le dijo: Hermano primero me matará la sed que las heridas; y Boldoino anduvo gran parte del monte en busca de agua, y nunca pudo hallarla; y vuelto halló á don Roldán mas muerto que vivo, y cabalgó en un caballo que halló suelto por el monte, y fuese para donde estaba Carlo Magno; y luego Tietri, duque de Dardania, y hubo gran lástima de don Roldán; y queriendo hablar nunca pudo echar palabra de la boca que se pudiese entender. Cuando Roldán le vió, para si recibio algun consuelo, y dijo: ¿A quien miráis, Tietri! no es este Roldán vuestro compañero? no es este el Capitan de los cristianos? ¿no es este el que vencía los feroces gigantes? ¿no es este el que en las crudas batallas acaudillaba á los cristianos? ¿no es este el enemigo de los infieles? ¿No es este el que á Carlo Magno, y á sus amigos sacaba de los peligros y afrentas? Este es un hombre mal hablado y aborrecido de todo el mundo; y fue tanta su desdicha, que no solamente le privó de la compañía de sus amigos, mas en su postrimera hora le desterró en estas ásperas peñas á fenecer sus dias entre los animales brutos. ¿No son estos los brazos que quebraban las grue-

sas lanzas? ¿no son estas las manos que daban los grandes golpes, y despedazaban los finos arneses y yelmos? Y tomando su espada en la mano, dijo: Mas no niego que esta sea durandal la buena espada, en la cual puso Dios grande virtud, y abrazado con ella, juntada la boca con la cruz, se amorteciò. Y el duque Tietri, echos sus ojos fuentes, le empezó a desarmar, por asfajarle la boca del estómago, y le halló las armas llenas de sangre, y no osó desarmarle porque no se desangrase. Tornando en si Roldán, juntó sus manos, y pidió a Dios perdon de lo que habia hablado, y dijo a Tietri que le oyese de confesion, y confesó con él con grande contricion de corazon, y despues de confesado puso sus manos en cruz, y alzó los ojos al cielo diciendo: *Et in carne mea videbo Deum Salvatore meum.* Y puestas las manos en los ojos, dijo: *Et oculi mei conspecturi sunt.* Y abrazado con la cruz de su espada dijo: *In manus tuas Domine commendo spiritum meum.* Y dió el alma a su Criador a veinte y seis dias del mes de junio, año del Señor de ochocientos y diez.

## CAPITULO LXXV.

*De una vision que hubo el arzobispo Turpin, y de la muerte de Roldán, y del sentimiento de Carlo Magno.*

El arzobispo Turpin era hombre de santa vida, y habia sabido grandes secretos de Dios por revelacion y diciendo misa, estando en el momento oyó gran melodia de Angeles, y rogó a Dios nuestro Señor que le hiciese sabedor por que tenian aquellos ángeles tanta alegría, porque habian bajado aca; y oyó una voz que le dijo: Nosotros llevamos el alma de don Roldán, baron de Dios, al paraíso. Acabada la misa, fue el arzobispo Turpin a contar lo que habia oido al emperador Carlo Magno, y estando contando esto, entró Baldoino mesando sus cabellos sin ninguna piedad, diciendo a grandes voces, que Roldán estaba herido de muerte y los cristianos que con él habian ido eran todos muertos, y que habian sido vendidos. Cuando los del rey oyeron esto, empezaron todos a llorar, y se pusieron en camino, y el primero fue el noble emperador Carlo Magno a quien mas tocaba que a ninguno de los otros, y llegó donde estaba Roldán, y como le vió muerto, cayó sobre él amortecido, y despues que fue tornado en si empezó a tirar de sus barbas, y atormentar su cuerpo con mucha cruel-

dad, y llorando amargamente, decia: O Roldán! consuelo de mi vejes honra de los franceses, espada de justicia, lanza que no se doblaba, yelmo de salud, semejante á Judas Macabeo en proeza y Sanson en fuerza, y Absalón en beldad. O mi caro y amado sobrino! Principe de batallas, y destruidor de paganos, defensor de cristianos pilar de clerecia, arrimo de viudas y huérfanos, amparo de la iglesia, lengua verdadera, boca sin mentira, justo en todo juicio, y guia de los amigos de nuestro Señor Dios ensalzador de la fe de Jesucristo, amador de todos los buenos. Ay desdichado de mi! Por que te traje á morir en estraña tierra? Por que no morir contigo? O don Roldán, mi especial caballero! Por que me dejaste solo? Ay triste! Que haré? hay mezquino! A donde iré? A Dios suplico te quiera recibir en su santa gloria; á los ángeles ruego que te reciban en su compañía; á los mártires llamo devotamente, que te quieran allegar en su número. Los dias que viviere en esta vida gastaré en continuo llorar y sentir tu ausencia, que tanto sintió David la ausencia de Natán y Absalon. O noble Roldán mi verdadero amigo! tu estás en la santa gloria perdurable, y me dejas en continuo dolor. Tu estás en los cielos en gran consolacion, y yo quedo en mortal lloro, y tribulacion. Todos los cristianos estan tristes por tu muerte, y los angeles estan muy gozosos con tu alma. Y estuvo diciendo

estas razones de grande dolor hasta la noche, é hizo asentar sus tiendas, y hacer grandes hogueras por velar el cuerpo de Roldán aquella roche, y á la mañana fue el cuerpo embalsamado y guardado con mucha honra.

## CAPITULO LXXVI.

*Como Oliveros fue hallado desollado y de la muerte de los paganos, y de Ganalón.*

Venida la mañana, fue Carlo Magno con su gente al campo de la batalla, y hubieron grande lástima de la multitud de los cristianos que estaban en el campo muertos, aunque habia muchos mas turcos; y hallaron al noble caballero Oliveros asado en dos palos, y puesto á manera de cruz, y de los dedos de las manos hasta los de los pies estaba desollado, y tenia doce dardos metidos en el cuerpo, que le pasaban de una parte á otra. Entonces se les renovó el lloro, y los mortales gritos por todo el real; y Carlo Magno hubo tanta lástima de Oliveros, que hizo juramento de nunca cesar, aunque supiese perder la vida, hasta tanto que hallase á los moros de Zaragoza, y supo en el campo como estaban á la orilla del Ebro en unos verdes prados descansando y curando los heridos. El emperador Carlo Magno puso su gente en muy

buena ordenanza, y los acometió con tal impetu y denuedo, que en poco rato murieron mas de seis mil, y muchos que se ahogaron en el rio Ebro por quererse salvar las vidas. Viendo Carlo Magno que tenia poca gente para seguirlos, se volvió para Roncesvalles, é hizo embalsamar el cuerpo de Oliveros, y tambien el de su sobrino don Roldán, y luego hizo pesquisa entre toda su gente por saber lo cierto de la traicion, aunque habia oido de muchos que Ganalon los habia vendido, y especialmente se supo del duque Tietri, que se le oyó al moro que lo dijo á Roldán, cuando le mostró al rey Marsirius, y acusó á Ganalon publicamente de traidor, y le desafió sobre ello. Sabida la verdad, mandó Carlo Magno que Ganalon fuese atado á cuatro feroces caballos, á cada brazo uno, y á cada pie otro, y despues de bien atados, cabalgaron cuatro hombres de los cuatro caballos, é hiriéndoles de las espuelas, tiraron unos á una parte, y otros á otra, y cada uno salió con su cuarto.

### CAPITULO LXXVII.

*Como el emperador Carlo Magno se volvió á Francia y de las grandes limosnas que hizo por las almas de los cristianos que murieron por la fe de Jesucristo.*

Despues que Carlo Magno hubo hecho justicia del traidor Ganalon, fueron los cristianos al campo de la batalla, y los unos buscaron á sus señores, y los otros á sus amigos, y algunos fueron encerrados en el mismo sitio, y otros fueron embalsamados, y otros salados para enviarles á sus tierras, haciendo cada uno lo mejor que podía.

— Tenia el emperador Carlo Magno dos cementerios expresamente señalados para los que en su compañía andaban, y morian por la santa fe de Jesucristo, el uno estaba en la ciudad nombrada Arles, y el otro en la ciudad de Bordeaux; y fueron consagrados y benditos estos dos cementerios por los Santos y bienaventurados hombres San Máximo de Aquisgran, San Turpin de Arlés, San Pablo de Narbona, San Saturnino de Tolosa San Faustino de Portiers, San Marcial de Limoges y San Eutropis de Jantes, y en estos cementerios fueron enterrados los mas de los cristianos que murieron en Roncesvalles. El emperador hizo llevar el cuerpo del

noble don Roldán con mucha honra en unas andas cubiertas de terciopelo negro hasta Blaves, á la iglesia de San Roman, la cual él hizo edificar, y mandó poner encima de su sepultura su espada, y á sus pies su cuerpo de marfil, y despues fue llevado su cuerpo á Roncesvalles á una muy devota iglesia que allí se fundó en servicio de nuestro Señor Dios, en memoria de aquella cruel batalla y se hizo junto á ella un rico hospital, donde se hacen continuamente muy grandes limosnas por todas las almas de los cristianos que en ella murieron como parece hoy en día. En Bordeaux fueron enterrados el buen Oliveros, Guardabois, rey de Frisia. Oger de Danois, Christen, rey de Bretaña. Guarir, duque de Lorena, Caseres, rey de Bordeaux, Eugerius, rey de Aquitania; Lamberto rey de Borfes, Galerius y Regnaldo, con cinco mil hombres distribuyó el noble emperador grandes tesoros y riquezas por las almas de sus caballeros, y mandó que la iglesia, y cementerio fuera sujeta solamente á Roma; y ordenó que para siempre el día de Pascua de Flores fuesen vestidos doscientos pobres; que se dijese treinta misas, y que se rezasen treinta salterios por las almas de los que allí murieron en defensa de la fe de Jesucristo. En Arlés fueron enterrados el conde de Langro, Sanson, duque de Borgoña, Naimes duque de Babiera, Alberto Borgoñon, con otros cinco caballeros, y con diez mil

hombres de á pie. Constantino de Roma fue llevado por mar á Roma, con otros muchos romanos, y distribuyó asimismo Carlo Magno gran tesoro, y dejó grande renta perpetua á la Iglesia y cementerio de Arlés por las almas de sus caballeros.

### CAPITULO LXXVIII.

*Como el emperador Carlo Magno partió de Francia para Alemania.*

Habiendo Carlo Magno hecho y ordenado lo que arriba está escrito, se partió de Francia para Alemania, yendo tambien en él el arzobispo Turpin; y cuando llegó á la ciudad de Viena, porque ya estaba viejo, con licencia del emperador se quedó en Viena, y Carlo Magno se fue adelante; y llegado á Paris, hizo llamar todos los nobles de su imperio, y todos los arzobispos, obispos y prelados, é hizo hacer procesiones en alabanza de su Criador, y del bienaventurado señor San Dionis, é hizo constitucion y ordenanza que los reyes de Francia, por venir fuesen obedientes al pastor ó prelado de la iglesia de san Dionis, que no pudiesen ser coronados sin el dicho pastor ó su consejo y que el obispo de Paris no fuese recibido en Roma sin su consentimiento. Tambien ordenó que todas las casas de su reino fuesen tributarias á la dicha iglesia; y

constituyó para siempre que cualquier cristiano, esclavo ó cautivo, que pagase cuatro dineros á la iglesia de san Dionis, que fuese libre y horró en todos sus reinos. Despues de todo esto tuvo novenas en la dicha iglesia puesto de rodillas sin levantarse un dia y una noche delante del cuerpo de San Dionis, rogó afectuosamente por todos los que murieron por la fe de Jesucristo, y fuele revelado que todos los que murieron por la fe de Jesucristo en la batalla de Roncesvalles estaban en la gloria del paraíso.

### CAPITULO LXXIX.

*Como Carlo Magno llegó á Aquisgran en Alemania, y como murió.*

Despues que entró el emperador Carlo Magno en Alemania fue muy bien recibido de todas las comunidades, y llegado á la ciudad de Aquisgran, hizo visitar todas las iglesias, y monasterios de toda la ciudad, y los mandó reparar, y proveer de todas las cosas necesarias, especialmente una iglesia de nuestra señora, que él hizo fundar, á la cual dió grandes tesoros, y dotó de muchas rentas. Vivió sesenta y dos años, y queriendo su Criador nuestro Dios y Señor dar descanso á sus viejos y fatigados miembros, le llamó á su santa gloria en el mes de

febrero, año de nuestra Redencion de ochocientos y doce. De su salvacion escribió el arzobispo Turpin, hombre de santa vida, estas mismas palabras: *Yo Turpin arzobispo de Remis estando en a ciudad de Viena en mi retrainiento rezando mis horas, vi de una ventaná una legion de diablos por el aire que traian grande ruido entre ellos; conjuré el uno que me digese de donde venian, y porque traian tan grande ruido? Y él me respondió que venian de la ciudad de Aquisgran, donde habia fallecido un gran señor, y porque no pudieron llevar su alma, venian muy enojados. Y le pregunté quien era aquel gran señor, y porque no llevaba su alma? Y él me respondió que era Carlo Magno y que Santiago les habia sido muy contrario. Y yo le pregunté de que manera les habia sido contrario Santiago? El respondió: Nosotros estabamos pesando los bienes y los males que en este mundo habia hecho, y Santiago trajo tanta madera y tantos cantos de las iglesias que el habia fundado en su nombre. que pesaron mucho mas que los males, y asi nos quedamos sin tener poder alguno sobre su alma; y el diablo subitamente desapareció. Se ha de entender por esta vision del arzobispo Turpin, que los que edifican, ó reparan las iglesias en este mundo, aparejan estancias, y posadas para la otra. Fueron hechas sus exequias, y honras segun á tal Señor pertencencia.*

LAUS DEO.

# TABLA.

*de los Capítulos que se contienen en esta historia del emperador Carlo Magno.*

	<u>PAG.</u>
<b>CAPÍTULO 1.</b> El rey Clovis, siendo pagano, hubo por muger á Clotildis, hija del rey de Borgoña	7
<b>Cap. 2.</b> El rey Clovis fue rogado de la reina Clotildis, que dejase los idolos, y creyese en la fe de Cristo.	11
<b>Cap. 3.</b> El rey Clovis hubo victoria de sus enemigos, y como creyó en la fe, etc.	13
<b>Cap. 4.</b> El rey Clovis recibió el bautismo por mano de san Remi, y como en su bautismo milagrosamente fue traída una redoma del cielo, de la cual hoy dia son ungidos en su consagracion los reyes de Francia en la ciudad de Reims.	15
<b>Cap. 5.</b> Del primer libro, y contiene cinco capítulos, y habla primeramente del rey Pipino, y de Carlo Magno, su hijo.	16
<b>Cap. 6.</b> Carlo Magno, despues de hechas muchas constituciones con el papa Adriano,	

fue alzado emperador de Roma.	
<b>Cap. 7.</b> De la estatura de Carlo Magno, y de su modo de vivir.	20
<b>Cap. 8.</b> Carlo Magno doctrinaba sus hijos é hijas	21
<b>Cap. 9.</b> Del estudio, y obras caritativas de Carlo Magno.	22
<b>Cap. 10.</b> El patriarca de Jerusalem envió sus mensajeros á Carlo Magno, que le diese socorro contra los turcos.	23
<b>Cap. 11.</b> Carlo Magno se partió con gran número de gente para Jerusalem.	25
<b>Cap. 12.</b> De las reliquias que Carlo Magno trajo de la tierra santa, y de los milagros que nuestro Redentor Jesucristo hizo.	28
<b>Cap. 13.</b> En un lugar llamado Mormionda estaba Carlo Magno haciendo guerra á los paganos	31
<b>Cap. 14.</b> Vino Fierabras al ejército de Carlo Magno buscando cristianos con quien pelear	33
<b>Cap. 15.</b> Preguntó el emperador Carlo Magno á Ricarte de Normandia, quien era Fierabras	35
<b>Cap. 16.</b> De la respuesta de Roldán al emperador Carlo Magno.	36
<b>Cap. 17.</b> De una reprehension del autor contra Carlo Magno, y Roldán por la cuestion pasada	37
<b>Cap. 18.</b> Oliveros, herido de muchas heridas, demandó licencia al emperador para salir á la batalla con Fierabras	40
<b>Cap. 19.</b> El conde Regner rogó á Carlo Magno,	

- que no dejase ir á su hijo Oliveros á la batalla con Fierabras. 43
- Cap. 20. Oliveros habló á Fierabras, y le menospreció. 44
- Cap. 21. Oliveros ayudó á armar á Fierabras, y de las nueve espadas maravillosas; y como Oliveros dijo quien era por su nombre. 48
- Cap. 22. Oliveros y Fierabras comenzaron la batalla, y como Carlo Magno rogó á Dios por Oliveros, que le diese victoria. 53
- Cap. 23. Los dos caballeros hicieron batalla á pie, y como Carlo Magno rogó á Dios por Oliveros, que le diese victoria. 64
- Cap. 24. Oliveros ganó una de las espadas á Fierabras, y con ella le venció. 69
- Cap. 25. Fierabras fue vencido, y como llevándole Oliveros, hubo batalla con los turcos. 71
- Cap. 26. Oliveros fue preso, y tapados los ojos fue llevado al almirante Balán. 75
- Cap. 27. Fierabras fue hallado en el campo, y como Carlo Magno lo hizo bautizar, y curar de todas sus llagas. 77
- Cap. 28. Oliveros con sus cuatro compañeros fueron llevados delante del almirante Balán. 80
- Cap. 29. Los cinco caballeros fueron puestos en una muy oscura prision, y como fueron visitados de Floripes, hija del almirante Balán, y hermana de Fierabras, y de su grande

- hermosura. 81
- Cap. 30. Los caballeros cristianos fueron sacados de la torre por mandado de Floripes, y llevados á su cámara. 87
- Cap. 31. El emperador Carlo Magno envió al almirante Balán los otros siete pares de Francia. 94
- Cap. 32. El almirante Balán envió quince reyes al emperador Carlo Magno, para que le diese á su hijo Fierabras, y como los siete caballeros cristianos los encontraron y mataron los catorce. 97
- Cap. 33. De la Puente de Mantible, y del tributo que en ella se pagaba; y de como los siete caballeros cristianos mañosamente pasaron sin pagar tributo. 103
- Cap. 34. Los siete caballeros llegaron delante del almirante, y le dieron la embajada que traian. 106
- Cap. 35. Por industria de Floripes los siete caballeros cristianos fueron puestos con los otros cinco sus compañeros; y como Floripes les mostró las santas reliquias. 110
- Cap. 36. Un sobrino del almirante, llamado Lucafer, entró en la cámara de Floripes, y lo mató el duque Naimés. 117
- Cap. 37. Los caballeros, Floripes y sus damas padecieron grande hambre; y como los idolos del almirante fueron derribados, y puestos

- en piezas. 122
- Cap. 38. Los caballeros cristianos, que estaban cercados, y tomaron por fuerza de armas la provision que tenian en el real. 126
- Cap. 39. Guy de Borgoña fue preso. 129
- Cap. 40. Los paganos quisieron ahorcar á Guy de Borgoña, y como los caballeros cristianos hubieron recia batalla contra los paganos, y se lo quitaron. 135
- Cap. 41. Los caballeros cristianos tomaron todas las provisiones que hallaron en el real: y como la torre fue combatida por mandado del almirante. 147
- Cap. 42. La torre en que estaban los caballeros cristianos fue minada por mandado del almirante Balan, y cayo una parte de ella, y como se pusieron á punto para salir á la batalla. 146
- Cap. 43. Los doce pares de Francia, que estaban en la torre, ordenaron, que uno de ellos fuese á tierra de cristianos á hacer saber á Carlo Magno el peligro. 149
- Cap. 44. El rey Clarion siguió á Ricarte de Normandia, y como Ricarte le mató y tomó su caballo. 153
- Cap. 45. La gente del rey Clarion halló á su señor muerto en el campo, y lo llevaron al almirante, y como hizo grande sentimiento de

- su muerte. 157
- Cap. 46. Ricarte de Normandia, pasó el rio Flagót milagrosamente, mediante un ciervo blanco, que le siguió. 159
- Cap. 47. El emperador quiso volver para Francia, por consejo de Ganalon y sus parientes 162
- Cap. 48. Ricarte de Normandia llegó al ejército donde estaba el emperador Carlo Magno 167
- Cap. 49. Por industria de Ricarte de Normandia fue ganada la Puente de Mantible; y del gigante que tenia cargo de guardarla. 171
- Cap. 50. El emperador Carlo Magno ganó la Puente de Mantible, y como Alór pariente de Ganalon quiso hacer traicion. 175
- Cap. 51. La giganta Amiota mató muchos cristianos. 180
- Cap. 52. Los caballeros que estaban en la torre tuvieron un grande combate, y la torre fue casi derribada. 185
- Cap. 53. Los caballeros supieron de la venida del noble emperador Carlo Magno y asimismo el almirante Balan, y como Ganalon fue enviado con embajada al almirante. 192
- Cap. 54. El emperador Carlo Magno hizo tres batallas de su gente, y como acometieron contra todo el poder del almirante. 198
- Cap. 55. Sortibrán de Coimbres fue muerto á manos del duque Regner, padre de Oliveros 204

- Cap. 56. Los diez caballeros salieron de la torre, y entraron en la batalla, y como el almirante fue preso. 208
- Cap. 57. El almirante Balán por ruegos, ni por amenazas nunca quiso volverse cristiano, y como Floripes fue bautizada y casado con Guy de Borgoña, y de como fueron coronados por reyes de aquella tierra. 210
- Cap. 58. Floripes dio las santas reliquias al emperador Carlo Magno y como Dios hizo un grande milagro delante del pueblo. 215
- Cap. 59. Santiago apareció al emperador, y como fue guiado de ciertas estrellas hasta Galicia. 219
- Cap. 60. Que hablaba de un grande ídolo, que fue hallado en una ciudad de Andalucía. 225
- Cap. 61. El emperador Carlo Magno mandó edificar la iglesia de Santiago en Galicia. 227
- Cap. 62. Un rey de Turquía pasó la mar con gran poder, tomó ciertos lugares de cristianos; y como el emperador los tornó á ganar. 228
- Cap. 63. Aigolante volvió, y envió á decir al emperador, que le quería hablar; y como el emperador en hábito de mensagero fue á hablarle. 232
- Cap. 64. De como el emperador tomó la ciudad donde estaba Aigolante. 234
- Cap. 65. El emperador se fue para Francia, y como volvió otra vez á dar guerra á Aigolante. 236

- Cap. 66. De las treguas del emperador, y de Aigolante, y de la muerte de sus caballeros, y porque Aigolante no quiso recibir el santo bautismo. 237
- Cap. 67. De la muerte del rey Aigolante, y de su gente, y como murieron muchos cristianos por codicia de llevar las riquezas de los moros; y de un milagro que obró Dios nuestro Señor con los cristianos. 240
- Cap. 68. Que habla de Ferragus, maravilloso gigante que llevaba los caballeros debajo del brazo; y como don Roldán hubo batalla con él. 242
- Cap. 69. Don Roldán y Ferragus hicieron su batalla á pie, y como disputaron de la fe, y de que manera fue muerto el gigante Ferragus. 246
- Cap. 70. Carlo Magno hubo batalla con los reyes de Córdoba y Sevilla. 250
- Cap. 71. El arzobispo Turpin consagró la iglesia de Santiago. 252
- Cap. 72. Ganalon fue enviado con embajada á los reyes moros, y como él llevó propósito de vender á sus compañeros; y una re-  
prension del autor. 253
- Cap. 73. De la muerte de los caballeros franceses, y del rey Marsirius y como don Roldán fue herido de cuatro lanzadas. 256
- Cap. 74. De la muerte de don Roldán. 258
- Cap. 75. De una vision que tuvo el arzobispo

- Turpin de la muerte de don Roldán, y del  
sentimienio de Carlo Magno. 263
- Cap. 76. El esforzado Oliveros fue hallado de-  
sollado en el campo; y de la muerte de los  
paganos, y del traidor de Ganalon. 265
- Cap. 77. Carlo Magno se volvió para Francia  
y de las muchas y grandes limosnas que  
hizo por las almas de los cristianos, que  
murieron por la fe de Jesucristo. 267
- Cap. 78. Carlo Magno se partió de Francia  
para Alemania. 269
- Cap. 79. El emperador Carlo Magno llegó á  
Aquisgran en Alemania, etc. 270

FIN.

